SATOR
AREPO
TENET
OPERA
ROTAS

EL ENIGMA DEL CUADRO DE SATOR

VERÓNICA CABALLERO SÁNCHEZ

EL ENIGMA DEL CUADRO DE SATOR

Verónica Caballero Sánchez

El enigma del cuadro de Sator.

© Verónica Caballero Sánchez. 2024.
© Ana Orgaz, por la corrección y maquetación.
Julio de 2024.

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Todos los personajes, situaciones y sucesos que aparecen en el libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

ÍNDICE

Nota de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Gracias a mis lectores, por hacer el sueño posible.

Nota de autora

A lo largo de la novela he utilizado la Biblia desde el punto de vista de las enseñanzas de Jesús con todo respeto hacia las parábolas. Si alguien se ha sentido ofendido, le pido perdón, ya que no ha sido mi intención.

Con el comienzo de cualquier escritura siempre intentas acercarte al máximo de los sucesos ocurridos en el pasado, pero, en ocasiones, para mantener la intriga en cada una de las líneas, es el propio texto el que te lleva a seguir un camino distinto. En la mayoría de las ocasiones existe una disociación que te hace tomar la alternativa para que el lector no pierda el interés y continúe con la historia hasta el final. Espero haberlo conseguido sin herir la sensibilidad de ningún lector.

Capítulo 1

Necesitaban ver el cuerpo y la escena del crimen antes de comenzar con el nuevo caso. El equipo tenía el beneplácito de Carlos, sin embargo, había tenido que desistir de ir con ellos. Las funciones del cargo ocupaban gran parte de su jornada laboral e incluso un extra de horas fuera de ella.

María encabezaba la marcha con una inusual rapidez en cada uno de sus pasos. Iba cabizbaja y en silencio, sin dejar de mirar el suelo ni un segundo. Clara no se caracterizaba por ser perspicaz en los comportamientos sociales. Sin embargo, ya se conocían y su interior le decía que la relación que había entre María y el asesinado era de una gran amistad. María lucía un rostro cansado y los ojos se habían teñido de un rojo provocado por las continuas oleadas de un llanto incesante.

—¿Estás bien? —se interesó al colocarse a su lado.

María giró la cabeza y, a continuación, negó.

—¿Os conocíais desde hace mucho tiempo?

—Sí, hacía varios años. Desde el primer día nos llevábamos bien. —Se encogió de hombros y sonrió por primera vez desde hacía varios días.

—Te prometo que le vamos a encontrar. —Le acarició el hombro con cariño.

Jesús miraba desde atrás sin perder detalle. Manuela caminaba ensimismada en sus propios problemas. Estaba involucrada e integrada en el equipo. La habían recibido con cariño desde el principio. Sin embargo, tener una hija adolescente no daba descanso a su cabeza. No le gustaba dejarla sola tanto tiempo. Sus padres la ayudaban, pero no podía cargarlos con la educación de su hija. Era su obligación. Jesús la observaba de reojo cuando una respiración profunda atravesó los pulmones de Manuela.

—Vete a casa si quieres. Mañana te contamos lo que veamos en la reunión que tendremos con Carlos y Raúl.

—No, tranquilo, estoy bien. Solo que han sido unos días intensos. —Sonrió.

—Te entiendo, es complicado mantener el ritmo. Tómate las cosas con calma. Además, somos un equipo y estamos para ayudarnos, ¿vale?

—Gracias. —Volvió a sonreír cuando llegaron a la puerta.

Clara miró el edificio dando un paso hacia atrás y elevando la mirada. Sus ojos se movían rápido, de izquierda a derecha, mientras el resto esperaba a que terminara de hacer lo que estuviera haciendo, sin saber qué era exactamente.

—Vamos, Clara. —La interrumpió Jesús con un movimiento de cabeza hacia María.

—Perdonad. Voy. —Se colocó junto a su amiga.

—¿Hay agentes todavía?

—Parece que sí. —Señaló Jesús uno de los coches que había aparcado en la entrada.

—Mejor, así avanzaremos más rápido. Supongo que habrá alguna prueba científica que nos pueda ayudar a tirar de algún hilo —dijo Manuela.

—No creo, parece un suicidio. Quien lo haya preparado, lo ha hecho a conciencia. —María resopló al empujar la puerta abierta.

Subieron las escaleras observando las instalaciones. Nunca se sabía dónde se podría encontrar el fallo que habría cometido el asesino. Una simple gota de sangre o una huella les podría ayudar a esclarecer lo que había ocurrido.

Llegaron en fila al rellano. La puerta estaba entornada y se escuchaban los ruidos de los agentes que estaban dentro cogiendo muestras.

—¿Hola?

Salió un agente vestido con el mono de plástico.

—Hola. ¿Sois quienes van a llevar el caso?

—Sí, eso es —dijo Manuela, que era la inspectora y responsable de la investigación.

—Perfecto. Tenéis el cuerpo en el baño. Daos prisa, que el forense no tardará en llegar y se procederá al levantamiento —explicó con una bolsa de plástico en la mano.

—Gracias.

El cuerpo de María se contenía inconscientemente al acercarse a la escena. Tenía que enfrentarse de nuevo a ver el cuerpo de su amigo. Ni estaba preparada, ni quería estarlo. Le quemaba el aire al entrar en sus pulmones, pero era necesario. La amistad que la unía a Teo era maravillosa y le había ayudado después de la muerte de su marido. Siempre estaría en deuda con él. Su mente inquieta le daba vueltas a la personalidad de su amigo, sin comprender por qué alguien querría matarlo.

El equipo entró y los rostros mostraron la incredulidad en cada uno de los rictus. La escena del crimen no era demasiado alentadora. María tenía razón, parecía un suicidio o una muerte natural a todos los efectos. Había convencido a la Policía de que no lo era y se había abierto una investigación, pero no existía ninguna prueba que sustentara que estaba en lo cierto.

—¿Estás segura de que no se ha suicidado? Esto está más limpio que mi casa —declaró Clara dentro del baño.

—Segurísima.

—No creo que encontremos nada aquí. Los compañeros van a ponerse a analizar pruebas que no servirán de nada. El que lo haya hecho, se lo ha currado mucho —insistió Manuela, que iba detrás de Clara.

—Lo sé, por eso quería que lo investigáramos. —Se agachó al lado de Teo—. Mirad. —Cogió la mano de su amigo y les enseñó la palma.

Los ojos de Clara se abrieron de par en par.

—¿Puede hacer eso? —preguntó nerviosa.

—¿El qué?, ¿tocarlo? —dijo Manuela.

—Sí.

—Bueno, ya no tiene solución.

—¿Queréis prestar atención? —recriminó a Clara directamente.

—¿Un pez? —resolvió Jesús antes de que Clara se agachara.

Todos se colocaron en cuclillas al lado de Teo. El cuerpo se encontraba sentado en el suelo y apoyado en el mueble del lavabo.

La historiadora se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja sin dejar de mirar fijamente el dibujo de la mano.

—Supongo que, si eras tan amiga de él, sabrás decirnos por qué se dibujó el pez.

—Es católico.

—Vale, pero ¿por qué se lo iba a dibujar antes de morir? —insistió Clara con el ceño fruncido.

Las dos se miraban como si estuvieran solas en ese cuarto de baño.

—No lo sé —contuvo las lágrimas una vez más.

—¿Entonces?

—Ay, Clara, lo ha hecho por algo. Nadie se dibuja un pez antes de morir —dijo enfadada.

—¿Estás segura? —Se levantó, pensativa y sin hacer caso al tono irascible de su amiga.

—¿Clara? —dijo Manuela, incrédula al ver la reacción de la historiadora.

—¿Qué? —respondió antes de salir del baño.

Clara se detuvo uno segundos en el umbral de la puerta mirando a la inspectora. No le había gustado el tono de María, nunca le había hablado de esa manera. Había percibido un tono de desprecio en su voz. Aun así, lo pasaría por alto. No le quiso dar importancia.

—¿A dónde vas?

—A mirar —dijo con tono airado.

María levantó las cejas sin dejar de observarla con rabia.

—No me crees, ¿verdad?

Clara se paró de espaldas al baño donde estaban sus compañeros. Por unos segundos, evaluó su respuesta. No quería herir los sentimientos de María. Era su amiga y la quería, pero estaba convencida de que erraba en su lógica.

—No es que no te crea, que sí lo hago. Es que pienso que estás equivocada.

Manuela tragó saliva y miró a Jesús con un ligero movimiento de cabeza. «Se acerca tormenta», pensó la inspectora.

—Vamos a tranquilizarnos. —Jesús empujó a Clara para que saliera y no continuara hablando.

—Pero ¿qué haces?, ¿acaso no ves que estoy hablando?

—Precisamente.

María se levantó rápido y fue hasta el lugar que ocupaba Clara. Estaba intrigada por saber qué pensaba. Sabía que era la única que le diría la verdad, fuera cual fuera.

—Sigue, te escucho. —Cruzó los brazos.

En ese instante, Clara entendió por qué su novio la quería sacar de allí. «Para que me calle».

—Da igual, María.

—No, no da igual. Dime. Estoy loca, ¿no es eso? —Alzó el tono—. Muerte natural, ¿no?

Clara no podía callarse, así que apartó la mano de Jesús, que la agarraba con fuerza.

—No, María, puede que sí le hayan asesinado. Pero, obviamente, no le conocías como te crees. Este hombre —Señaló con el dedo índice—, te escondía una parte de su vida. Si no fuera así, tu misma sabrías decirme por qué una persona se dibuja un pez antes de morir. Dime, ¿lo sabes? —La voz tenía un matiz de reproche por su actitud.

—No —respondió cabizbaja.

—Vale, chicas, haya paz.

—No, tiene razón. Lo siento. Me he puesto desagradable sin ningún motivo. Haz lo que creas que tienes que hacer.

—No es necesario que te disculpes, pero quiero ver el resto de la casa —aclaró—. Las pruebas del forense nos dirán la causa de la muerte. Cuando las tengamos, sabremos si sabía que iba a morir y quizá entendamos mejor el dibujo.

—Clara, las dos sabemos qué significa —insistió.

—Eso está muy bien. Pero ¿sabéis qué estaría genial? ¡Que lo compartierais con el resto del equipo! A Jesús y a mí, no nos importaría saberlo. ¿A qué no, Jesús?

—A mí no, desde luego —respondió, mirando a Clara.

—Como queráis, pero el símbolo por sí mismo no nos dice nada. Supongo que María sabe el mensaje que dejó en el cuadro y por eso ha atado cabos, ¿no?

Asintió.

—Pero me gustaría que tú lo vieras, no quiero sesgar tu opinión con la mía —dijo disgustada y con un hilo de voz.

—Chicas, seguimos aquí. —Manuela estaba empezando a impacientarse. Tenía la sensación de que la presencia de los agentes sobraba cuando se ponían en ese plan.

—¿Qué significa? Decidlo ya —intervino Jesús, visiblemente molesto.

—Es un símbolo del cristianismo primitivo.

—Sí, lo utilizaban los cristianos para identificarse. Lo dibujaban en sitios para que nadie los descubriera, pero que otros cristianos supieran que no estaban solos, por decirlo de alguna manera —expuso Clara.

—¿Pero es por lo del pan y los peces de la Biblia? —preguntó Manuela.

—Es la creencia popular, pero no es por eso —dijo María.

—¿Entonces?

—Dilo tú, Clara.

—Pez en griego es «ICHTHYS». Cada una de las iniciales da lugar a la frase: «*Ilesous Christos Theou Yios Soter*».

—Que significa: Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Salvador —terminó de explicar María.

—Ajá. —Jesús miró a Manuela para que dijera algo.

—Vale, pero no entiendo qué tiene que ver eso con un asesinato —dijo con los ojos entrecerrados.

—Es un símbolo que hacía que se reconocieran entre sí, sin ser localizados. Supongo que María cree que lo hizo para que supiéramos que su muerte ha tenido algo que ver con el cristianismo, ¿no?

—Más o menos.

Se escucharon voces que provenían del pasillo. El forense había llegado. Debían llevarse a Teo para hacerle la autopsia.

—¿No tiene nada en los bolsillos? —preguntó Clara, apurada.

—No, ya lo revisé esta mañana. No hay nada más.

—¿En serio?, ¿solo tenemos un dibujo de un pez? —Suspiró Jesús, decepcionado.

—Bueno, y el mensaje del cuadro —añadió Manuela.

—Ya, ya, pues como sea igual de significativo que este… —Arqueó una de las cejas.

Clara metió las manos en su chaqueta y se balanceó por unos segundos, pensativa.

—Tengo que ir a echar un vistazo. Si ha dejado esa pista, seguro que habrá dejado alguna más, ¿no? —Miró a María.

—No lo sé —Se encogió de hombros—. Creo que tienes razón y no le conocía tanto como yo pensaba.

—Eso da igual. Lo importante es que erais amigos —intervino Manuela para que María no se viniera abajo. La necesitaban en un estado de ánimo estable.

—Creo que tenéis razón, puede que estuviera metido en algo extraño o vergonzoso, y por esa razón me lo escondiera.

—O no. Nunca conocemos a las personas del todo. A veces solo conocemos algunas facetas —dijo Jesús, tocándose la barba.

—Vete, pesada, pero no toques nada —dijo Manuela, que sentía la impaciencia de Clara detrás de ella.

—Voy contigo, espera.

María le dio un beso a su amigo y miró una vez más el dibujo del pez.

«Te prometo que voy a encontrar a quien te haya hecho esto».

Capítulo 2

La historiadora estaba intrigada por el mensaje. María había decidido no explicarlo, prefería que lo vieran por sus propios ojos. Clara se iba quedar con la boca abierta cuando viera el mensaje que había escrito en el cuadro. Estaba convencida de que esa noche no dormiría. Ni ella tampoco. El asesinato de Teo no dejaba de traerle malos recuerdos. Recuerdos que no dejaban de atormentarla por la noche e incluso durante el día, hasta que se tomaba las pastillas, que cada vez eran más fuertes. A veces, tenía la sensación de que no levantaría cabeza. Había oído decir que con el tiempo el dolor disminuye, pero en su caso no era verdad. La sensación de soledad cada vez era más fuerte y las vivencias pasadas con su marido eran pensamientos recurrentes en su cabeza.

Jesús miraba por el retrovisor a su novia, que en un arranque de última hora había decidido ponerse en el asiento de atrás con María. En un principio, el agente pensó que se traía algo entre manos, como era costumbre en ella. Clara estuvo durante un largo rato en silencio, su mente valoraba multitud de hipótesis acerca del motivo que había llevado a Teo hasta la muerte. El dibujo del pez la había descolocado. No llegaba a comprender por qué alguien se dibujaría un pez en la mano en un intento de decir quién le había asesinado. María había dicho que era católico, y eso lo explicaba en cierta medida, pero no del todo.

«Un pez. ¿Quién se dibuja un pez?», repetía en su cabeza sin cesar.

—¿Iba a la iglesia? —preguntó Clara sin dejar de mirar por la ventana.

—Sí —respondió María.

—¿Frecuencia?

—No lo sé. Lo que sí os puedo decir es que ayudaba en uno de los comedores sociales que hay cerca de su casa.

—¿Y? ¿Algún otro círculo social que frecuentara? —intervino Manuela, dirigiendo la mirada a través del retrovisor de la derecha.

—No estoy segura.

—Pues si era tan amigo tuyo, deberías saberlo —dijo Clara sin acritud.

—Era amigo mío, pero no soy su guardaespaldas, ¿sabes?

—Nadie ha dicho que lo seas.

—Parece que, por el hecho de tener una amistad, tengo que conocer cada uno de sus pasos.

—Cada uno, no, pero algunos importantes, sí. —Giró la cabeza para mirar a los ojos a su interlocutora.

—Clara —pronunció María con hastío.

—¿Sí?

—La vida no es así. Cada uno cuenta lo que quiere contar.

—Obvio. —Se encogió de hombros, perpleja—. ¿Y?

—Pues eso. Supongo que tenía algunos problemas para terminar así y no querría que sus amigos lo supieran.

—No sé yo. —Ladeó la cabeza.

—A ver, Clara —intervino Jesús con la intención de poner calma al asunto—, puede que no quisiera involucrar a nadie porque temía por la integridad de la persona a la que se lo contara, ¿no?

—No lo sé. —María retenía las lágrimas al recordar a su amigo.

—Creo que deberíamos esperar a tener las pruebas. Puede que haya sido un infarto. No parecía tener expresión de dolor en el rostro. Me descoloca bastante el tema del pez —argumentó Manuela.

—Es ahí. —María señaló un edificio—. Aparca donde puedas.

—Vale.

El policía estacionó cerca de la entrada de la galería de arte. María había contactado con la dueña y la restauradora. El gesto compungido y preocupado no la había abandonado cuando llegaron a la entrada.

Jesús cogió a Clara del brazo para tener una conversación en susurros antes de entrar. Las chicas se dieron cuenta de la intención del policía.

—Entrad vosotras, tengo que hablar con Clara unos segundos —explicó para que los dejaran a solas.

Manuela y María salieron del coche sabiendo que el agente le echaría la bronca por lo que había ocurrido en la casa de Teo. Clara también lo sabía, pero le dolía que le mintieran, por eso había actuado así. Se cruzó de brazos y se arrugó en el asiento del coche. La cara de Jesús apareció en el hueco entre los asientos delanteros mirándola con expresión de enfado que, esta vez sí, entendió a la perfección. La había visto muchas veces como para no identificarla solo con verla.

—Psé. ¿Y ahora qué quieres? —Suspiró mientras veía a sus compañeras entrar.

—María acaba de perder a un amigo, deberías comportarte con ella y ser más comprensiva —le recriminó cuando se quedaron a solas.

—Ya lo soy —dijo mirando por la ventana sin interés. Le costaba aguantar la mirada de su novio cuando estaba enfadado.

—No, Clara, no lo eres. No dejas de cuestionar su amistad, y normalmente las amistades no son como tú crees.

—Ah, ¿no? Pues te escucho.

—Es un apoyo incondicional. Pero eso no quiere decir que tengas que saber su vida al detalle. —Su voz pasó del enfado a la comprensión.

Clara, cabizbaja, no dejaba de mover la pierna sin control. Jesús comenzó a desesperarse. Quería que aprendiera a ser más benevolente con la gente y sus métodos rudos cesaran. María no se merecía un trato tan brusco por su parte.

Asintió y salió del coche. Jesús hizo lo mismo. Sintió cierta inquietud de que se diera la vuelta y se fuera, pero no lo hizo. El agente se colocó a su lado para continuar hablando en susurros y que nadie los escuchara. Estaban cerca de la puerta del local. Necesitaba que lo entendiera y le diera una oportunidad a la gente antes de juzgarla o de contestar de malas formas. Clara comenzó a hablar. Evaluó por unos segundos si callarse o no, pero no podía quedarse con su percepción dentro. Al menos, se lo tenía que decir a Jesús.

—Está mintiendo, ¿no lo ves?

—¿Cómo que está mintiendo? —La cogió del brazo y la llevó unos pasos lejos de la puerta.

—Sí, sabe en lo que andaba metido. ¿Por qué piensas que fue al piso sin decírnoslo? Porque no estaba segura de si era por lo que ella sabía o no.

Jesús torció el cuello hacia un lado y mantuvo el ceño fruncido hasta que Clara terminó la explicación. «Tiene lógica».

—Sé que no me crees, y piensas que soy un bicho raro, que puede ser, no lo discuto, pero es la verdad. Sabe mucho más de lo que dice.

—No lo había visto así, puede que tengas razón, pero hay que esperar. Además, si no lo quiere decir, tendrá sus motivos. Puede que, si dejas de cuestionarla, lo cuente.

—Jesús, es bastante lógico llegar a pensar que, si tú tienes un buen amigo y tienes miedo, se lo vas a contar. Al menos para desahogarte, ¿no te parece? —Esperó a que Jesús asintiera—. María está mirando las pruebas en su contexto. Es la única razón por la que ha llegado a la conclusión de que es un asesinato —explicó exacerbada y sin dejar de mover las manos.

—A ver, me molesta darte la razón, pero creo que puede que la tengas.

—La tengo. —Inició el paso—. Ahora, vamos a ver el mensaje oculto, que no creo que lo sea para María.

Jesús la siguió, pero incluso teniendo razón, no quería que fuera tan dura con María. Cabía la posibilidad de que no estuviera preparada para contar la verdad, pero que en algún momento lo hiciera, si es que la teoría de Clara era la acertada.

—Bueno, de todas maneras no te cuesta nada ser educada.

—Me cuesta tanto como a ella decir la verdad —sentenció y abrió la puerta.

En el centro de la sala se encontraban en un círculo, hablando con dos mujeres. Clara se acercó con paso firme y se colocó junto a María. Sabía que se las presentaría para continuar con el motivo que los había llevado hasta allí. El secretismo que estaba llevando para no decirle nada del mensaje oculto la intrigaba y escamaba a partes iguales.

—Esta es Susana, la dueña —Señaló a su derecha—, y ella Maika, la restauradora.

Jesús les dio la mano y Clara lo imitó. Le daba un poco de repelús, pero no quería que le volviera a echar la bronca, así que hizo de tripas corazón y estiró la mano.

«Es solo un segundo», pensaba mientras tragaba saliva.

Capítulo 3

Susana era una mujer alta, delgada y de complexión estrecha. Era rubia, con el pelo corto por debajo de las orejas, y lucía unas grandes gafas de molduras negras que le confería el toque de distinción y clase alta a la cual pertenecía. Cada uno de sus movimientos eran calculados y estudiados para complacer a su interlocutor. Clara enseguida se percató de que era de aquellas mujeres a las que les encantaba complacer a los que estaban a su alrededor, hecho que la llevó a pensar que sus progenitores eran estrictos y habían realizado un buen trabajo de motivación a través del protocolo y el saber adaptarse al entorno de las personas con las que te rodeas en cada momento.

—Seguidme, por favor. El laboratorio de Maika está en la parte de abajo.

Manuela sintió cierta admiración por Susana. Hablaba con una voz tranquila y templada que trasmitía paz. El timbre de voz era mesurado. Maika la miró con una ligera sonrisa en el rostro. Era la antítesis de su jefa. A la inspectora le recordó un poco a Clara. Tenía ese aire de *sabelotodo* en cada una de las facciones. Era muy lista y meticulosa. El trabajo de restauradora requería ser fiel a los detalles y no pasar nada por alto. Esa era la razón que la había llevado a descubrir el mensaje.

Al entrar en el laboratorio, el equipo abrió la boca de manera inconsciente. Era espectacular. Se notaba que Susana había hecho una gran inversión en cada uno de los metros cuadrados del local. Tener una galería de arte no era un pasatiempo, era una dedicación absoluta en la historia de cada uno de los objetos. La dueña era consciente de que la reputación en un mundo de privilegiados era fundamental.

Maika se adelantó y encendió la luz de una mesa donde se encontraba el cuadro extendido. Clara y Manuela controlaban cada uno de los movimientos dubitativos de Maika. Jesús miraba su alrededor sin haber cerrado la boca en ningún momento. Jamás había tenido el privilegio de estar en un lugar como aquel. María recordó lo que sintió la primera vez que vio un laboratorio de restauración de obras de arte, y sonrió.

—¿Sorprendidos? —preguntó María.

—¡Ya te digo! —respondió Jesús con los labios juntos—. Tienes que ser muy minuciosa para hacer bien este trabajo, ¿no?

—Bueno, sí, me apasiona —respondió Maika, con las mejillas sonrosadas.

Clara y Manuela habían rodeado a Maika, que se había situado al frente de la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Manuela.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —recriminó Clara a María.

—Prefería que lo vieras tú.

Jesús se acercó para intentar entender de qué hablaban, pero se quedó igual que antes de verlo. Echó una mirada de desconcierto a Manuela, que le respondió encogiéndose de hombros. Los agentes no entendían el motivo de que Clara hubiera torcido el morro con un solo vistazo. Susana esperaba a unos metros con los brazos cruzados. Había sido amable, pero era obvio que no le hacía ninguna gracia que la Policía estuviera allí. Cuando Maika le dijo lo que había visto en el último cuadro, le invadieron las dudas. Pero que ella lo supiera no le dejaba otra opción. María insistió con el asesinato y ahora la Policía estaba en su galería.

Susana era positiva y, sobre todo, tenía mentalidad financiera. Sacaría rendimiento a los cuadros que tenía de Teo. De eso no tenía duda nadie que la conociera. Estaba de observadora en la situación hasta que se esclareciera qué iba a pasar con el último cuadro. Lo podría vender por millones, si conseguía que la Policía no se lo llevara. Si no podía ser ahora, sería en un futuro no muy lejano. Sus padres estarían muy orgullosos de ella si la transacción llegaba a una gran suma. Además, le conferiría un prestigio internacional. En todas las galerías a nivel mundial hablarían del enigmático cuadro.

Manuela resopló por la impaciencia y el silencio que se había apoderado de la sala.

—¿Qué?, ¿alguien lo explica?

—¿Nunca lo habíais visto? —preguntó María a los agentes.

Ambos negaron, y María miró a Clara.

«Puede que sea una oportunidad», dudó.

—¿Qué os sugiere? —Se interesó por la respuesta que ambos podían dar.

Jesús se acercó un poco más, hasta que la propia luz de la mesa le iluminó la cara, dándole un aura tétrica a su rostro.

S	A	T	O	R
A	R	E	P	O
T	E	N	E	T
O	P	E	R	A
R	O	T	A	S

—Ni idea —respondió Jesús—. ¿Es un acertijo?

Clara negó y esperó la respuesta de Manuela. Había barajado la posibilidad de que tuvieran una idea ante el desconocimiento de aquel cuadro.

—¿Manuela?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Creo que es latín, ¿no?

—Exacto. ¿Sabes latín? —preguntó María.

—No, lo que di en las clases del instituto y poco más.

—Bueno, algo es algo —animó Clara—. ¿Te dicen algo las palabras?

—No, nada.

—Es el fabuloso cuadro Sator —resolvió Clara.

—¡Genial! ¡Un acertijo de esos raros! Esto parece que no acaba nunca —dijo Jesús con tono molesto—. ¿Vosotras también sabíais qué era? —preguntó dirigiéndose a Susana y Maika, que asintieron.

Maika bajó el flexo de la lámpara hasta un punto en concreto de la parte delantera del cuadro y todos se acercaron, excepto Susana, que ya la había visto.

—¡No puede ser! ¿Eso es un pez? —Resopló Jesús y miró a la inspectora—. Dime que tú no ves un pez —dijo al ver la relación de la muerte de Teo con el cuadro que tenía delante.

—Ojalá, pero sí, es un pez. De hecho, es igualito al de la mano de Teo.

Clara tamborileaba los dedos en la iluminada mesa. Levantó la mirada y observó a Maika. No la conocía, pero le daba confianza. Creyó que a lo mejor esa chica le podía ayudar de alguna manera.

—¿Os ha contado algo María?

—No mucho, la verdad.

—¿Cuánto es «no mucho»? —insistió Clara, sin dejar de mirar a Maika, que ya había comenzado a sentirse incómoda.

Antes de contestar, miró a María para que le diera el beneplácito de hablar. Asintió.

—Hace unas semanas Teo dejó aquí el cuadro, para que le echara un ojo antes de ponerlo a la venta.

—¿Eso es habitual? —interrumpió Manuela, que había sacado un pequeño cuaderno de la chaqueta y apuntaba.

—No, a no ser que sea una obra antigua.

—¿Y esta no lo era? —volvió a preguntar.

—No, Teo estaba vivo y es un artista actual.

—No entiendo, ¿te puedes explicar mejor? Y más rápido, si es posible —habló Clara, dejando patente que quería escuchar el final.

—Solo restauramos obras antiguas. Restaurar un cuadro o un objeto es una tarea laboriosa y cara, por lo que la pieza en cuestión tiene que ser rentable.

—¿Y los cuadros de Teo no lo eran? —Levantó la vista del cuaderno para mirar las palabras en latín.

—No es que no fuera rentable, si es eso lo que me está preguntando. Simplemente es de un pintor vivo, puede coger un lienzo nuevo para cada una de sus pinturas. No hay necesidad de restaurar nada. ¿Me explico?

—Por supuesto que te explicas, Maika. —Susana se acercó a la trabajadora y le acarició el brazo para tranquilizarla.

—Es decir, que Teo lo dejó aquí, pero no para que lo restauraras. Sin embargo, fue idea de María que lo pasaras por la luz, ¿no? —matizó con retintín.

Maika asintió, igual que lo hizo Susana.

—Es decir —apostilló Clara sin dejar de mirar a Jesús—, que si María no te hubiera dicho que pensaba que había algo en el cuadro, no se hubiera pasado por el escáner de esta mesa —Señaló con el dedo a la vez que se apoyaba en ella— y, por consiguiente —Empezó a andar, dando la espalda a los oyentes—, no hubierais descubierto el cuadro mágico de Sator. ¿Es así?

—Sí, así es.

—Bueno, ¿alguien me puede explicar qué demonios quiere decir el cuadro mágico y por qué está relacionado con el pez?

Clara anduvo sobre sus pasos y agarró a Jesús del brazo.

—Si supiéramos que significa el cuadro Sator, descubriríamos un misterio que lleva siglos sin resolver.

—¿Quieres decir que nadie sabe qué significa? —preguntó Manuela con los ojos entrecerrados.

—Exacto.

—Pues sí que empezamos bien el caso —se quejó la inspectora.

—Es cierto, nunca se ha descifrado qué es lo que significa. Hay multitud de teorías, como en todo, pero no hay consenso en ninguna de ellas. —María confirmó las palabras de Clara con un asentimiento.

Jesús y Manuela se miraron desconcertados. Eran los policías encargados del caso y no tenían ninguna pista por donde poder empezar. La inspectora tenía altas expectativas en la autopsia, quería creer que sacarían algún dato relevante. Sin embargo, Jesús sabía por vivencias propias que era cuestión de unir unas pistas con otras. «Si Teo dibujó el cuadro Sator debía tener una razón para hacerlo, de la misma manera que lo hizo con el pez». Pensaba con la mano en la barbilla y los ojos de su novia clavados en él.

Carlos le había encomendado el caso, confiaba en Manuela desde el primer día. Sabía que lo haría bien. Había podido comprobar cómo se involucraba en la investigación, y esta vez no iba a ser menos. La inspectora pondría su esfuerzo y dedicación en cada uno de los pasos que diera hasta encontrar al culpable del asesinato. Si María lo tenía tan claro, era porque tenía más información de la que había compartido. No quería presionarla. Si era su amiga, tarde o temprano terminaría por hacerles saber el secreto que guardaba con tanto ahínco. Ahora se encontraban en la galería de arte y tendría que aprovechar al máximo la visita. Estaba cansada por el caso anterior, pero desplegó sus dotes de interrogatorio de manera informal. Quizá Susana y Maika conocían a Teo fuera de su trabajo como pintor y podrían facilitarles datos útiles de su vida personal. La inspectora creyó que era buena idea empezar por el círculo social más cercano a la víctima. Aunque parecía que el cuadro Sator la retaba de una manera siniestra.

Meneó la cabeza y apartó la vista del «Tenet» que ocupaba la parte central del cuadro.

—¿Nos pueden dar algún dato de la vida personal de Teo?

—Sí, eso. ¿Estaba metido en algún lio extraño? —preguntó Clara, a la que no le pareció suficientemente concisa la pregunta de Manuela.

Jesús la pellizcó por detrás y Clara le dio un codazo sin dejar de mirar a María. Le intrigaba el secreto que guardaba su amiga y le hacía desconcentrarse. No le quitaba la mirada de encima. Necesitaba comprobar sus reacciones una y otra vez. Jesús se había dado cuenta. Lo que le llevó a pensar que, con total probabilidad, la propia María también.

—No sé exactamente a qué se refiere con «extraño» —respondió Susana, contrariada.

—Pues no lo sé, supongo que algo fuera de lo común. Que fuera a sitios donde no suele ir la mayoría de la gente, o se rodeara de gente… —Dudó antes de seguir—… ¿peculiar?

Susana movió sus ojos marrones a ambos lados antes de contestar. Hizo un ejercicio de memoria y repasó la información que tenía almacenada en su mente.

—Ahora que lo dicen, yo al menos, no tenía ese tipo de confianza con Teo. Le conocía por medio de un amigo que teníamos en común, poco más.

—¿Qué amigo es ese? —preguntó Manuela.

—Es un amigo al que le apasiona el arte, como a mí. Le compró unos cuadros hace tiempo y me recomendó que hablara con él.

—¿Para qué? —preguntó Clara.

—Señorita, esto es un negocio. Lo que quiere decir que expongo las obras con más probabilidades de atraer compradores. El espacio es limitado y hay que hacer una buena selección de las piezas que ha visto en la planta superior. —Carraspeó. Clara la ponía nerviosa. La espontaneidad era un concepto que Susana despreciaba—. En aquel entonces, Teo, por decirlo de alguna manera, estaba de moda.

—Lo entendemos, tranquila. —Manuela quiso apaciguar la aparente incomodidad de la dueña—. ¿Y tú, Maika?

—Era simpático conmigo. Siempre que venía se acercaba por el laboratorio para saludarme —aclaró con una ligera sonrisa de nostalgia.

—¿Los demás no lo solían hacer?

—No, los artistas suelen ser bastante… —Hizo una pausa— egocéntricos.

—En eso estoy de acuerdo —añadió Susana—. Teo era diferente. Era simpático y extrovertido.

—¿Saben si iba a la iglesia? —preguntó Clara.

—Sí, mucho. Le gustaba ayudar a la gente, tenía un buen corazón. —Los ojos de Maika se inundaron de lágrimas—. Yo le acompañé en navidades a un comedor social para ayudar a dar de comer a la gente sin recursos. —Se restregó los ojos.

—¿Y eso? —Clara torció el gesto. Manuela la miró con ojos de asesina. No dejaba de interrumpirla y la estaba empezando a poner de los nervios.

—No soy de Madrid, y como pasaba sola las navidades, me dijo que fuera con él. Teo iba todos los años y me dijo que era una acción gratificante para cualquier persona. Ya saben, ayudar a los que tienen menos. No sé… puede que les parezca una tontería, pero tenía razón.

—Por supuesto. Hiciste bien en acompañarle. Ayudar no es malo —dijo Susana.

—¿Piensan que alguien le quería asesinar?

—No, ¿quién iba a querer matar a una persona tan buena? Es imposible —contestó Maika.

—Ya, pero María cree que sí —aclaró Manuela.

—Lo cierto es que, con el mensaje del cuadro, puede dar lugar a dudas, pero no sé, para que alguien te quiera matar, tienes que cabrearle mucho, ¿no?

—O hacerle perder dinero —dijo Clara, fuera de lugar.

—¿Me está queriendo decir que le maté yo? —quiso saber Susana con los ojos abiertos de par en par.

—No. ¿Lo hizo?

—Por supuesto que no. Miren, soy rica porque mi familia lo ha sido desde hace décadas. Sabemos dónde tenemos que invertir. A veces perdemos dinero, pero la mayoría de las veces, ganamos cientos. Así que les puedo asegurar que para que mi apellido mantenga el imperio no necesito matar a un artista.

Clara comenzó a andar para salir de allí. Le estaba empezando a faltar el aire. A veces, si estaba mucho tiempo en un mismo lugar, le entraba ansiedad. Sobre todo si no había ventanas, como en aquel sótano. Al llegar a las escaleras para subir a la primera planta y con las miradas de los presentes puestas en su nuca, se dio la vuelta. Se le había ocurrido una pregunta interesante.

—Será rica, ninguno de nosotros lo discute. Pero ahora, con la muerte de Teo, y más todavía si sale en los periódicos y en la televisión, sus cuadros valdrán una fortuna, ¿me equivoco? —Colocó la mano en la barandilla y subió los peldaños de la escalera sin esperar a escuchar la respuesta.

Las miradas se detuvieron en Susana, que aún estaba en *shock* por la pregunta. El color de su cara iba cambiando de tonalidad. Estaba a punto de explotar en cólera, cuando la voz de María le hizo volver al estado de paz que solía transitar.

—Tranquila, Susana, es su trabajo. —Sonrió brevemente—. Lo importante es encontrar a quien lo haya hecho.

—María está convencida de que le han matado, pero yo no lo estoy en absoluto. Teo era una persona buena, sí, pero también era inestable y desequilibrado. Puede que simplemente se tomara una caja de los antidepresivos que tenía recetados y ya está.

—¡Eso es imposible! —exclamó Maika, elevando el tono de voz.

—Tiene razón. Todos sabemos que el cuadro Sator tiene un significado de protección. Teo lo

dibujó porque creía en él. Sentía miedo y pensó que la fuerza mágica del cuadro lo protegería.

Manuela y Jesús se miraron. No iban a sacar más información útil de allí. Era mejor no perder más tiempo.

—Gracias por su colaboración. Si tenemos más preguntas las llamaremos —zanjó Manuela con prisas.

Hizo un ademán con la mano y con la barbilla apuntó a la salida para que Jesús la siguiera.

«Clara ya sabía el significado del cuadro Sator». Los agentes apuraron los pasos para reunirse con ella.

Capítulo 4

Clara se encontraba apoyada en la pared. Sabía que en pocos segundos saldría el tema de la protección del cuadro Sator, y Jesús y Manuela saldrían enfadados a buscarla. No les quitaba la razón, pero el objetivo que buscaba era que se dieran cuenta de que María estaba escondiéndoles información desde el principio.

Manuela abrió la puerta y la buscó con los ojos sagaces de inspectora que, en esa ocasión, contenían una pizca de rencor en su interior.

—¡Tú! —dijo al verla.

Anduvieron los pasos que los separaban desde la entrada hasta el lugar con sombra que había elegido Clara para esperar con una sonrisa de suficiencia.

—¿Qué?, ¿ya ha salido el tema? —Sacó las manos de los bolsillos y sonrió.

—Si lo sabías desde el principio, ¿por qué no has dicho nada?

—Supongo que quería ver hasta dónde llegaba María por guardar el secreto.

—¿De qué secreto habla esta ahora? —quiso saber Manuela, mirando a Jesús, que meneaba la cabeza.

—Yo que sé, cuando se le mete algo en la cabeza, no para.

—No se me mete algo en la cabeza, es la verdad —se defendió—. Ahora, cuando salga, que lo explique. Ella sabía perfectamente que el cuadro Sator se ha utilizado desde hace siglos como símbolo de protección. No es ninguna casualidad que lo pusiera en el cuadro y con el dibujo del pez.

—Ahora lo entiendo. Crees que Teo le hizo una hoja de ruta, ¿no es eso?

—Exacto. Él no me cree, pero es la verdad.

—Puede que tenga razón y que ella supiera que estaba ahí. Se dibujó el pez en la mano para que analizaran el cuadro que él pintó, donde a su vez está el pez y el cuadro Sator, ¿no?

—Sí, exacto, eso es —dijo Clara convencida, con los ojos bien abiertos.

—Bueno, vale. Supongamos, por un momento, que hasta ahí tienes razón. —Ambas asintieron—. ¿Qué pinta María?

—Joder, Jesús, es una pista para que pusiera el plan, o como quieras llamarlo, en marcha.

—¿Qué plan? —Levantó el labio.

—El secreto que le contó, el motivo por el que le dijo que estaba en peligro.

—Bua, estáis piradas. Veis movidas raras donde no las hay.

—Espérate a que salga María y lo verás. Yo no voy a decir nada, porque parece que siempre la estoy liando. Así que le tocará a la inspectora.

—Eso está hecho.

María salió por la puerta de la galería. Había estado llorando y aún moqueaba cuando el aire frío le rozó la cara. Se frotó los ojos lo más rápido que pudo y la mirada triste se posó en sus compañeros, que la esperaban expectantes y llenos de preguntas sin resolver.

La inspectora revisó las miradas de la pareja para confirmar que ponía en marcha el plan improvisado hacía unos segundos. Jesús estaba refunfuñando cuando María llegó a su altura. No era el momento de tomar ese tipo de decisiones. La templanza del agente era una de sus mayores cualidades y a la vez su mayor defecto. Desde niño siempre habría preferido callarse las cosas y que fuera la otra persona la que decidiera hablar. En el caso de María, no iba a ser diferente. Se sentía incómodo al forzar una situación. Si había tomado la decisión de callarse la confesión debía tener una razón de peso. No sabía cuál, ni siquiera podía imaginarse una que fuera tan importante, pero debía serlo.

Se acercó a María y le acarició la espalda varias veces para trasmitirle su apoyo y comprensión. El recuerdo de Vivian vino a su memoria. «La echo tanto de menos». Sintió ganas de llorar, pero respiró profundamente para que las lágrimas no se hicieran corpóreas.

—Vamos, María, tienes que ser fuerte —animó Jesús, para sacar el recuerdo de Vivian de la cabeza.

—Lo sé, pero es complicado.

—¿Crees que deberíamos volver al piso? —Le preguntó Manuela, con el objetivo de sacarle el secreto del que hablaba Clara.

—No lo sé.

Clara comenzó a andar de camino al coche. Levantó las cejas, desesperada. Le dolía que no confiara en ellos y les dijera la verdad. Se estaba mordiendo la lengua para no montar un espectáculo, pero no estaba segura de conseguirlo.

—Intenta hacer memoria. A lo mejor te contó algo que le preocupara. Puede que te lo dijera hace tiempo, que sea una preocupación de hace años. No sé… —Manuela introdujo en sus palabras una interpretación digna de un Óscar.

«Pues sí que miente bien», pensó Jesús sin dejar de andar mientras sacaba las llaves del coche y comenzaba a jugar con ellas. Miró varias veces hacia atrás, donde la inspectora y María mantenían la conversación. Clara caminaba ensimismada a su lado.

Tras varias preguntas de Manuela cuyas respuestas fueron de dudosa importancia, llegaron al coche. Clara había intentado contenerse, pero la mentira era superior a su poder de contención.

Dio un gran portazo.

—¿A ti qué diablos te pasa? Sabes que va a morir más gente. Ese tío estaba metido en un rollo raro, ¿lo sabes? —Meneaba las manos sin control—. ¿No te das cuenta de que le han drogado para matarlo? Estoy segura de que le han pinchado algo chungo para que no parezca un

asesinato —gritaba sentada en el asiento de atrás, con María.

Jesús no quería ni mirar. Cuando su novia se ponía así, no había manera de frenarla, y el intento de hacerlo solo le traería consecuencias negativas en casa. Prefirió que fuera la inspectora la que mediara en la situación, después de todo, era su trabajo, para eso era la superior al mando.

Manuela introdujo los brazos en medio, ya que Clara estaba fuera de control. María bajó la cabeza.

—Tranquila, Clara, si no dice nada es porque no sabe nada, ¿verdad? —preguntó mirando fijamente a María, que evitó devolver la mirada—. Tiene razón en una cosa, aunque le pierden las formas, que es indiscutible —Le lanzó una mirada penetrante para que se callara—, la persona que le ha matado es un profesional. Si tiene razón y le ha pinchado alguna sustancia, lo sabremos.

—O no —dijo Jesús, que ya se había incorporado a la carretera.

—¿Qué quieres decir? —Se giró Manuela, expectante.

—Bueno, habéis dicho que es un profesional. Así que lo más probable es que le haya pinchado una sustancia que no deje rastro en sangre y la causa de la muerte será un infarto. —Se encogió de hombros—. Es solo una opinión.

Manuela se acomodó en el asiento, pensativa.

—No lo había pensado —dijo Manuela, desanimada—. Tiene razón.

—Estamos bien perdidos —le interrumpió Clara, mirando a María—. Espero que no aparezcan muertos más amigos tuyos por callarte lo que te dicen —masculló enfadada.

La inspectora la miró de reojo y no supo qué decir. Sabía que María lo había oído. Así que esperó. Quizá los comentarios de Jesús y Clara la hicieran reaccionar de algún modo.

—El cuadro Sator. Já. No sabe ni Dios bendito qué significa y ahora vamos a llegar nosotros en un momentito y lo desciframos. Sí, hombre, sí —seguía mascullando Clara en voz baja y enfadada.

—¡Para ya! —exclamó María.

—Lo siento, pero tu petición no es posible. Lo haré cuando me digas qué te dijo Teo. No soy tonta, ¿sabes? Te hizo una hoja de ruta porque sabía que estaba en peligro y solo te lo contó a ti —explicaba, atropellada por sus palabras—. No pensarás que no me he dado cuenta de que no se dibujó el pez cristiano de casualidad antes de morir. Era una señal entre vosotros, y tú empezabas el plan con ella. ¿No es así? —Alzó la voz.

María la miró llorando y asintió.

—¿Entonces?, ¿vas a seguir callada? Puede morir más gente por el dichoso secreto —comenzó a bajar el tono y calmarse. Las lágrimas de María la llenaron de ternura a pesar de estar enfadada—. Escúchame, me duele que no confíes en mí y que quieras engañarme. Pensaba que éramos amigas. Amigas de verdad. —Cruzó los brazos y se puso a mirar por la ventana del coche.

La luna estaba apareciendo en el cielo nocturno. Los rayos blancos iluminaban las zonas oscuras de la carretera confiriéndole una atmósfera de misterio debido al tema que trataban en el interior del vehículo.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero ¿nos lo vas a decir o no? Necesito saberlo para tomar medidas de acuerdo con la información. María, si tuviéramos algo por lo que empezar no te lo pediría, de verdad —argumentó Manuela desde el asiento del copiloto.

—Lo sé.

—¿Y bien? —preguntó Jesús, harto de tanta intriga sin sentido. Estaba comenzando a desesperarse.

—Pensáis que me dijo en lo que estaba metido, pero no fue así.

Clara torció el gesto.

—Algo te diría entonces, ¿no?

—Solo me dijo que, si le pasaba algo, siguiera las pistas.

Clara hizo un ademán con la mano.

—Eso no te lo crees ni tú —le contestó.

—¿En qué andaba metido? Dinos la verdad —dijo Manuela, con semblante serio.

—No lo sé. Me dijo que no me quería poner en peligro, pero que, si le mataban, siguiera las pistas y que analizaran el último cuadro, que ahí estaban las claves —explicó angustiada—. El pez era la señal.

—Porque era el símbolo por el que se identificaban los cristianos.

—Sí, supongo.

Habían llegado a la casa de María y Jesús paró el coche sin decir nada. No quería interrumpir la conversación ahora que había comenzado a hablar.

—¿No te dijo nada más? —Manuela no daba crédito a los casos tan extraños que estaban pasando por sus manos.

—Sé que vais a pensar que estoy loca. —Suspiró.

—Yo ya lo pensaba desde el primer día que te vi —respondió Clara, altiva.

—Es verdad. Pues ahí va: Me dijo que las pistas estaban en la Biblia.

—¿Qué?

—¡Ya empezamos! ¡Otro caso extraño! Un día de estos me cojo la baja por locura —exclamó Jesús, preocupado.

Clara la miró y asintió. La respuesta de María fue una ligera sonrisa de alivio.

—Al menos, ya sabemos el motivo por el que escribió el cuadro Sator.

Capítulo 5

Cuando María mencionó la Biblia, Jesús sabía lo que iba a ocurrir esa noche en su casa. Cenaría y se iría a dormir dejando algo de cena hecha, para cuando Clara sintiera hambre a lo largo de la intensa noche que pasaría recopilando información. Para la historiadora, la Biblia era un libro lleno de enigmas y misterios. Nada tenía que ver con ser creyente o no. Era un libro escrito por tantos autores y en épocas distintas que tenía un sinfín de interpretaciones. A Clara no solo le gustaban los enigmas y los mensajes cifrados, era una ferviente forofa de encontrarlos. El caso le había insuflado una gran dosis de energía que sería imposible de parar hasta que no encontrara lo que buscaba.

Jesús se hizo la cena y se sentó en el sofá. Su novia se había encerrado en la habitación. De vez en cuando se escuchaban voces, lo que quería decir que estaba en un estado de euforia.

Sacó el móvil y buscó el cuadro Sator. Sabía que al día siguiente Clara tendría preparada una gran exposición del contexto y lo que se sabía de su significado. Sin embargo, le picaba la curiosidad de por qué, tantos siglos después, seguía siendo objeto de estudio. Revisó la información con la televisión apagada, las voces de Clara de fondo y sin dejar de comer. Cuando se quiso dar cuenta llevaba casi una hora mirando el cuadro y leyendo información. En ese instante, comprendió a Clara. La intriga de encontrar el significado era inmensa. Los intentos por descifrarlo habían dado lugar a numerosas teorías, cada cual, más rebuscada y recóndita. Sin embargo, el significado real del cuadro Sator no era importante, sino el motivo por el que Teo lo había escogido para ser una de las pistas.

Cogió el plato de la cena y lo llevó a la cocina. Pensó en si debía interrumpirla para avisarla de que se marchaba a dormir. Dudó. Finalmente, creyó que era mejor hacerlo. Aunque se jugaba un bufido.

A la mañana siguiente, abrió la puerta y la escena era tan cómica que el policía no pudo contener la risa. Clara se había quedado dormida mientras leía, lo que provocó que se le formara un remolino en la parte de atrás de la cabeza y le cayera un resquicio de baba por uno de los laterales de la boca, llegando a crear un pequeño charco en uno de los libros en los que estuvo reposando la larga noche. Se acercó tapándose la boca para evitar hacer ruido y le dio un beso.

No se movió ni un milímetro. Lo volvió a intentar con un leve movimiento. La cogió por el hombro y la meneó. Sin respuesta. Así que lo hizo con más fuerza y susurrando su nombre.

—Clara —le dijo al oído con dulzura.

—¿Qué? —respondió, aún dormida.

—Vamos, hay que irse. ¿Tienes preparada la reunión con Carlos?

Sabía que las palabras «reunión» y «Carlos» siempre le hacían despertarse al instante para salir lo más rápido posible hacia comisaría.

—¿Me he dormido?

—Eso parece, y también te has babeado. —Señaló con la mano la página mojada.

Clara, con la manga del pijama, secó el libro como pudo y sonrió a Jesús.

—Habrá que dejarlo abierto, para que se seque. —Sonrió al recordar lo que había hecho por la noche—. Tengo todo listo. Me ducho y nos vamos. —Salió corriendo para colarse en el baño.

Jesús tardaba demasiado en ducharse y Clara se desesperaba. Se miraba tantas veces en el espejo que en ocasiones bajaba a la calle para que se le pasara antes el tiempo. Hoy sería él quien tendría que esperar para poder entrar, así que decidió preparar el café, para tomarse una taza antes de irse.

Las horas de sueño se le habían hecho cortas. No había dormido bien. Le costaba conciliar el sueño.

Cuando salieron de casa, Clara notó una pequeña ráfaga de aire en la cara. Se le erizó la piel. Sintió un ligero escalofrío que supuso que eran los nervios. Incluso llegó a pensar que era una señal de que el caso iba a seguir su curso y encontrarían a la persona que lo hizo. Se montó en el coche en silencio. Estaba concentrada en las pocas pistas que tenían, que eran prácticamente ninguna. Tenía que hablar con María. Eran amigas, pero Teo también lo era. Si algo sabía de ella, es que era una persona con un alto sentido de la lealtad. Habría guardado el secreto durante años, y lo seguiría haciendo si se había comprometido a ello. Jesús la miró de soslayo a lo largo del silencioso trayecto. Si Clara no hablaba, era porque estaría concentrada, así que era mejor dejarla y no interrumpir la concentración del momento. Al verla sentía el amor que se profesaban. Le encantaba estar con una persona como ella. Para el agente, sentir ese tipo de admiración hacia tu pareja era lo mejor que le podía haber pasado. Nunca antes lo había vivido y estaba pletórico con cada uno de los días que pasaba a su lado. Era una persona tan inteligente que le hacía querer aprender de ella. Se pasaría cada uno de los días de su vida escuchándola.

De camino a la comisaría, Jesús vio cómo iba dando pequeños y sutiles saltos de felicidad. El carácter infantil de Clara aún le sorprendía. Incluso en ciertos momentos lo envidiaba. No le preguntó, pero era una muestra inequívoca de que tenía, al menos, el comienzo de la investigación. «Algún tipo de conexión». A ello se sumaba el hecho de la cantidad de enigmas que, según ella, la Biblia escondía. Encontrar la respuesta de mensajes secretos la volvía loca. Sin embargo, era contraproducente si no los encontraba, ya que la ansiedad y el desasosiego invadían su estado mental.

Desde lejos, antes de cruzar la puerta de la comisaría, vio entrar a María.

«Va a por ella, en tres, dos, uno y…», pensó Jesús cuando Clara aceleró el paso sin decirle nada, para hablar con ella antes de que subiera. Era de suponer que necesitaba mantener una conversación en privado y sin que nadie las escuchara. La historiadora no podía dejarlo estar y sabía que María escondía algo más. No tenía ni idea de el qué, pero la contestación que dio el día de antes no la había convencido en absoluto. No pararía hasta que le dijera la verdad. Solo necesitaba oír de la boca de su amiga que no podía decírselo, y simplemente con ello, pararía de darle vueltas.

La interceptó en el ascensor. Le dio varias veces por la espalda con un solo dedo. María giró el cuello y se encontró con la cara sonriente de Clara detrás de ella.

—¿Qué? —dijo María.

—No quiero que nos enfademos, pero necesito la verdad. Saber que no me estás ocultando nada. Si no puedes decírmelo, dímelo y paro. —Se desahogó.

María fue hacia una de las esquinas de la primera planta para hablar con un poco de privacidad. Jesús las vio, pero no quiso meterse en medio y pasó de largo. Esperaría arriba con los demás. No quería verse involucrado en una conversación que no tenía nada que ver con él. Era una cuestión de amistad. Aunque estuviera relacionado con las pistas.

—Clara, sé que no puedes remediarlo y que eres una persona tozuda, pero es lo que me dijo.

La miró con el morro torcido.

—No te creo.

—Vale, pero es la verdad. Me dijo que era una cosa suya y que no quería meterme, que ya había sufrido bastante con el asesinato de mi marido. —Suspiró—. Y tenía razón.

—¿Me estás diciendo que no querías saberlo? —preguntó dudosa.

—Se podría decir que sí.

—No lo entiendo.

—Es sencillo. No puedo con más situaciones extremas en mi vida. Con su asesinato se ha terminado de derrumbar mi estabilidad. Era un buen amigo mío. Le contaba todo y me desahogaba con él. Me entendía. Por eso creo que no me contó la verdad.

—Pero estarás conmigo en que es muy raro que te dijera que las pistas estaban en la Biblia.

—¿Tú crees? Yo no lo veo así. Es un libro con matiz histórico en algunos aspectos y, además, está repleto de parábolas, lo que hace que en cada momento de nuestra vida, un versículo o incluso varios, nos puedan ayudar a superar un obstáculo.

—¿Crees que debemos empatizar con la Biblia?

—Sí, bueno, algo parecido. La palabra quizá no sea empatizar, más bien, algo así como abrir la mente al poder de la palabra escrita.

—Entonces, ¿el asesinato no tiene nada que ver con el cristianismo?

—Nada en absoluto. Utilizó la referencia a la Biblia por lo que te acabo de explicar: las parábolas. Aunque tampoco quise preguntar más por qué, en un principio, pensé que era palabrería. Jamás se me pasó por la cabeza que iba a terminar muerto. Era un artista. ¿Qué es lo que ha podido hacer un pintor para que le asesinen? —Reprimió las lágrimas.

—De acuerdo —sentenció convencida—. No te preocupes, vamos a seguir las pistas que nos ha dejado y averiguaremos lo que ha ocurrido.

—Gracias.

—Ahora vamos a arriba, nos estarán esperando.

Al llegar a la planta donde estaba el despacho de Carlos, donde harían la reunión, pudieron observar desde la entrada, cómo el equipo esperaba sentado. Clara comprobó si estaba Raúl. «No

está».

Carlos las vio y les indicó con la mano que se dieran prisa. Las chicas aceleraron las zancadas y se sentaron lo más rápido posible. Jesús le guiñó el ojo en cuanto hicieron contacto visual. Le había guardado uno de sus sitios favoritos, la silla junto a la mesa del comisario. A Clara le gustaba ese sitio porque, si Carlos les enseñaba alguna imagen en el ordenador, tenía la mejor visión.

—Ya estamos todos. Puedes empezar cuando quieras —dijo Carlos, acomodándose en el asiento.

—Vale. Necesito que me busques en internet: Cuadro Sator.

—Ya empezamos. —Se echó hacia delante en la silla para comenzar a teclear.

Cuando encontró la imagen del cuadro Sator, dio la vuelta a la pantalla. Clara no estaba segura del motivo por el que lo había plasmado en su pintura, por lo que decidió dar toda la información posible, para que el equipo al completo conociera cada uno de los significados de las palabras que lo componían. Podía darse el caso, para ella poco probable, de que las pistas fueran precisamente esas palabras.

Dio un pequeño golpe en la mesa, para que le prestaran atención. La noche anterior había decidido que explicaría despacio cada uno de los significados sin aturullarlos con miles de teorías. Solo tendría en cuenta aquellas que guardaban relación con el cristianismo, ya que creía que era el motivo por el que Teo había dibujado el pez antes de morir.

—Primero, decir que las palabras utilizadas están escritas en latín y que es un cuadro multipalíndromo —se calló.

Se quedaron mirándola con cara de no entender nada.

—Significa que se puede leer de izquierda a derecha o derecha a izquierda. —Vio cómo todos entrecerraban los ojos mirando a la pantalla del ordenador y leyéndolo—. En números, es lo que se conoce como capicúa, ¿vale?

—Sí, sí, sigue. No te entretengas en eso —ordenó Carlos, mirando el reloj.

—Bueno, sigo. La palabra «Sator», significa sembrador, plantador, fundador, y el que más consenso ha obtenido en los estudiosos, progenitor, referido a lo divino. ¿Dudas?

—Ninguna, puedes continuar —dijo Jesús.

—«Arepo», no se sabe. Tampoco se ha encontrado en ningún documento antiguo, por lo que se ha supuesto que debe ser un nombre propio.

—Vamos, que no tenían ni idea, y han dicho «pues hala, nombre propio» —intervino Carlos.

—Sí, yo también lo creo. En fin, seguimos. La palabra «Tenet», es la más importante. Si os fijáis es la que hace la cruz en el centro del cuadro mágico y la T se representa en muchas ocasiones como una cruz. De ahí, que se haya atribuido al cristianismo.

Asintieron sin dejar de mirar el cuadro.

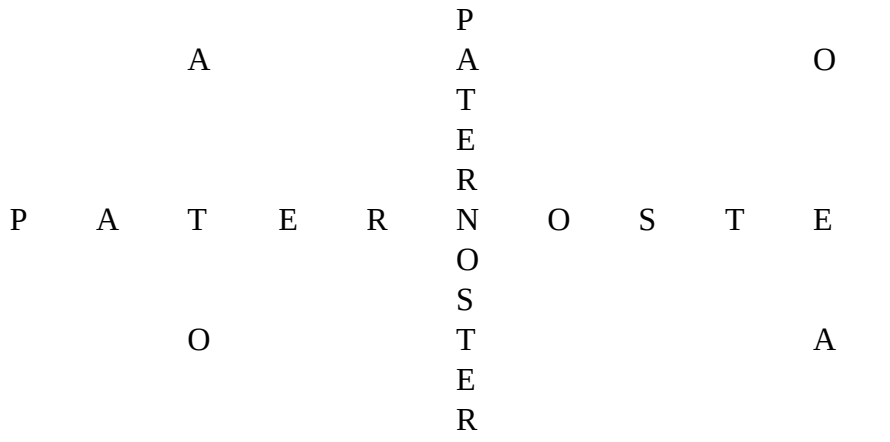
—La palabra «Rotas» —Señaló la pantalla—, significa rueda o hacer girar.

—Interesante —apreció Manuela—, pero ¿esto a nosotros de que nos sirve?

—Bueno, de momento no lo sabemos, pero… —Hizo una pausa—, con el dibujo del pez, lo que creo que Teo nos ha querido trasmitir es que nos centremos en la interpretación cristiana del cuadro mágico de Sator. —Sonrió y miró a María.

—¿Y cuál es?

Clara se colocó al lado de Carlos para coger el teclado. Dio la vuelta a la pantalla y empezó a teclear ante los rostros expectantes de sus compañeros. Cuando encontró lo que quería que vieran, la volvió a girar.



—¿Qué significa? —preguntó Manuela con un mohín de estar en la inopia.

—Padre Nuestro. —Se cruzó de brazos para esperar las reacciones de los compañeros.

—¿Y las A y las O?

—Hacen referencia a las letras *Alfa* y *Omega*, como representación del principio y el fin del que se habla en la Biblia. El Apocalipsis Cristiano.

—Vale, entiendo. Creemos que es esta la interpretación por el dibujo del pez, ¿no? —insistió Manuela, para asegurarse de que lo estaba entendiendo.

—Sí, eso es.

—Vale, vale —repetía sin dejar de mirar la cruz—. Pues no lo entiendo.

—¿El qué no entiendes?

—La relación con el caso.

—Yo tampoco. —Volvió a su sitio y miró a María por si decía algo al ver que estaban en punto muerto.

—¿Y el significado?, ¿las palabras qué quieren decir? —preguntó Jesús intentando buscar una pista para avanzar.

Carlos se mantenía en silencio, a la espera de que saliera una idea útil de la reunión. Miró de nuevo el reloj.

—Si lo leemos seguido, de izquierda a derecha, tenemos la frase más difundida que es: SATOS AREPO TENET OPERA ROTAS, lo que se traduce como: «El sembrador Arepo guía con destreza las ruedas». —Clara se cruzó de nuevo de brazos y se encogió de hombros.

—No puede ser —se quejó Jesús—. Tanto misterio para hablar de un sembrador. Imposible. Ahí hay un mensaje mucho más interesante que el del tal Arepo. Seguro.

—Sí, pues ya me dirás qué tiene esto que ver con el asesinato de Teo.

Manuela miraba la pantalla del ordenador.

—Entiendo que lo que nos has enseñado de *Paternoster* es una *Crux dissimulata*, ¿no?

—Exacto, Manuela, por eso los cristianos creen que el cuadro Sator es de su autoría.

—¡Qué interesante! ¿Y lo es?

—Me temo que eso nunca lo vamos a saber. Muchas religiones se han robado ideas o fundamentos, pero la verdad nunca la sabremos.

—Ya, eso lo entiendo. Pero en relación con el caso, es obvio que, por la pista del pez, Teo quería que nos centráramos en la del cristianismo. Así que empezaremos por ahí.

—Vale, pero no sabemos en qué lo ha relacionado —se quejó María, que alzó la voz con gesto de impotencia.

—Creo que mientras encontramos la relación y nos dicen la causa de la muerte, debemos comenzar a hablar con la gente cercana a Teo —intervino Carlos al levantarse de la silla—. Dividios como queráis, pero no hay que perder más tiempo.

—¿Qué es lo que piensas, Carlos? —se interesó Clara.

—No lo sé, pero lo que Teo encriptara con el cuadro Sator debe tener relación con su círculo cristiano.

—Es una posibilidad —afirmó Clara, que asintió varias veces.

—Puede ser que Carlos tenga razón y debamos empezar por ahí. —María había recuperado un resquicio de felicidad.

—Hasta que tengamos más información o encontremos más conexiones con el cuadro Sator, buscaremos en sus círculos sociales más cercanos—apostilló Manuela.

—Quizá la conexión espiritual del cuadro Sator con el cristianismo sea la siguiente pista y, por tanto, lo que tengamos que hacer sea buscar en sus vínculos con la Iglesia. Es decir, centrarnos en eso y no buscar conexiones fuera de ellos.

Manuela y Carlos se miraron.

—Creo que es mejor no descartar tan rápido. Al menos, debemos interrogar a los más allegados. Luego iremos cercando el listado de sospechosos y valoraremos la relación cristiana que tenían con la víctima —quiso puntualizar la inspectora

—Pues, visto el entusiasmo, haced los grupos. ¿Queréis a Raúl? Le tengo un poco liado hoy, pero si os hace falta alguien más, ya sabéis que estará encantado de ayudar.

Capítulo 6

La inspectora decidió que, para hacer las primeras tomas de contacto con los más allegados a la víctima, no era necesario que Raúl les ayudara. Más adelante, le podrían necesitar. Por lo que la mejor opción por el momento era que continuara con las tareas que el comisario le había encomendado.

Clara quería ir con Jesús, y era lo mejor. Después de la tensión que se creó con María, la inspectora pensó que lo más acertado era que se dieran un poco de espacio. No quiso preguntar a ninguna de las dos, pero supuso que cuando llegaron juntas, habían estado arreglando sus diferencias a causa del día anterior. Sin embargo, con Clara nunca se podía estar seguro de nada.

Por petición de María, irían a ver a los padres de Teo. Los conocía desde hacía tiempo y quería comprobar si habían visto algún comportamiento extraño en su hijo en los últimos meses. Sabía que la respuesta sería negativa, pero necesitaba cerciorarse de ello. Manuela pensaba que era probable que, si andaba detrás de un asunto calificable como turbio, los padres fueran los últimos en enterarse con total probabilidad.

Los padres de Teo vivían en las afueras. Cuando Manuela se bajó del coche, los rayos del sol eran penetrantes. Habían formado una especie de arcoíris por encima de la propiedad. Era precioso contemplar aquella casa con un aura formada por los rayos y las nubes blancas entrelazadas. María ya había ido hacía algunos años a una de las barbacoas que celebraban en las grandes dimensiones del terreno de la casa. Los padres le parecieron unas personas encantadoras. Teo había forjado una personalidad en base a la educación de sus padres, pero a su vez distaba mucho de parecerse a ellos.

Rafaela estaba esperando la visita de las chicas, ya que María, con el permiso de Manuela, la había avisado de que irían a hablar con ellos. Al verlas se levantó de la silla de mimbre que tenía en la entrada de la casa y anduvo los pasos que las separaban para recibirlas. El rostro de la progenitora se había visto gravemente afectado por el fallecimiento de su hijo.

Los alrededores presentaban adornos de arcilla de múltiples colores llamativos que Rafaela había hecho con sus propias manos. Era una gran artesana y creaba todo lo que su mente imaginaba. Cuando ella y su marido eran jóvenes se habían dedicado a ir por los rastrillos de los distintos pueblos a vender artículos de decoración, así como cuadros, pulseras o colgantes. Rafaela y José habían tenido una juventud *hippie* y aventurera, lo que había influenciado en que su hijo tuviera una personalidad de artista.

—Hola, María —saludó y la abrazó fuertemente con sus brazos pecosos y arrugados.

—Lo siento —respondió con la respiración entrecortada.

Se fundieron en un gran abrazo lleno de emotividad y excesivamente largo, que hizo sentir incómoda a Manuela. La inspectora no dejaba de mirar de arriba abajo a Rafaela. Era una mujer mayor, pero llena de juventud. No había abandonado la moda *hippie* y vestía con multitud de colores llamativos. Tenía el pelo canoso, largo y lo adornaba con un pañuelo de color amarillo

colocado como una diadema.

—Por favor, pasad dentro. José está preparando café. —Se acercó a Manuela y le dio también un abrazo.

La inspectora le correspondió con el gesto, pero le hizo sentir incómoda. Aquella muestra de cariño estaba fuera de lugar. Sin embargo, no dijo nada. Teo había sido asesinado y las reacciones para afrontar una pérdida son diferentes.

Siguieron los pasos de Rafaela hasta el interior, donde estaba su marido sentado en una silla alrededor de una mesa de madera. El estilo rústico con materiales naturales era el predominante en el interior. Así como adornos de su autoría. A golpe de vista, se observaba que eran artesanales.

Las chicas se sentaron en las sillas que la anfitriona les indicó. José colocó unas tazas con un gesto triste y el rictus serio. No había dicho ni una palabra desde que entraron. Tenía los ojos hinchados y los movimientos lentos y torpes delataban una carencia de horas de sueño reparador.

—Disculpen a mi marido. El asesinato de nuestro hijo ha sido demoledor para nosotros —dijo Rafaela dando vueltas al café.

—Tranquila, para mí también. No me esperaba que fuera verdad lo que Teo me dijo.

—¿Qué te dijo?

—Que, si aparecía muerto, es porque le habrían matado. Él nunca se suicidaría.

José movió la cabeza a ambos lados. Se secó con un dedo el lagrimal de los ojos y se levantó de la mesa.

—¿A vosotros no os dijo nada? —preguntó Manuela.

—No. —Negó con la cabeza—. Nos llevábamos bien con él, pero, quizá por nuestra forma de ser, no teníamos tanta… confianza.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, verá, Teo era creyente y nosotros… no es que le criticáramos, pero no teníamos las mismas costumbres.

—¿Discutieron?

—No, para nada. Simplemente, él necesitaba creer. Era muy buena persona y estaba muy comprometido con ayudar a los demás. Para él, la Iglesia y Dios eran los únicos que le permitían seguir con la labor que él perseguía: ayudar a los necesitados.

—Entiendo —dijo Manuela, mirando a su compañera.

—Teo ayudaba en la iglesia, daba clases de pintura y, además, también era voluntario en un comedor social —aclaró María, que había dado la mano a la madre por encima de la mesa.

—A María le indicó, por decirlo de alguna manera, un mensaje secreto: «Todo está en la Biblia». ¿A vosotros no os dijo nada?

Rafaela asintió y comenzó a llorar. Se colocó las manos en la cara para taparse delante de las chicas. Los sentimientos de pérdida cada vez eran más grandes y se apoderaban de su corazón.

—Vamos, tranquila, lo vamos a encontrar.

José apareció por la puerta con una carta.

—La semana pasada estuvimos comiendo juntos y nos dijo que si venías te diéramos esto. —Extendió la mano.

Era un sobre blanco en cuyo reverso ponía el nombre del destinatario: María.

—¿Qué es esto?

—No lo sabemos. La verdad es que nos pareció raro, pero como Teo tampoco era de dar muchas explicaciones, no quisimos preguntar —contestó José.

—Solo nos dijo que si venías te la entregáramos.

—¿Sin ninguna explicación?

Los padres negaron y se dieron la mano.

—Lo siento.

María miró a Manuela para confirmar que podía abrirla delante de los padres. Asintió.

Abrió la carta y se quedó extrañamente sorprendida. No sabía qué quería decir. Se había quedado muda. No había nada escrito, ni una sola palabra. Solo un pequeño papel en el que ponía: M-98.

—¿No saben a qué se refiere con esto? —Les enseñó el papel.

Los padres se miraron y negaron con la cabeza. José entrecerró los ojos y se rascó la barbilla, pensativo. Rafaela cogió el papel y le dio la vuelta. No comprendía que quería decir con ese mensaje, y menos aún por qué el destinatario era ella.

—Si te lo ha dejado a ti, supongo que será porque solo tú lo puedes interpretar. Es lo más lógico. —La madre la miró con desesperación, esperando una respuesta que le diera la tranquilidad que le habían robado bruscamente.

—No lo sé. No entiendo nada.

—Piensa, María. Puede que tenga algo que ver con lo que te dijo de la Biblia.

—¿M-98?

—Como por ejemplo un versículo o algo así.

—Ni idea. ¿No tendrán una Biblia por casualidad?

—No, lo siento. No somos creyentes.

—¿El número 98 no les dice nada? Puede que sea algo que tenga que ver con su vida.

—No, lo siento —respondió el padre.

—De acuerdo, lo investigaremos en la comisaría. Debe tener un significado para él —Miró a María—, y para ti. No hay otra razón por la que te lo haya dejado.

—Puede que se refiera a algo que solo sabéis los dos.

María estaba ensimismada en el mensaje, pero por más que pensaba no le encontraba un significado a la letra ni al número.

—¿Saben quién podría querer matar a su hijo? —La inspectora decidió seguir haciendo preguntas.

—No se nos ocurre nadie que quisiera hacerle daño.

—Teo era una persona reservada y no solía contarnos mucho. Si estaba metido en algún lio, no nos lo diría. Ya le digo que estábamos unidos, pero no como una familia normal.

—No entiendo. ¿Qué quiere decir con «familia normal»?

—No sé explicárselo sin parecer una mala madre. —Comenzó a dar vueltas intermitentemente al café. Bajó la mirada por unos segundos y volvió a mirar a Manuela—. Verás…, le enseñamos a ser un chico independiente.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó sabiendo perfectamente lo que quería decir.

«Vamos, que pasaban de él».

—Le enseñamos que no tenía que depender de nadie y debía aprender a solucionar sus problemas solo. Cuando era adolescente no se quería venir con nosotros a las ferias artesanales y pasaba largas temporadas solo. La personalidad de Teo era prudente e introvertida. Por esa misma razón, no entiendo cómo alguien quería hacerle daño, y menos aún, matarlo.

—Cree que su obsesión de ayudar a los demás es consecuencia de la soledad que sintió por nuestras permanentes ausencias —intervino José—. No fuimos buenos padres, esa es la verdad. Seguimos con nuestra vida sin darnos cuenta de que nuestro hijo nos necesitaba. Quizás por eso es por lo que nunca nos contaba nada y se apoyaba en otras personas —argumentó con un gran tono de culpa—. Como en María. Si la nota se la dejado a ella, será porque tenía información o le podía prestar la ayuda que nosotros nunca le dimos.

—Teo os quería mucho.

Rafaela rompió a llorar y José se levantó de la silla para ir a su lado y abrazarla.

—Sabemos que nos quería, pero también que no fuimos justos con él. Era nuestro hijo y ahora está muerto.

—Gracias. María, vámonos, necesitan estar solos. —Se levantó y le señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

—Tienes razón. Rafaela, si necesitan algo, pueden llamarme a la hora que quieran.

—Gracias.

—¿Cuándo podremos ver a nuestro hijo? Tenemos que enterrarle.

—Pronto. En cuanto terminen la autopsia para confirmar la causa de la muerte, les llamaremos.

—De acuerdo. Se lo agradecemos. —Se separaron para acompañarlas a la puerta.

Rafaela se limpiaba las lágrimas. La respiración seguía siendo agitada y el pecho se le hinchaba con cada bocanada de aire.

«La culpabilidad es un sentimiento cruel», pensaba Manuela cuando cruzó la puerta y escuchó el tintineo de los adornos colgantes.

Capítulo 7

Manuela estaba deseando llegar al coche para hablar con María de lo que había pasado en la visita. Cerró la puerta y cuando encendió el motor comenzó a hablar. No podía esperar más.

—¿Qué ha pasado ahí?

—¿A qué te refieres?

—Esos padres tan extraños, ¿de dónde han salido? Es imposible que el hijo se llevara bien con ellos.

—Es que no lo hacía.

—¿Qué? Entonces, ¿por qué ellos creen que sí?

—Bueno, pues porque Teo les había dicho muchas veces que no había sido para tanto.

—¿Qué no fue para tanto?

—Ellos se iban y le dejaban solo aquí, en medio del campo. Desde pequeño se tuvo que buscar la vida. Siempre estaba solo en esta casa y su única salida era pintar. Por eso se hizo tan creyente, era su vía de escape para no sentirse solo. Al menos eso creo yo.

—¿Quieres decir algo parecido a que Dios siempre le acompañaba?

—Sí, eso es. Sus padres se iban, y creo que para no caer en la autocompasión sintió que al menos alguien le escuchaba y le protegía: Dios.

—Es como una especie de mecanismo de defensa.

—Sí, algo así.

—Me alegro de que no se sintiera solo.

—Ha tenido una vida muy solitaria. Por eso se volcaba en la iglesia. Ayudaba a la gente en todo lo que podía.

—¿No tenía novia ni hijos?

—Teo era gay; y no, no tenía novio.

—¿Ni nadie con quien quedara de vez en cuando?

—A mí nunca me habló de nadie. Era muy reservado, ya has oído a sus padres.

—Me parece a mí que esos no sabían ni que tenían un hijo —dijo enfadada.

—No todos sabemos ser buenos padres.

—No estoy de acuerdo. Es sencillo, tienes un hijo para cuidarlo. Vale que a veces te

equivoques, pero lo importante es estar ahí cuando te necesitan y, sobre todo, darles cariño.

—¿Crees que saben más de lo que dicen?

—No lo creo.

María miraba el mensaje que sujetaba con ambas manos. Aquel trozo de papel la había cautivado y no podía dejar de pensar en su significado.

—¿Se lo digo a Clara? Puede que ella le encuentre explicación.

—No lo creo. —Se encogió de hombros con las manos en el volante—. Es un mensaje para ti. Lo que significa que solo tú lo sabes.

—¿Yo?

—Tienes que estrujarte la cabeza para deducirlo. No creo que unos minutos sean suficientes. Insiste —la animó.

—¿La M será de María? —preguntó retóricamente.

—Ni idea. ¿El número no te dice nada?

Negó con la cabeza.

—Entonces prueba y mándale una foto a Clara, pero no creo que sirva de mucho en un mensaje en clave dirigido a ti. Teo lo dejó preparado con alguna intención y parece ser que tú deberías saberlo. Si crees que te puede ayudar, mándaselo, pero en esta ocasión en concreto no creo que pueda.

—Bueno, por intentarlo no perdemos nada.

Le hizo una foto al papel y se la mandó a Clara. Estarían en la iglesia a la que Teo era asiduo. Puede que en aquel lugar encontrara una pista que tuviera relación con el enigmático mensaje que tenía entre las manos.

Manuela esperaba que tuvieran más suerte que ellas, y que el cura le conociera más que sus propios progenitores. No dejaba de darle vueltas a la relación tan fría y escasa que habían tenido con él. Sintió pena por Teo. Para ella, crecer en un hogar en el que te sientes protegido y amparado en cualquier situación era fundamental para el desarrollo de una personalidad fuerte. Puede que el pintor tuviera el corazón tan dañado que era imposible repararlo y hubiera tomado la decisión de suicidarse. La idea de María de que era un asesinato se tambaleaba.

«Sabía que iba a morir. Por eso lo dejó todo preparado. Su muerte no ha sido espontánea, sino premeditada, pero ¿por quién?, ¿por él mismo o por un asesino?».

Fueron a la comisaría. Esperaban que les dieran las pruebas de la autopsia y que la pareja volviera con información útil. Puede que trajeran buenas noticias y algún hilo más del que tirar. La inspectora observaba el gesto preocupado de su compañera. No se conocían demasiado, pero la carta la había desconcertado. Por un momento, recordó la actitud de Clara y cómo estaba tan convencida de que María le ocultaba información de Teo. «Puede que fuera verdad».

—¿Te pasa algo?

—Todavía no me creo que alguien quisiera matarlo. Era una buena persona.

—¿No se te ocurre nada en lo que podría estar involucrado? Piénsalo, puede que algún día, hablando de vuestras vidas, te dijera algo que en ese momento no tuviera importancia y ahora sí la tenga.

—No, de verdad. Sé que tú también piensas que os escondo información, pero no es así. Si supiera algo más os lo diría, de verdad —dijo con un tono apenado. Se acomodó en el asiento sin esperar respuesta.

Manuela tragó saliva con la vista fija al frente. Tenían un trayecto de más de media hora hasta llegar a comisaría. Podían aprovechar el tiempo para hacer conjeturas sobre la nota que había recibido. Quería cambiar de tema, no merecía la pena presionarla más. «Puede que diga la verdad y no la estemos creyendo».

—¿Cuántos libros tiene la Biblia que empiecen por M?

—Ni idea, pero supongo que varios: Mateo, Marcos… —La miró con las cejas levantadas.

—Ya, pues deberíamos comprobarlo. Puede que la nota, junto a lo que te dijo de la Biblia, sea la unión, ¿no?

—Sí, es una buena idea, pero puede que tengamos demasiadas hipótesis, deberíamos acotar más.

—¿Por qué?

—Bueno, ya hablé con Clara de esto. La Biblia tiene parábolas de la vida de Jesús, lo que quiere decir que las interpretaciones, dependiendo de quien lo lea, pueden ser diversas.

—No lo creo.

María la miró sorprendida. Giró el cuerpo para verla directamente y no torcer el cuello.

—Cada uno interpreta las parábolas dependiendo de las circunstancias de su vida. De hecho, se hizo con esa idea. Son enseñanzas para quien las quiera escuchar. Lo que significa que cada uno las puede interpretar en función de su propia situación personal.

—No te entiendo, ¿qué me quieres decir?

—Las enseñanzas son eso mismo. Jesús explicaba la vida a través de ellas, pero no todo el mundo las entiende de la misma manera. Por eso, en muchas de ellas decía la famosa frase de: «Quien tenga oídos, que oiga». —Manuela asintió, asimilando la explicación—. Precisamente, con esa frase lo que quería decir es que no todos iban a escuchar sus palabras de la misma manera. Solo algunos tomarían las enseñanzas para aplicarlas a la vida. Otros, escucharían, pero no oirían. ¿Me explico?

—No sé, me has dejado un poco electrocutada con tanta explicación de las parábolas. Entiendo lo que quieres decirme, pero estamos con un asesinato entre manos. Por esa razón, entiendo que Teo no dejaría unas pistas tan rebuscadas, ¿no? Si a mí me mataran, yo querría que encontraran a la persona que lo hizo.

—Ya —confirmó, moviendo la cabeza a la vez—, por intentarlo no perdemos nada.

—Tenemos que gastar todas las opciones que tengamos. Hay que encontrar a quien lo asesinó.

—Lo vamos a conseguir. Estoy segura.

El teléfono de Manuela comenzó a sonar.

—Cógelo, por favor. Está en la parte de atrás, dentro del bolso.

María estiró la mano para cogerlo. Tras unos breves segundos, lo sacó y comprobó la identidad de quien llamaba.

—¿Quién es?

—Es Carlos —dijo sin descolgar.

—Contesta. Puede que sea importante.

—Vale. Voy.

María descolgó y escuchó el motivo de la llamada de Carlos. La inspectora vio cómo la cara de su compañera iba palideciendo por segundos.

—¿Qué pasa? Pon el altavoz del móvil.

—De acuerdo —Apretó el botón—. Carlos, repite. Está escuchando Manuela.

—Ha aparecido muerta una compañera del comedor social donde Teo trabajaba de voluntario.

—¿Tiene señales de que la hayan matado?

—Sí, le han dado un golpe contundente en la cabeza. Los compañeros creen que ha sido con una sartén o un objeto por el estilo.

—¡Joder! —exclamó Manuela dando un golpe al volante.

—¿Qué hacemos?, ¿vamos para allá?

—No, ya he ido yo, y ahora están los agentes de la científica haciendo fotos y recogiendo muestras. Es mejor dejar trabajar a los compañeros y cruzar los dedos para que encuentren alguna prueba. Mañana iremos y podréis revisar las fotos.

—¿Sabemos algo de la causa de la muerte de Teo?

—No, supongo que lo sabremos mañana. Han tenido que dejar todo con el aviso.

—Entiendo.

—Estoy llamando a Jesús y Clara, pero no contestan. Les he mandado un mensaje. Marchaos a descansar y mañana nos vemos. Supongo que tendremos más datos e información para ver el caso con más perspectiva.

—Por la cuenta que nos trae, espero que así sea.

—¿Nadie vio nada? —preguntó Manuela.

—No, estaba preparando la comida en la cocina. En ese momento, estaba sola. Creo que la persona que lo ha hecho esperó el momento oportuno en el que no había nadie y lo aprovechó.

La inspectora suspiró con gran impotencia.

—Por cierto, María, ¿sabes si hay algo más en común entre Iria y Teo?

—Lo siento, pero ni siquiera sé quién era.

Capítulo 8

Clara y Jesús fueron para hablar con el padre Roberto. Teo era un creyente asiduo y su vida giraba en torno a ello. Manuela pensó que era buena idea que Clara fuera a la iglesia. Podía encontrar alguna pista que tuviera relación con el cuadro Sator a lo largo de la historia y que ellos no hubieran reparado en el detalle. Ella nunca había escuchado hablar del cuadro mágico, y menos aún de su significado. Si estaba relacionado con la idea del cristianismo, había alguna posibilidad de que Teo hubiera dejado también algún mensaje en la iglesia que frecuentaba.

Jesús tragó saliva cuando se bajó del coche. No estaban seguros de si el padre Roberto sabía lo que había ocurrido. Lo que significaba que podían ser portadores de malas noticias. Era la peor parte de su trabajo. No le gustaba que su cara fuera la que recordaran por comunicar la triste noticia.

Observó a su novia, que no dejaba de menearse el pelo de un lado a otro y balbuceaba palabras para sí misma.

En la entrada de la iglesia había un gran revuelo de varias personas reunidas en uno de los laterales haciendo un corrillo. A Jesús le llamó la atención que el hombre que pedía limosna en la puerta, y que aún sujetaba el vaso transparente con monedas, no dejaba de llorar. El llanto trasmitía el dolor y la profundidad de la tristeza que sentía. Al pasar, Clara sintió la imperiosa necesidad de quedarse al lado escuchando. El agente no se dio cuenta de que andaba solo hasta que llegó al primer banco de la entrada.

«¡No me lo puedo creer!».

Rápidamente, volvió sobre sus pasos y vio a su novia hablando con una de las señoras. Jesús puso los ojos en blanco al contemplar la escena.

—Ven, Jesús, mira, esta señora dice que se han enterado hoy.

—Hola, somos policías —dijo Jesús que no quiso dar tanta explicación acerca de Clara.

—Hola —respondió la señora, a la que se veía perjudicada por la noticia.

Otra mujer que escuchaba desde el corrillo se unió a la conversación.

—Hola, me llamo Laila. Soy…, bueno, era amiga de Teo. Nos conocimos en esta iglesia y desde el primer día conectamos. —Clara la miraba con cara de asco sin ningún disimulo—. Tomábamos café todas las mañanas, ¿saben? Tengo un nudo aquí en el estómago. —Se llevó las manos al mismo y empezó a gimotear—. Dicen que le han asesinado, ¿es verdad?

—¿Está triste, o solo quiere cotillear? —Se interesó Clara con mucha atención para ver la reacción de la mujer.

Jesús, con cara de circunstancia, le dio un gran codazo para después cogerla del brazo y andar hacia el interior de la iglesia.

—No lo sabemos, Laila. Pero pronto lo sabremos. Muchas gracias —respondió, sin dejar de andar y dirigiendo una sonrisa a la mujer, que no había sido capaz de reaccionar.

Clara andaba tirada por el brazo de su novio, que le comenzó a echar una gran reprimenda.

—Pero ¿qué haces? ¿Cómo se te ocurre decirle eso? A mí no me engañas, lo has hecho aposta —le recriminaba en el oído sin que Clara dejara de mirar hacia atrás.

—Me da igual lo que digas, es una cotilla. Seguro que se ha inventado que eran amigos. Pero hay una cosa que sí me ha llamado la atención. —Metió el codo entre ella y Jesús para que dejara de agarrarla.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó hastiado.

—¿Has visto al que pide en la puerta? No dejaba de llorar y tenía los ojos rojos.

—¿Qué quieres decir? Explícate.

—No sé, parece que ha estado llorando toda la noche.

—¿Y?

—Pues que a lo mejor él sí que era su amigo, ¿no?

—¿Tú crees? No sé. Bueno, no me distraigas. —Se acercó al oído de Clara—. Por favor, pórtate como una persona normal. Ahora vamos a hablar con el cura. Puede que sepa algo.

—Tonterías, seguro que no sabe nada. Si se llevaba bien con él, no querría que le pasara nada. Era su pastor, ¿entiendes?

Jesús la miraba sin entender qué quería decir.

—Si a él le pasaba algo malo, nadie cuidaría de la comunidad. Le tendría más protegido que a nadie. ¿Ya lo has entendido? —dijo con un tono sarcástico.

—Oye, tú, a mí háblame bien.

—Lo siento, no era mi intención —dijo cabizbaja.

Laila andaba con paso firme y rápido cruzando el pasillo que dividía el gran número de bancos de madera a ambos lados. Clara la miraba fijamente, sin quitarle el ojo de encima.

—Mírala, va a chivarse. —Sonrió—. Esto es buena señal, ya sabemos quién es la cotilla número uno de la iglesia.

—Y la que le hace la pelota al padre. —Asentía con un movimiento de cabeza.

—Vamos a seguirla, así sabremos dónde está el padre. Nos ha hecho un favor.

—Escúchame, Clarita, estate callada y a mi lado.

—Ajá.

—Va en serio, si no, el próximo día te vas con Manuela.

—Venga, vamos, que me canso de escucharte siempre con lo mismo. Yo aquí vengo a hacer

mi trabajo, no a cumplir tus deseos.

Jesús se dio por vencido y comenzaron a seguir los pasos que Laila había dejado con una mirada de desdén. Como habían previsto, los llevó hasta el padre Roberto. Se mantuvieron a unos pasos por detrás, esperando que la feligresa le terminara de decir lo que había ocurrido. Jesús no se sentía cómodo con las situaciones que Clara provocaba, aunque había que reconocer que en la mayoría de las ocasiones eran fructíferas. En este caso, había dado resultado. Habían podido comprobar cómo el padre la escuchaba, pero sin prestarle la atención que Laila pensaba que se merecía. Después de todo, ellos estaban allí para investigar un asesinato, no para hacer amigos.

El padre le tocó el hombro a Laila y se disculpó con un exceso de educación a ojos de Clara. Los miró e inclinó la cabeza como saludo. Jesús imitó el gesto y esperaron con los ojos clavados en él hasta que se acercó de forma pausada hasta donde esperaban.

—Cállate, por Dios —susurró Jesús a Clara sin mirarla, para no darle pie a que montara ningún espectáculo.

No dijo nada, pero le dedicó una subida del labio superior a modo de queja.

—Buenos días, soy el padre Roberto, supongo que están aquí por la muerte de nuestro amigo Teo. —Le temblaba la voz.

Estiró la mano para saludar a los dos. Clara no se la dio, pero le respondió con una sonrisa.

—Perdónela, no soporta el contacto físico.

—Ah, pues en ese caso, disculpe usted mi osadía —respondió el padre con otra sonrisa.

—Ya le habrá informado su feligresa de que hemos hablado con ella.

El padre volvió a sonreír y miró al suelo. Les hizo un ademán con la mano para que le siguieran a otra parte de la iglesia sin tantos ojos. Se sentía observado por la gente que estaba allí en ese instante. Sabía que ahora vendrían las especulaciones que tantas veces habían sufrido por parte de la opinión pública. El alma del religioso se resentía solo con pensarlo de nuevo. Cualquier suceso en el que involucraran a la iglesia era de escarnio público y en pocas ocasiones salían airosos. Jesús se dio cuenta de lo que estaría pensando. Los ojos cansados y la sonrisa melancólica eran señales de su estado de ánimo.

—Por nuestra parte, cuenta con la máxima discreción.

El padre se paró al escuchar las palabras de Jesús.

—¡Vaya! Se lo agradezco de corazón. Las malas lenguas están en busca de carroña y no quisiera darles el gusto —respondió con un ligero resquemor de épocas pasadas.

—¿Conocía a Teo?

—Por supuesto. Se podría decir que éramos amigos.

—¿Cuánto de amigos? —preguntó Clara, sin dejar de intentar vislumbrar las palabras que no pronunciaba.

—¿Cuánto? —Sonrió al repetir la pregunta en alto—. Mucho, señorita.

Les había sorprendido la juventud del padre. Se habían fabricado una imagen de un señor mayor, cerca de los ochenta años, y aquel hombre casi no llegaba a los cuarenta.

—Es usted muy joven para ser cura, ¿no? —preguntó Clara.

Jesús llevaba un rato temiendo esa pregunta, pero pensó que seguramente se la habrían hecho más de una vez. Cuando le vio, pensó que era un hombre guapo y con buen porte. Le sorprendió que él fuera el cura de aquella iglesia. Sin embargo, por su cabeza pasó la conjetura de que precisamente su juventud era parte del gran éxito que había tenido entre los feligreses. Incluso, por eso mismo, había conectado con Teo. Eran más o menos de la misma edad.

—Sí, tiene razón. Desde pequeño sentí la llamada del Señor y no perdí ni un solo día de mi vida para llegar hasta donde estoy. Le agradezco el cumplido.

—¿Cómo se ha enterado de la terrible noticia?

—Me lo ha dicho una de las amigas de Teo esta mañana. Quedaban por las mañanas para tomar café y al ver que no aparecía y no contestaba, se preocupó. Fue a su casa y entonces vio allí a la Policía. El resto de la historia se la pueden imaginar. —Se paró en una zona más oscura. Era una pequeña sala llena de velas de luz led y la imagen del cristo crucificado.

—Supongo que estuvo en el seminario, ¿no? —se interesó Clara, que se había colocado junto al padre después de dar varias vueltas por la sala.

—Claro, como todos los que formamos parte de la iglesia.

—Ya. —Se detuvo y se apoyó en uno de los dos bancos que había—. Entonces habrá estudiado mucho acerca de la Iglesia y su historia, ¿no?

El padre entrecerró los ojos. No estaba seguro de las intenciones de Clara. Su actitud y forma de actuar le trasmitían cierta inseguridad. Al verla tan cerca de él y por el contenido de sus preguntas pensó que estaba algo mal de la cabeza.

—¿Se encuentra bien? —dijo el religioso.

—Perfectamente. Gracias por preguntar —respondió sin entender el motivo por el que lo había hecho—. El caso es que estoy pensando que sabe mucho de la Iglesia y de los símbolos, pero, sobre todo, de la Biblia, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Qué significa para usted el cuadro Sator?

Los ojos del padre se abrieron de par en par. Tragó saliva sin ocultar el malestar que le recorría la columna vertebral.

—¿Se encuentra bien? —Jesús le cogió por el antebrazo y le llevó hasta el banco que hacía unos segundos ocupaba Clara.

El padre comenzó a santiguarse repetidamente. Las gotas de sudor comenzaron a aparecer en su frente. Introdujo uno de los dedos para aflojarse el alzacuello. No decía nada, pero sus gestos hablaban por sí solos. Clara esperó sin hablar, hasta que Jesús hiciera contacto visual. No quería meter la pata, aunque pensaba que lo había hecho sin pretenderlo.

Después de unos minutos, el padre se tranquilizó. Jesús estuvo a punto de llamar a una ambulancia, pero después de rezar, volvió en sí.

—¿Ha aparecido un cuadro Sator en la casa? —Los ojos se le humedecieron.

—¿Qué pasa, padre? ¿Qué es lo que sabe? —preguntó Jesús casi con la misma angustia.

Se levantó despacio del banco ante la mirada de la pareja y sacó un papel doblado.

—Lo he encontrado esta mañana. Lo habían metido por debajo de la puerta de la iglesia.

Se miraron compungidos. Ya no tenían tan claro que la única pista que tenían fuera un mensaje.

El móvil de Clara comenzó a vibrar. Estaba tan ensimismada en lo que estaba pasando en ese momento, que no contestó. Recibió un mensaje de María con la foto de la carta: «M-98».

Capítulo 9

El papel arrugado era el cuadro Sator. La pareja se miró entre sí, sin dar una respuesta coherente a lo que estaba pasando. Clara, a su vez, observaba el mensaje sin cesar y comenzó a andar en círculos en la pequeña sala. La reliquia del Cristo en la cruz le llamaba poderosamente la atención. Aquella expresión del rostro repleto de dolor y el realismo le hacía sentir envidia por la persona que le hubiera dado vida. Sin dejar de andar con pasos nerviosos, observó las velas que se encontraban justo debajo de la cruz. Aquellas en las que una ristra de velas se van encendiendo a medida que la gente va echando monedas. Era temprano y una gran parte de ellas ya lucían encendidas. Pensó por un segundo en el motivo que llevaba a las personas a depositar el dinero. «Deseos y peticiones de los feligreses». Por cada vela, al menos habría una persona que se habría acercado hasta ese altar, posado su vista en el Mesías y, en un acto de fe, había echado el dinero.

Las pistas y el aire de misticismo de la sala la estaban distrayendo. No podía pensar con lucidez. El gesto aturdido del religioso tampoco la ayudaba. El hombre se sentó de nuevo en el banco y comenzó a rezar con las manos juntas y pegadas a la frente. El agente se sentía en una situación descontrolada cuando Clara le enseñó el mensaje de María.

—¿Qué es eso?

—Ni idea. Lo ha dejado en una carta para ella en casa de los padres. —Se encogió de hombros y juntó los labios.

Jesús miró de reojo al padre. Seguía en el mismo sitio con un rezo desesperado dirigido al cristo crucificado. Sintió pena por aquel buen hombre. Sin lugar a duda, el corazón se le aceleró de tal manera que las pulsaciones se le dispararon. Por unos segundos pensó que se iba a desmayar.

—¿Crees que es una amenaza?

—¿El qué? —preguntó Clara, despistada.

—El cuadro Sator. ¿Por qué se lo han mandado a él? —susurró.

—No sé.

Clara empezó a mirar por las paredes de la sala. Jesús la miraba sin entender qué locura le había entrado ahora. Sin embargo, el padre sabía lo que estaba haciendo. Apartó la vista de la figura de Dios, después de santiguarse, y se levantó despacio. No se sentía con fuerzas de soportar lo que se venía encima, pero tenía que hacerlo. Sacaría fuerzas de donde no las tenía para entender lo que estaba ocurriendo.

—Aquí no hay ninguno, señorita. Están en la mayoría de los lugares sagrados donde los templarios habitaron o construyeron.

Clara se dio la vuelta como si le hubieran dado un susto. «¿Cómo lo ha sabido?».

—Está buscando un cuadro Sator en la iglesia, ¿no? ¿Me equivoco?

Se puso colorada.

—Eso es un «sí». —El agente levantó los brazos con las palmas hacia arriba—. Vamos a calmarnos todos. ¿Sabe quién se lo ha mandado?

—No. —Le dio el papel—. No aparece ningún nombre ni señal que me haga intuir quién es el autor.

—¿Por qué se lo han mandado? —preguntó Jesús con un tono de desesperación.

—No lo sé. Yo tampoco encuentro una explicación plausible. —El padre dirigió la mirada a Clara, que a pesar de haberle dicho que no había ningún cuadro Sator en la iglesia, seguía mirando de reojo las paredes de piedra—. ¿Teo tenía el cuadro también?

—No, padre. ¿Dónde estaba el día antes del asesinato?

—Abro la iglesia a las ocho y cierro la puerta, casi todas las noches, a las diez, o incluso once.

Jesús asintió pensativo. Intentaba asimilar la información que habían recopilado hasta ese momento. «No entiendo nada. ¿Por qué se lo ha mandado a él?».

—Teo nos dejó una hoja de ruta para descubrir a su asesino, y una de las pistas es el cuadro Sator.

El padre dio varios pasos hacia atrás. La vista se le nublaba.

—¿Nadie más lo ha recibido? ¿Alguien más sabía lo del cuadro mágico?

—Que sepamos, solo lo ha recibido usted.

El padre se llevó el índice a la boca para que guardaran silencio. Había escuchado unos pasos débiles por el suelo adoquinado de la iglesia. Se acercó a Jesús y le susurró al oído. Después le señaló un arco por la parte derecha y él se dirigió a la izquierda. El agente fue despacio para que sus pasos no retumbaran y dobló la esquina. Había una persona agachada y quieta que les estaba espiando.

—¿Tú qué haces aquí? ¿Quién eres? —Lo agarró con fuerza por el brazo.

—Soy Iván —dijo con un hilo de voz. Los pequeños y hundidos ojos de aquel hombre buscaron al padre—. Dígales quién soy —suplicó desesperado.

—Déjenle. Es un amigo de Teo. —Anduvo hasta ponerse delante de él—. ¿Qué hacías escondido?

—Laila me dijo que estaba con la Policía. Quería saber qué era lo que hablaban. Quiero ayudar, era mi amigo.

—Pues sí que hay gente cotilla en esta iglesia —intervino Clara con los brazos cruzados—. ¿Te queda mucho?

Jesús soltó al hombre delgaducho, feo y con poco pelo por arriba. Su aspecto era

desagradable y la dentadura descuidada le provocó repulsión a Clara, que no tardó en hacer un mohín de disgusto al verle más de cerca.

—Padre, tenemos que hablar en otro sitio más privado. Se viene con nosotros.

—¿Qué? No puedo. Tengo que estar en la iglesia.

—Lo siento. Eche a la gente y nos vamos de aquí.

—Sí, vámonos de aquí, demasiada gente metiendo las narices donde no les importa. —Miró a Iván.

—¿Eras amigo de Teo?

—Sí. —Sonrió a la vez que movía la cabeza.

—¿Dónde estabas la noche que le mataron?, ¿Estuvisteis juntos?

—Sí, estuvimos en el bar de enfrente hasta que cerraron. No sé decirles la hora con exactitud, pero al menos eran las once de la noche. —Se frotaba las manos por los nervios.

—¿Y luego? —preguntó Jesús, cada vez más desesperado.

—Me fui a casa.

Clara se acercó hasta Jesús y le quitó el papel que le había dado el padre hacía unos minutos con el dibujo del cuadro Sator.

—¿Sabes qué es esto? —Se lo enseñó.

—Claro que sé qué es. Miren, Teo me hizo uno esa misma noche. —Sacó del bolsillo una servilleta arrugada que tenía el nombre del bar en el que pasaron la última noche juntos antes del asesinato.

Jesús suspiró profundamente. «Estamos más perdidos que al principio».

—¿Te dijo qué significaba? —quiso saber Clara.

—Sí, me dijo que era un símbolo de protección, y que me protegería.

—¿Qué? —dijo el padre Roberto con tanta incredulidad que su rostro fue incapaz de ocultarla.

—Pues eso, que era un símbolo de protección. Hay gente que lleva piedras o amuletos, pues para Teo el cuadro Sator era lo mismo, pero con un poder más grande. Eso es lo que me dijo. —Carraspeó sin estar seguro de si su respuesta era la correcta.

—Está bien. —Jesús se acercó a Clara—. A los dos le han dado el cuadro Sator, ¿eso qué quiere decir? —preguntó en un susurro.

—Creo que los quería proteger.

—Pero ¿de qué?

—No lo sé. Pero hay una cosa que no tiene sentido. —Jesús frunció el ceño—. A Iván se lo dio antes de morir, pero cuando lo ha recibido el padre Roberto, Teo ya estaba muerto.

El agente se llevó la mano a la frente para pensar qué hacer. Le estaba empezando a doler la cabeza. La presión en la sien le hacía sentir pinchazos sin tregua y no le dejaban pensar con claridad.

—Cerrad la iglesia. Los dos os venís con nosotros.

Iván sintió pánico.

—¿Creen que nos quieren matar?, ¿por eso nos dio el cuadro este? —Meneó la cabeza.

—Parece que Teo pensaba que sí estabais en peligro. Al menos, lo pensaba de ti. —Miró a Iván.

—Lo siento, padre —dijo Clara—, pero cuando se lo han mandado, Teo ya estaba muerto. —Se rascó la barbilla—. Puede que sea una advertencia o que seas el siguiente. —Se encogió de hombros.

—¡Clara!

—¿Qué? ¡Es la verdad!

—Tranquilo, vamos a protegerle —dijo en un intento en vano de que el padre se sintiera seguro.

El móvil de Jesús comenzó a sonar.

«Carlos».

Al contestar y darle la noticia del asesinato de Iria, comenzó a sudar a mares.

«Hay que irse de aquí, es un sitio muy grande para cubrirlo yo solo». En la iglesia había demasiados puntos muertos y un único agente se encontraba en una gran desventaja para protegerlos.

Jesús le contó a Carlos lo que estaba ocurriendo en la iglesia y la aparición por sorpresa de uno de los amigos de Teo. Él no podía tomar decisiones de manera unilateral, pero sabía que el padre estaba en peligro de alguna manera, igual que el polizón de nombre Iván. Cerrar la iglesia podía poner en preaviso de la investigación al asesino. Había que evaluar las repercusiones antes de tomar una decisión.

—Clara, voy a hablar un momento con Carlos. Quedaos aquí —ordenó Jesús, a pesar de no fiarse de que su novia le hiciera caso, razón por la que no se alejó demasiado.

Decidió quedarse en la antesala donde había encontrado a Iván escondido. Aunque el eco en la iglesia construida en piedra le confería tanta acústica que estaba casi convencido de que escucharían parte de la conversación.

—¿Qué hacemos, Carlos?

—No podemos obligarle a cerrar la iglesia —dijo pensando, al otro lado del teléfono.

—Lo sé, ¿entonces?

—¿De verdad crees que está en serio peligro?

—Sinceramente, sí lo creo.

—¿Qué dice Clara del mensaje que le han dejado a María?

—No ha dicho nada, así que supongo que no sabe qué ha querido decir con él.

—Entiendo —afirmó sin dejar de pensar una solución que no perjudicara a nadie.

Jesús giró el cuello al escuchar unos pasos intermitentes. Clara se acercaba a él.

—A veces es mejor no hacer nada —afirmó resolutiva.

—¿Qué quieres decir con eso? —quiso saber Jesús, que se pasaba la mano por la barba.

—El asesino está matando a gente, puede que uno de ellos sea el siguiente. —La voz era cada vez más débil—. Puede que venga a la iglesia y le podamos identificar, ¿no?

—¿Está queriendo decir que utilicemos al padre de señuelo? —preguntó Carlos al otro lado del teléfono.

Clara asintió.

—No creo que sea tan tonto de venir hoy mismo, y menos aún después de haber matado a la otra persona.

—O precisamente por eso lo quiere hacer ya.

—Puf… —bufó el comisario.

—¿Qué hacemos, Carlos? —dijo Jesús, agotado mentalmente.

—Creo que lo mejor es preguntarles a ellos. Si quieren, les ponemos un coche de paisanos. Es la única manera que se me ocurre de que estén protegidos, pero a la vez, si aparece el asesino, le podamos identificar —propuso Carlos.

—De acuerdo. Ahora te llamo. Vamos a hablar con ellos primero.

Jesús colgó el teléfono y se dirigió hacia el banco donde ambos rezaban. Al escuchar los pasos por los adoquines, se giraron.

—Podemos protegeros. Un coche de agentes vestidos de calle os puede seguir y vigilar la entrada de vuestras casas o de la iglesia. ¿Os parece bien?

—Han matado a otra persona —dijo Clara, para que supieran la gravedad de la situación.

El padre Roberto se santiguó.

—¿Puede que no tenga nada que ver con esto? —dijo en un intento de tranquilizarse a sí mismo.

—Creemos que sí. Ha sido una de las voluntarias del comedor social.

Los ojos de Iván se abrieron de par en par.

—¿Quién ha sido?

—Iria. —Jesús tragó saliva.

El hombre alzó las manos para taparse la cara y que los presentes no le vieran llorar.

—No puede ser… —balbuceaba sin parar mientras se secaba el llanto.

Clara miró al padre, que todavía estaba en shock.

—¿Le dice algo M-98?

—¿Qué? —preguntó atónito.

—Teo ha dejado ese mensaje a una amiga.

Negó, meneando la cabeza.

—Lo siento.

—Creo que debería cerrar la iglesia, al menos hoy —dijo Jesús, preocupado por la integridad de los dos.

—Puede que tenga razón. —Asintió con el rostro inundado en pena.

Carlos coordinó los coches que acompañarían esa noche a los hombres. Al día siguiente, con más tiempo, pensarían qué medidas tomar. No podía dedicar agentes a una guardia si no tenía motivos fehacientes para ello y, de momento, no los tenía.

Capítulo 10

Manuela había dejado a María en casa, como Carlos le había dicho. El día había sido intenso y las emociones estaban a flor de piel. Al ver a los padres de Teo, la inspectora tuvo la amarga sensación de que Clara tenía razón. Algo les ocultaba. No estaba del todo convencida, pero había algo en su forma de actuar y hablar que le hacía desconfiar.

La dejó y se marchó. Tenía a una adolescente en casa que la esperaba. Sin embargo, María se sentía culpable por no haber hecho algo más. Teo le había dejado varias pistas porque se sentía en un serio peligro. Pero su cabeza no dejaba de preguntarse cuál sería y el motivo de que se lo hubiera ocultado. Entró en casa y la soledad de aquellas cuatro paredes la hicieron sentirse más pequeña e insignificante que otras noches. Tenía una llamada perdida de Maika. Cuando la recibió, estaba con Manuela y no estaba segura de sí la inspectora debía oírlo, razón por la que prefirió no responder. Llegó a la cocina y, como si fuera una costumbre no escrita, cogió una copa y abrió la botella de vino blanco que tenía en la nevera. La descorchó y llenó la copa. El ritual de llegada la animaba de cierta forma a continuar con su desolada y triste vida. Ahora no podía venirse abajo, debía encontrar al asesino de Teo.

Bebió un sorbo de vino y se sentó en uno de los taburetes de la cocina. Sacó el móvil del bolso y decidió llamar a Maika. Miró el reloj de muñeca mientras escuchaba el tono de espera.

—Hola, María, ¿estás sola?

—Sí —respondió, cogiendo de nuevo la copa.

—¿Qué pasa, Maika?, ¿te encuentras bien?

—Sí, pero tengo miedo. Han matado a una de las chicas del comedor social. Ya os dije que alguna vez había ido con Teo.

—Sí, me acuerdo. —La incitó a continuar.

—Bien, conocía a esa mujer.

—De acuerdo —respondió, con los ojos entrecerrados y esperando el motivo real de la llamada.

—¿Podemos quedar?

—Por supuesto. Dime dónde estás y voy para allá.

—No es necesario. Estoy en la puerta de tu casa.

María sintió una punzada de temor en el interior del estómago. «¿Qué está pasando?». Maika y Teo eran grandes amigos. Se le pasó por la cabeza que, de la misma manera que a ella le había dicho frases sin sentido, ahora empezaban a tenerlo. Podía ser que a Maika también le hubiera dicho algo.

Sonó el timbre de la verja y dio un respingo en el taburete. Dejó la copa, que no había soltado a pesar de que ya estaba vacía. Corrió hacia la puerta para abrir a la restauradora. Primero, confirmó que estaba sola. Por su mente inquieta y creativa había deambulado la idea de que Maika era la asesina y la iba a matar en el instante en que abriera la puerta.

«Está sola», pensó al posar su ojo en el telefonillo con cámara. Sin embargo, lo confirmó de nuevo al descolgar el auricular.

—¿Has venido sola?

—Claro. Abre. —Sonó el ruido y empujó.

María no abrió la puerta de la casa hasta que Maika cerró la verja y se situó en la misma entrada. El aire se le hacía cada vez más denso debido a que la imaginación volaba libre.

Abrió la puerta con la medida justa para que solo le entrara la cabeza, la asomó por el hueco, con la mirada perturbada de Maika clavada en ella.

—¿Qué haces? —preguntó entre preocupada y sorprendida.

—Nada, comprobar que no te ha seguido nadie.

—Vamos, María, déjate de tonterías, no me gusta estar aquí plantada. —Empujó la puerta con las manos y María cedió varios pasos hacia atrás.

Cerró rápido y se cruzó de brazos con desconfianza. Recordó la hipótesis de que a Teo le abrían suministrado una droga para acabar con él.

«¡Conocía a su asesino!».

Maika reaccionó con temor ante los ojos temblorosos y llenos de pánico de su amiga.

—¿Has sido tú? —preguntó Maika retrocediendo hacia la puerta.

—Por supuesto que no, ¿y tú?

—Conocía a su agresor, María —resolvió, para no seguir alargando la agonía sin sentido que estaban teniendo por la desconfianza.

María se echó a llorar.

—Tranquila, he venido porque cuando os fuisteis, encontré algo. Además, después de darle muchas vueltas, también he llegado a la misma conclusión: le conocía.

—Le dejó entrar en casa. —María ahogó las lágrimas y se fue a la cocina.

Maika la siguió y observó la copa y la botella de vino.

—¿Sigues bebiendo? —María asintió mientras rellenaba de nuevo la copa—. Tienes que dejar de autocompadecerte.

—Lo sé, pero así soy más feliz.

—María, debes pasar página y hacer tu vida de nuevo.

Sonrió con insuficiencia.

—Ya sé que no me puedo poner en tu lugar, pero debes seguir hacia delante. —Le acarició el brazo.

—Créeme que ya lo intento, pero no has venido a beber conmigo, ¿no?

—Bueno, puede, ya que estamos. ¿Tienes otra copa?

María señaló una de los armarios de la cocina con puertas transparentes. Su amiga dio varios pasos y sacó una de ellas.

—¿Qué has visto? —preguntó María y le llenó la copa.

—He vuelto a analizar el cuadro. —Bebió.

—¿Y qué has encontrado?

—Al principio no sabía si contártelo, porque parece que estoy loca, pero puede que sí sea una pista o que quiera decir algo. —Se llevó una de las manos a la frente—. Esto me viene grande, y tengo pánico. Me da la sensación de que me siguen por la calle.

—¿Y te vienes a la puerta de mi casa a esperarme sola?

—Lo sé, pero tenía la sensación de que estaba más segura en la puerta de tu casa que dentro de la mía. —Soltó aire bruscamente.

—Bueno, y dime, ¿qué has encontrado en el cuadro? —Echó más vino.

—En el cuadro Sator algunas letras están más oscuras que otras. Hasta que no hice el análisis con los rayos no me di cuenta.

—¿Qué letras? —preguntó intrigada y acomodándose en el asiento.

—Será mejor que lo veas tú misma. —Sacó el móvil y buscó la foto.

—¿Dónde está el cuadro?

—Susana ha dicho que hasta que no se sepa qué ha pasado será mejor tenerlo bien guardado.

—¿Qué quieres decir?

Maika hizo un silencio con la foto del cuadro que iba a enseñarle.

—Cree que, debido a las pistas que contiene el cuadro, la Policía lo terminará requisando y no lo podrá vender. —Se encogió de hombros.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó, sorprendida por el motivo.

—Susana es una empresaria. Al igual que nosotras, sabe que el cuadro Teo y el resto de sus obras costarán más dinero, y sobre todo ese. Tiene que ver con su propio asesinato y contiene un mensaje secreto. Ya sabes lo que le gusta a la gente rica los enigmas.

—Parece que los artistas tienen más valor muertos que vivos.

—Es triste, pero así es. Sabes cómo son los compradores de arte. Si el cuadro tiene leyenda, es más caro. —Pulsó la pantalla con la foto antes de que se pusiera en negro—. Además, en este caso en concreto, que el propio pintor dejara pistas para encontrar a su asesino… Imagínate lo

que costará el cuadro…, millones.

—Entiendo. Lo está guardando como oro en paño, ¿no?

—Sí, aunque tiene pocas esperanzas de que la Policía no se lo acabe quitando. Después de todo, ella no lo ha comprado, solo lo exponía.

—¡Ay, Susana! ¡Qué no haría por dinero! —exclamó angustiada por la avaricia de la empresaria.

Maika le dio el móvil, quería que viera la foto lo antes posible. La realidad es que necesitaba que le dijera que no tenía razón y que simplemente se le estaba yendo la cabeza en una situación así.

—Es verdad, están mucho más oscuras. —La miró esperando una reacción.

Bebió de un sorbo el resto de vino blanco que había en su copa.

—¿Qué? —preguntó Maika al fin—. No sé, dime qué opinas.

—¿Yo?

—La persona que sabe de símbolos y esas cosas extrañas de la historia y obras de arte eres tú. Bueno, y tu amiga la rarita. —Soltó una carcajada que le hizo llevarse la mano a la boca.

—¿Clara?

—Sí, es muy rara. No digo que no sea eficiente en su trabajo, pero tiene una personalidad un pelín egocéntrica, ¿no te lo parece?

—Bueno, es de esas personas que al principio cae mal hasta que la conoces, creo. —Dudó de sus palabras al recordar la vida de Clara. La gente siempre le había dado de lado.

—A mí me ha caído bien, pero es peculiar. Simplemente.

María volvió a mirar la foto con detenimiento.

—TOAS —murmuró.

—No sé qué puede ser. ¿Se te ocurre algo?

Negó con la cabeza y deletreó para sí. María cogió el bolso para sacar la carta de Teo. La abrió y le dio el papel a su amiga.

—Teo me había dejado esto en la casa de sus padres.

—M-98. ¿Qué significa?

—No lo sé.

María soltó un suspiro desde lo más profundo de su alma. El desasosiego se estaba apoderando del poco optimismo que le quedaba.

—¿Y Clara?, ¿no sabe qué puede ser?

Volvió a negar. Se levantó y abrió la nevera para sacar otra botella de vino. Sintió una

inmensa lástima de sí misma. El frigorífico estaba repleto de botellas y una ausencia absoluta de comida. Solo había un limón seco en uno de los estantes. Volvió a meter la botella.

—Te invito a cenar. Vámonos.

—¿Estás segura de eso? Puede que no estemos seguras ahí fuera a estas horas de la noche.

—Venga, no seas ceniza. No se puede vivir con miedo —dijo al coger el bolso.

Capítulo 11

El padre Roberto había pasado mala noche. Aquella mañana se levantó antes de que amaneciera. Había tenido pesadillas durante toda la noche. Incluso se despertó con su propio grito durante una de ellas.

No dejaba de darle vueltas a la confesión de Teo. Pero nadie le creería, igual que le pasó a su feligrés. Era mejor esperar. Sin embargo, la culpa le acechaba y no dejaba de atormentarle. Debía hacer algo, pero no sabía qué podría hacer un humilde cura de barrio por mucho que estuviera lleno de nobles intenciones.

No entendía el motivo de que Iván hubiera llegado a hurtadillas, pero no le gustaba. Clara tenía razón en que aquella iglesia estaba llena de gente que quería enterarse de cada uno de los pasos que daba.

«El secreto de confesión». No dejaba de pensar en ello.

No podía incumplir su juramento. Era un hombre de Dios, para el que la palabra era lo más importante. Antes de que ocurrieran más desgracias y la duda del mal acechara a su iglesia y a su rebaño, a quienes quería y protegía, debía tomar decisiones. La muerte de Iria le desequilibró por completo. Teo tenía razón y no podrían pararlo. Sintió que ahora tenía el testigo y debía continuar.

Esa misma mañana, abriría las puertas de la iglesia a quienes quisieran ir y, como siempre, prestaría confesión.

Miró el reloj mientras se ponía el alzacuello dentro de la sacristía. Le dio un beso antes de colocárselo en la camisa. Alguien tocó la puerta y se sobresaltó.

—¿Sí? —preguntó sin abrir.

—Soy Iván —dijo desde el otro lado de la puerta.

El padre avanzó con pies pesados debido a la falta de sueño y abrió.

—Tenemos que hablar antes de que haya más muertes, padre —balbuceó con un hilo de voz.

—Lo sé, pero aquí no.

—Los alumnos de Teo están al llegar.

—Lo sé.

—Debemos ir con cuidado para no levantar sospechas.

—La Policía vendrá tarde o temprano. Tendremos que decir la verdad.

Iván miró al suelo, apretando los puños.

«Teo sabría qué hacer».

—Ahora estamos solos y debemos seguir las pautas, si no lo hacemos, terminaremos en el mismo sitio.

Iván asintió. Era un hombre parco en palabras, pero con un gran sentido del compromiso.

—Vayamos a hablar con todos. No quiero que haya habladurías ni nada por el estilo.

Los alumnos de Teo eran adolescentes que necesitaban ayuda de algún tipo para abandonar el mal camino. Ninguno de los chicos que componían el grupo había tenido la vida fácil y, para ellos, ir a clases con Teo suponía una desconexión de lo que tenían en casa. Teo no tardó en proponer al padre clases de pintura cuando se dio cuenta que podía ayudar aún más de lo que ya hacía. El padre recordaba ese día, cuando enfiló el pasillo de la capilla para dirigirse a la puerta. Había llamado a los más mayores para explicarles los sucesos antes de que se enteraran por cualquier otro medio. Iván le seguía cabizbajo y con unos ojos encharcados en lágrimas al recordar cómo tantas veces había recorrido los mismos metros cuadrados con su amigo al lado.

Al abrir las puertas, el chirrido le sacó de su ensimismamiento y pronto sus ojos se acostumbraron a la luz del sol que penetró en la entrada de la iglesia. Escuchó la inhalación del padre al ver la cara de aquellos chicos. Los ojos rojos de varios de ellos delataron que la noticia del asesinato había llegado a sus oídos. Alba era la más cariñosa y preferida de Teo. La atención del artista siempre estaba dirigida a esa adolescente que tan poco cariño recibía en casa. Sus progenitores tenían una manera peculiar de demostrar afecto. Era muda y hablaba a través de la lengua de signos. Teo se había involucrado en conseguir que Alba no siguiera los caminos incorrectos y aprendió la lengua con la única intención de poder comunicarse con ella con la privacidad que necesitaba para desahogarse. Al principio lo había hecho con su hermano Iñaki, pero Teo sentía que no se expresaba con la misma libertad que lo haría si estaba sola. Iñaki era un par de años más mayor que su hermana. Era un chico que llamaba la atención por donde quiera que fuera. Tenía una larga melena rubio platino que brillaba con cada rayo de luz que se posara en él. Los dos hermanos se abrazaron al cruzarse con los ojos del padre.

—Hola, padre —saludó Iñaki.

—Hola, chicos. Supongo, por vuestras caras, que ya os habéis enterado. —Suspiró profundamente.

Iñaki le decía a su hermana, como siempre, lo que hablaban. Alba comenzó a llorar de una manera silenciosa y triste. Se secó las lágrimas con la manga de la chaqueta y siguió a Iván, que caminaba hacia el interior.

—Nos lo han dicho nuestros padres —intervino David.

—¿Cómo se han enterado vuestros padres? —preguntó Roberto—. Bueno, da igual. Entremos.

David era un chico rubio con pelo corto y con ojos suspicaces que, a pesar de venir de una buena familia, se había perdido con amistades poco aconsejables. Sus padres estaban desesperados por hacerle volver al redil del que se había escapado hasta que Teo le propuso que se uniera a las clases de pintura. La motivación y el optimismo del artista era la mayor virtud que tenía, la cual contagiaba a los chicos para volver. David observó cómo también pueden existir

personas fuera de la familia que se pueden preocupar por ti y ayudarte. Pronto dejó las malas compañías, que ahora parecían tan lejanas. Teo consiguió que dejara las drogas y los hábitos que había adquirido para poder comprarlas. Incluso había desaparecido varios días de casa. Los padres nunca podrían terminar de agradecer lo que hizo, no solo por su hijo, sino también por la familia al completo.

—¿Qué nos va a decir? ¿Crees que es verdad que ha sido asesinado? —preguntó el pelirrojo Sergio.

—¡Callaos ya y seguid andando! —exclamó Cleo que andaba detrás de ellos.

Sergio era el más callado. De complexión delgada y excesivamente alto para su edad. Lo que le provocaba caminar encorvado. Su piel era blanca como la leche y repleta de pecas por todo el cuerpo, razón que provocaba la burla entre sus compañeros de instituto. Cuando salía de clase, se dirigía a la iglesia y se sentaba en uno de los últimos bancos, donde la luz era escasa y podía llorar en soledad. Teo le observó durante semanas, hasta que no pudo soportar más el dolor de Sergio. Fue entonces cuando se conocieron.

Teo no solo había conseguido que un grupo de jóvenes comenzaran a dar clases de pintura. Había logrado con éxito que adolescentes que no encontraban su lugar en la sociedad lo hicieran y, además, se creara entre ellos una conexión especial de apoyo mutuo. Esta era la obra de la que más orgulloso se sentía. Los quería como si fueran sus propios hijos.

Entraron en la sala, que habían equipado para dar las clases de pintura. Los pinceles aún estaban metidos en los tarros con agua, los caballetes, los mandiles y los cuadros a medio pintar. Un cosquilleo desagradable les recorrió el cuerpo al respirar el ambiente cargado de los olores a pintura. Aquel olor que les recordaba a su profesor muerto y a las tardes de risa y repletas de buenos momentos que habían vivido en lo que ahora era una sala vacía sin él.

—Os hemos traído hasta aquí para daros la noticia en privado y prestaros nuestro apoyo para lo que necesitéis —expuso el padre con voz entrecortada.

—¿Saben quién es el asesino? —preguntó David.

—No, pero no tardarán en hacerlo. No tenéis que preocuparos por eso.

Iñaki traducía lo que se hablaba a Alba, y ella comenzó a hablar para que se lo dijera a los demás.

—Alba quiere saber si existe la posibilidad de poder ayudar de alguna manera —dijo Iñaki.

—Lo siento, pero lo mejor es esperar a que la Policía haga su trabajo —dijo en modo de súplica.

—Ya, es lo mejor, pero no podemos quedarnos quietos —dijo Sergio—. A nosotros nos ha ayudado desde el primer día que nos conoció. Creo que se lo debemos.

—Sí, es verdad. Le debemos eso y mucho más —recalcó Cleo.

—Lo entiendo, y os damos la razón, pero es peligroso —intervino Iván, haciendo un llamamiento a la calma.

Todos estaban de pie, formando un círculo en el centro de la sala.

—¿Qué es lo que no nos estáis contando? —preguntó David a la vez que cruzaba los brazos.

—Nada, porque no sabemos nada —respondió el padre, nervioso.

—¿No saben cómo ha muerto? Espero que el asesino arda en el infierno —dijo Cleo, apretando los puños con rabia.

—Alba no se encuentra bien. Nos vamos a casa —anunció con pena, agarrando a su hermana por encima del hombro.

—Un momento, por favor —dijo el padre, para que los hermanos dejaran de andar.

Iñaki se detuvo y paró a su hermana.

—Sé que no va a ser lo mismo y que ninguno somos artistas, como Teo, pero me gustaría que siguierais viniendo a pintar como siempre. —Sonrió con tristeza—. Esta es vuestra casa y lo va a seguir siendo. —Esperó a comprobar la reacción de los chicos—. Incluso podéis elegir otras clases, pero no dejéis de venir. No me gustaría que perdierais el contacto, a Teo tampoco le gustaría. —Paró de hablar para contener las lágrimas al recordar a su amigo.

Iván observó cómo el recuerdo del pintor estaba en cada rincón de aquella habitación. Las palabras del padre emocionaron a todos.

—Luchó por vosotros y tenemos que continuar lo que él empezó, ¿estáis de acuerdo?

Los chicos se miraron entre sí para comprobar las reacciones de sus compañeros. Cleo y David cruzaron las miradas repletas de un significado que nada tenía que ver con la asistencia a las clases.

—Sí, tienes razón. No nos separaremos. Aquí empezó nuestra amistad y aquí continuará —confirmó Cleo.

—Yo también continuaré viniendo y ayudaré a otras personas, como él hizo con nosotros —añadió David.

La emoción había alcanzado su máxima expresión con las palabras al recordarlo. Un abrazo en grupo surgió de manera espontánea.

Capítulo 12

Jesús no había dormido muy bien por la noche. Se había levantado varias veces porque Clara no paraba de moverse en la cama y los gatos habían ocupado un gran espacio de su parte del colchón. Los había echado en diversas ocasiones, pero esperaban el momento oportuno para volver a subirse. Cansado de dar tantas vueltas, se levantó ofuscado y los gatos, satisfechos, se estiraron aún más alrededor de su novia.

Bufó enfadado al llegar a la cocina. Se había desvelado por los gatos y tardaría horas en volver a quedarse dormido. Puso la televisión al sentarse cansado en el sofá. Tenía sueño, pero le costaba conciliarlo. Uno de los gatos apareció y se tumbó a su lado. Le dio un par de veces con la pata mientras Jesús cambiaba de canal, concentrado en encontrar un programa interesante a esas horas intempestivas de la madrugada.

A Clara le sonó el despertador. Estiró el brazo y tocó una bola peluda. Supo que los gatos habían echado a Jesús. No era la primera vez que había terminado durmiendo en el sofá. Se levantó y salió de la habitación para confirmar la teoría. «Ahí está». Hacía pocas horas que había conseguido conciliar el sueño cuando un beso de Clara le despertó. Debido al cansancio que tenía, decidieron parar a tomar un café en el bar cercano a la comisaría. Clara no perdió la oportunidad de pedir patatas fritas. Al camarero, que ya la conocía, no le extrañó ni lo más mínimo. Con la última patata en la boca, entró María por la puerta. Jesús sonrió nada más verla y levantó la mano para que viera dónde estaban sentados.

—Buenos días, María, ¿has pasado mala noche?

Suspiró antes de contestar.

—La verdad es que sí. —Se sentó al lado de Clara, que no dejaba de mirarla.

—Tienes mala cara.

—Lo sé. Fui a cenar con Maika, vino ayer a mi casa por la noche.

—¿Y eso?, ¿pasa algo? —preguntó Jesús, dando un sorbo al café.

—Bueno, hizo otro análisis al cuadro y ha descubierto algo más. No estoy segura si es importante o no. —Buscó el bolso para enseñarles la foto.

—¿Se lo has dicho a Manuela?

—No, se lo diré ahora, cuando la vea.

Clara tenía la mirada fija en el móvil de María mientras buscaba la foto. Ya se conocían, así que no le importó que viera todas las fotos que tenía y le cotilleara el móvil. Tampoco tenía nada importante o digno de esconder. Encontró la foto que le envió Maika del cuadro Sator con las letras más oscuras y le dio el móvil.

—Ahí lo tienes.

—TOAS —dijo Jesús, que miraba también la pantalla.

—¿Sabes qué quiere decir?

—No tengo ni idea, la verdad. —Se encogió de hombros—. Voy a por un café, ahora vengo.

La pareja asintió con la cabeza y siguió mirando la foto. Clara acercó con los dedos cada una de las letras. No estaba segura de que tuviera algún significado, pero debía tenerlo.

—¿Qué opinas?

—Ni idea —dijo pensativa y sin parpadear.

—Pues sí que vamos apañados. Teo deja pistas por todas partes y no somos capaces de unirlas —masculló molesto.

—Si eres tan listo, únelas tú.

—Ya empezamos. —Se echó hacia atrás en la silla—. Nadie ha dicho que la culpa sea tuya. No te hagas la dolida, que tienes mucho cuento.

Le miró durante unos instantes.

—¿Qué me miras tanto?

—No sé —dudó—. Tiene que significar algo para María. En realidad, si lo piensas, las dos pistas son para ella.

—¿Qué dos pistas? —preguntó Jesús, viendo cómo María volvía haciendo malabarismos con el platillo del café y el vaso.

—¡Pues cuáles van a ser! —Suspiró—. M-98 y ahora las letras más marcadas.

María posó el café con sumo cuidado para no derramarlo. La pareja la miraba atentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó, incómoda por la atención.

—Clara cree que deberías saber qué significan las pistas porque son dirigidas a ti.

—Lo sé, yo también he pensado lo mismo. —Hizo una breve pausa para echar el azúcar—. Pero no se me ocurre nada.

Jesús bostezó y se tapó la boca, pero demasiado tarde para que las chicas le vieran hasta los empastes.

—Perdón, los gatos no me dejan dormir.

—Tranquilo, no pasa nada, estamos en familia.

Clara seguía mirando la foto con el codo en la mesa y sujetándose la cabeza por la barbilla.

—¿Qué?, ¿llegas a alguna conclusión? —preguntó María dando el primer sorbo.

—La verdad es que no. —Giró la cabeza y miró a los ojos a María—. ¿No conocías a la chica que mataron ayer?

—¿Iria? No. Sé que era voluntaria en el comedor con Teo, pero nada más.

—¿Y tú amiga Maika?

—Sí, había coincidido con ella.

—Ya. —Levantó las cejas—. ¡Qué casualidad! Ella está en todos los fregados.

—No estarás queriendo decir que Maika los ha matado. ¡Por Dios, Clara! —La voz de María delató su enfado.

—Vamos a calmarnos todos. Ahora, cuando subamos, hablaremos con Manuela y Carlos. Las pruebas de autopsia y del móvil estarán hoy.

—Y las de la casa.

—Cierto.

—Hablando de la reina de Roma —dijo Jesús, que estaba sentado enfrente de la puerta. Levantó la mano para que Manuela los viera.

—¿Qué pasa?, ¿que se ha cambiado el sitio de la reunión? —preguntó retóricamente con ironía.

—No, estábamos desayunando y nos hemos encontrado con ella —respondió Clara.

—Ya, me imagino —contestó Manuela al darse cuenta de que Clara no había entendido el sarcasmo.

—Siéntate, tenemos que enseñarte una cosa —dijo Clara y le dio el móvil de María para que viera la foto.

—¿De dónde ha salido esto?

—Maika vino a mi casa ayer a enseñármelo. Ha hecho un nuevo análisis del cuadro —explicó—. ¿Quieres un café? Yo voy a por otro.

Manuela la miró un segundo y asintió para volver la vista a la foto.

—Espera, voy contigo, yo también necesito otro. —Jesús se levantó de la silla y fue con ella a la barra.

—Parece que Maika sabe más de lo que dice, ¿no? —dijo Manuela en un susurro al quedarse sola con Clara.

—Eso parece. Yo se lo he dicho, de buenas maneras —matizó—, y no veas cómo se ha puesto.

—Bueno, a lo mejor no han sido de tan buenas maneras.

Clara torció la cara y dudó, sin saber si se lo decía en serio o no.

—Seguro que no han sido de buenas maneras —insistió Manuela.

Clara se encogió de hombros e hizo un ademán con la mano quitando importancia al comentario.

—¿Qué dices de esto? —preguntó con interés.

—No lo sé.

—¿No tienes ninguna ocurrencia estrambótica de esas tuyas?

—Creo que María lo sabe, pero se hace la loca. Todas las pistas son para ella. Al menos, a mí me lo parece.

—Cuando te da por algo, no paras.

—No es eso, es que creo que Teo le dijo un secreto y sabía en qué andaba metido. No en plan algo malo, ¿me entiendes? —preguntó sin saber muy bien si la inspectora le había comprendido.

—Ya, pues yo creo que no. Sabe lo que nos ha dicho. Piensa que, si supiera algo más, ya nos lo habría dicho, porque era su amigo. Entonces, ¿para qué nos iba a pedir el favor de que lleváramos el caso? Digo yo, ¿no?

—Y digo yo, ¿entonces por qué estaba tan segura de que era un asesinato? Di, di, ¿por qué? —argumentó con retintín.

Manuela se quedó callada. Era verdad que también tenía sentido lo que decía Clara. Aun así, le sorprendía la seguridad con la que afirmaba sus conjeturas.

—No sé, me vuelves loca. No te lo tomes a mal.

—Para nada. Tú tampoco te lo tomes a mal, pero me da igual. —Se encogió de hombros—. El caso es que estoy segura de que tengo razón, y de que María miente. No me quiero repetir, pero es que parece que nadie me escucha.

—Sí te escuchamos, pero no entiendo el motivo de que lo oculte.

—Pues eso mismo me gustaría saber a mí. —Vio cómo volvían de la barra con los cafés.

—Ya me has levantado dolor de cabeza, y acabo de llegar.

Jesús colocó el café de Manuela en la mesa y se sentó. Le tocó la pierna a Clara y, cuando le miró, guiñó el ojo. Observó cómo la inspectora se apretaba la sien.

—¿Qué pasa?

—Tu novia me vuelve loca.

—Pues sí que empezamos bien la mañana —añadió María.

—Le estoy diciendo que nos oculta información. —Señaló a María sin reparos—. Parece que se debe al secreto profesional de la galería de arte, y no nos quiere decir qué habló con Teo.

—Ya te lo he dicho. ¿Por qué no me crees?

—Muy sencillo, porque te conozco y sé que mientes. Ocultas información, no sé el motivo, pero lo haces. —Se cruzó de brazos.

—¡Para ya con eso, Clara! —le regañó Jesús.

—Pues paro, pero no deja de ser mentira —Se acomodó en el asiento, mirando a María

fijamente, y ella bajó la mirada.

—Por Dios bendito, qué dolor de cabeza me levantáis. —Bebió el café de un sorbo—. Mientras seguís en el patio del colegio, me voy a trabajar. Espero que hayan llegado los informes de la autopsia.

Manuela se levantó y comenzó a buscar el monedero en el bolso.

—Tranquila, está pagado —confirmó Jesús.

—Gracias. Os espero arriba. —Se quedó quieta y miró a las chicas, que se habían enfadado —. Como veo que esta discusión de colegialas va para largo, os vais las dos con Jesús al comedor social. —Sonrió.

—¡Eh!, ¡eso no es justo! —protestó el agente.

—Lo sé, pero eres el mejor canguro para estas dos. Además, no quiero más tonterías. Arreglad lo que sea que esté roto y venís con información de los testigos. Ayer el comedor cerró para hacer el registro, pero hoy volverá a abrir. Quiero testigos que estuvieran en la puerta o cualquiera que viera algo. ¿Entendido?

Jesús puso los ojos en blanco. «Encima con las dos y enfadadas. Vaya día me espera».

—Pues hala, arreando, que es gerundio. Y recordad que quiero que me traigáis algo. Lo que sea, pero quiero la conexión de esos dos asesinatos. Porque hay una.

Los tres asintieron con desgana. Era la primera vez que se ponían de acuerdo en que el plan no les gustaba.

Manuela levantó la mano con una sonrisa maliciosa y desapareció por la puerta del bar.

—Escuchadme las dos, no quiero ninguna tontería ni ninguna escapatoria en plan Houdini, ¿estamos?

—Puedo prometer y prometo… —dijo Clara con la mano en alto— que puede que no te haga caso.

María comenzó a reír a carcajadas. Jesús las miró y suspiró profundamente antes de hablar.

—Paso de vosotras, vámonos. —Se levantó y las chicas le siguieron entre risas y susurros.

Capítulo 13

Manuela subió a comisaría feliz por haberse quitado la preocupación de encima. Con aquella disputa durante todo el día, no podía trabajar. Se desconcentraba constantemente. Jesús ya estaba acostumbrado a la compañía de las chicas. No sabía cómo lo hacía, pero aguantaba las riñas de manera estoica, lo cual la asombraba. Eran buenas asesoras, pero el carácter infantil de Clara a veces conseguía sacarla de sus casillas. Sabía que era así, pero tanta intensidad no iba con ella. Le caía bien, pero en pequeñas dosis.

Anduvo por el pasillo concentrada en la pantalla del móvil. Había decidido empezar a utilizar el calendario del teléfono y apuntaba en cada día las cosas importantes que tenía que hacer. Tocó en el día de hoy, y le aparecieron los informes que tenían pendientes. No tenía conectado el correo electrónico del trabajo en el móvil, así que tendría que esperar a llegar a su sitio para poder comprobar si ya los tenía en la bandeja de entrada o no.

Carlos y Raúl estaban en el despacho cuando Manuela llegó. Sostuvo la mirada para comprobar que el comisario no la necesitaba. Este no tardó en verla y hacerle un ademán con la mano para que se acercara.

—¿Qué pasa? —preguntó, abriendo un palmo la puerta que se encontraba cerrada.

—Ya tenemos el informe.

—¿Y?

—Lo esperado. Nada.

Manuela entró y se sentó en la silla que quedaba libre al lado de Raúl, que tenía su misma expresión de decepción.

—Los de informática han seguido los pasos del móvil, pero ese hombre era de hábitos —explicó el comisario, acomodándose en el asiento.

—De casa a la iglesia y a la galería, ¿no?

—Sí. Estuvo en el bar de enfrente, pero eso ya lo sabéis. —Se encogió de hombros.

—No sé… —Se quedó en pausa unos segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Raúl, extrañado por el silencio de Manuela.

—Clara insiste con el secreto de María.

—Bueno, eso nos vale de poco, aunque tenga razón.

—Lo sé.

Manuela le contó lo de la foto que le habían enseñado en el bar hacía unos minutos y que los había mandado al comedor social.

—Está bien, Jesús se apaña bien solo.

—Estoy bloqueada, chicos. Aunque Teo haya dejado pistas para que encontremos a su asesino, necesitamos pruebas objetivas que le culpen. Si vamos al juez con el cuadro Sator, se va a reír de nosotros.

—Tienes razón, por eso hay que buscarlas. No te desanimes, Manuela.

—Sí, verás como las encontramos —confirmó Raúl con los ojos puestos en ella.

—Puede ser, pero no tiene pinta de que vaya a ser pronto.

—Escúchame, yo lo veo de la siguiente manera —Esperó a que los dos asintieran para continuar—: Hay dos cosas que sabemos seguro: la primera, es que conocía a su asesino y lo dejó pasar, y la segunda, se fiaba de él, por eso consiguió inyectarle la sustancia que le provocó la muerte.

—Tienes razón. Además, tenemos que ser positivos con el asesinato de la chica del comedor social, Iria, sabemos que hay conexión de algún modo, solo hay que buscar. Espero que recopilen información que nos sea de utilidad.

—Mientras ellos están allí, deberíais hablar con el padre Roberto y buscar información para encontrar un significado a las pistas.

—Tienes razón. Buscaremos información de esa chica y averiguaremos cuál era su círculo. A lo mejor tenían más cosas en común de las que sabemos, que es nada —se animó a sí misma—. Por cierto, ¿no había huellas en la casa?

—Sí, pero no tenemos ninguna coincidencia, así que ya sabes lo que eso significa.

—Sí, que quien lo hizo no está fichado.

—Exacto. Además, tampoco son completas. Son huellas parciales.

—¿No hay sangre ni nada por el estilo? —preguntó desesperada mientras tamborileaba los dedos en el apoyabrazos de la silla.

—No, lo siento. Creemos que le inyectó algo y le dejo *k.o*. Por eso murió de un infarto. El corazón le dejó de funcionar.

—¡Qué mala suerte! —se quejó enfadada.

Raúl miró tímidamente a Carlos y a Manuela. Tragó saliva por los nervios antes de hablar.

—Yo he tenido una idea, puede que sea un poco estúpida, pero no sé… —dudó—, se me acaba de ocurrir.

—Estamos más abiertos a ideas que nunca. Tú dirás —le animó Carlos a hablar, con un gesto de la mano.

—He pensado que si a mí me asesinaran lo primero que escribiría sería el nombre de mi asesino, ¿no?

—Probablemente.

—Y entonces ¿por qué él prefirió dibujar un pez?

Manuela y Carlos se quedaron aturullados con la pregunta de Raúl.

«Es verdad, ¿cómo no se me había ocurrido antes?».

—¿Por qué crees tú? —preguntó Manuela.

—Puede que el plan que estaba ejecutando fuera más importante, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —Manuela se echó hacia delante, intrigada por lo que respondería Raúl.

—Tienes toda mi atención. —Carlos apoyó los codos en la mesa.

—A lo mejor es una tontería. Pero según lo que me habéis contado, María sabía que estaba detrás de algo peligroso y por eso le dejó las pistas, ¿no? pero ella no sabe de qué se trataba, ¿no?

—¿Sí? ¡Venga, Raúl!, ¡que estamos en ascuas —apuró Carlos para que terminara de una vez.

—Bueno, pues que puede que lo que se traía entre manos, le importara más incluso que su vida o que se hiciera justicia tras su asesinato.

—¡Toma ya! —exclamó Manuela y se derrumbó en la silla con el cuello hacia atrás.

—¿Es una tontería?

—Para nada, pero sí es así, complica más todavía la búsqueda del asesino. Tu hipótesis nos lleva a buscar algo que ni siquiera sabemos de qué va para cerrar este caso. —Cruzó los dedos entre sí, y apoyó los índices en la barbilla.

—Creo que tiene sentido, por eso se tomó tantas molestias y dibujó el cuadro Sator a su amigo.

—Cierto, pero se te olvida un detalle: el padre Roberto lo recibió cuando Teo ya estaba muerto.

Carlos se echó las manos a la cabeza.

—¡Eso es! —Sonrió, complacido con la teoría de Raúl—. Eres un genio, compañero.

—¿Sí? —preguntó extrañado.

—Ahora tu teoría tiene más sentido. Lo único que le importaba a Teo era ayudar a los demás. Creo que alguien estaba haciendo daño a una persona de su entorno, lo querría solucionar o ayudar, pero el plan le salió mal y terminó asesinado. ¿Me seguís?

—Creo que Teo nos indica al motivo de su muerte. A María le dijo que todo estaba en la Biblia —Manuela pensaba en alto—, y ¿qué hay en la Biblia? Parábolas, enseñanzas de Jesús a sus seguidores. Solo ellos las entenderían.

—Puede que hayamos encontrado la conexión —dijo Carlos.

—Solo nos hace falta saber qué parábola nos dirá quién es el asesino, ¿no?

—Creo que sí.

—M-98 es la clave. Podemos comprobarlo, para ver si tenemos razón. ¿Qué os parece?

—Raúl, ayuda a Manuela. En cuanto tengáis algo, me avisáis.

—¡Vamos! Tenemos muchos versículos que leer —le animó la inspectora.

Capítulo 14

El trayecto hasta que llegaron al comedor social se les hizo corto. Clara no dijo nada, estaba concentrada leyendo la Biblia. Estaba convencida de que la clave de aquel caso estaba ahí escrita desde hacía miles de años. María trasmitió el mensaje de Teo, y este debió de hacer un símil de las parábolas bíblicas con lo que estaba ocurriendo. No era la primera vez que habían hablado de ello, pero en los días anteriores no había sido posible pararse a analizarlo.

El comedor social estaba cerrado cuando llegaron a la puerta. Desde fuera, parecía que el interior carecía de vida, pero no era posible, ya que estarían esperando a que la Policía fuera hoy también. Así que llamaron al telefonillo que se encontraba a la izquierda de la verja que hacía de puerta.

—No contestan, ¿qué hacemos?

—Llama otra vez, tienen que estar dentro.

—Pues no contestan.

—Bueno, sigue intentándolo —dijo Jesús, que se alejó unos pasos para mirar el interior por las ventanas.

Con el reflejo del sol era imposible ver de manera nítida si había bullicio dentro del edificio, ya que se reflejaban los rayos. El agente pareció ver unas siluetas de fondo.

—María, llama por teléfono. A lo mejor está roto el telefonillo. Me parece que hay gente dentro. —Se colocó las palmas de las manos a los lados de la cara para que la claridad del sol no le molestara y poder ver mejor—. Hay gente.

María se mantuvo el teléfono pegado a la oreja hasta que respondieron. Clara se había alejado a bastantes metros, pero el ojo avizor del policía no la dejaba de mirar —o más bien, vigilar—. Era consciente de que aprovechaba cualquier instante para escabullirse. Normalmente, Jesús no le daría importancia a la huida, pero en la situación en la que se encontraban, debían tener un especial cuidado.

Escuchó hablar a María y, tras un breve monólogo, colgó.

—Ahora nos abren. El telefonillo no les funciona desde ayer —Levantó los hombros y las cejas a la vez—. Sospechoso, ¿no te parece? —le dijo a Jesús con una voz de ultratumba.

—La verdad es que sí. Puede que no tenga nada que ver, pero ya es casualidad.

—Puede que el asesino esté aquí ahora —insinuó Clara, que venía por detrás acelerando el paso.

—No lo creo. Suelen ser más listos. Además, cada vez estoy más convencido de que son varias personas.

—¿Varios? —repitió Clara.

—Sí, ¿por qué no?

—Yo tampoco lo creo —apoyó María la moción de su amiga.

—Es uno, pero que conoce a quien tiene que asesinar —susurró Clara al ver que se acercaba una señora a lo lejos.

—Tranquila, no te oye.

—Por si acaso. —Se colocó el pelo con las manos.

El silencio se instaló en la entrada del edificio hasta que la mujer les saludó.

—Hola, ¿son los agentes de policía? —preguntó prudente, antes de abrir la verja.

—Sí, soy Jesús. Venimos por el asesinato que tuvo lugar ayer en estas instalaciones. —Se adelantó para ponerse enfrente de la mujer.

—De acuerdo. Perdónenme si les ha parecido descortés la pregunta. Estamos todos bastante consternados y no queremos que vuelva a ocurrir algo así —argumentó al abrir la puerta—. Pueden pasar. Mi nombre es Riansares.

—¡Qué nombre más bonito! —dijo Clara, mirándola.

—Muchas gracias. Es el nombre de una virgen, pero todo el mundo me llama Rian.

—Yo soy María, y ella es Clara. —Le dio la mano.

—¡Encantada! —gritó Clara, que ya estaba en la puerta que había unos metros más adelante, para acceder al interior del edificio.

Al contrario de lo que parecía por fuera, dentro había multitud de gente y un exceso de ruido. Se acercaba la hora de comer y los preparativos para que estuviera todo listo a tiempo enardecían los ánimos.

—¿Quieren que los lleve a las cocinas? —preguntó Riansares, dirigiendo su mirada a Jesús.

—Sí, por favor. ¿Usted estaba aquí ayer cuando ocurrió todo?

—No, yo normalmente vengo para las cenas, pero con lo ocurrido he decidido venir hoy por la mañana.

—¿Quién estaba ayer?

—Mi compañero Víctor. Es la persona que supervisa el turno de mañana.

—¿Es voluntario? —intervino Clara, que miraba hacia ambos lados sin parecer que prestaba atención.

—No, tanto Víctor como yo somos trabajadores.

—Ah, pensábamos que todos eran voluntarios —dijo María, que iba al mismo paso que Riansares.

—No todos. La mayoría sí lo son, pero el personal que coordina el trabajo en las cocinas y las de oficina son trabajadores.

—Ajá —soltó Clara, dando la sensación de que no le interesaba tanta explicación. Jesús la atravesó con la mirada.

—Perdónela, no sabe lo que hace —dijo el agente con tono de disculpa.

María escuchó aquella frase y recordó que era la misma que Jesucristo dijo en la crucifixión para disculpar al pueblo que le condenó a morir.

—¿Nos sabría decir quiénes son los voluntarios que son de la misma iglesia que Teo? —preguntó María, cruzando los dedos dentro de los bolsillos.

El cerebro de la historiadora se activó al escuchar la frase de Jesús y la pregunta de María. «La conexión de las muertes». Por unos segundos, presintió que estaban cerca de encontrar más pistas. Acto seguido, pensó en los nombres de sus compañeros: «Jesús y María. ¡Qué casualidad más curiosa!». Sonrió al pensarlo y se dio cuenta de que su novio la estaba mirando atentamente.

—¿Qué?

—Mira que eres rara. —Sonrió meneando la cabeza.

La conversación en paralelo de María con Riansares continuaba su curso mientras la pareja se había distraído unos segundos.

—Tendría que comprobar quiénes vienen por parte de Teo —dijo pensativa—. Más bien hacer memoria. No tenemos ningún registro de ese tipo de información, la verdad. Para nosotros es bienvenido todo el mundo que quiera ayudar.

—Lo entiendo.

—Ayudamos a gente que no tiene dinero ni recursos. A simple vista y sin conocimiento de quienes transitan este tipo de sitios, habrán pensado que es gente de la calle, pero se equivocan. En la actualidad hay mucha gente que no tiene dinero para comer, incluso gente que tiene trabajo. Es una pena que la sociedad en la que vivimos sea una de las generaciones más pobres —se lamentó la mujer con una expresión de gran tristeza—. Antes había esperanza por prosperar, ahora es imposible tenerla. Los hijos de ahora nunca serán más ricos que sus padres —continuó con el lamento.

—¿Recuerda quién viene por parte de Teo? —interrumpió Clara, ansiosa—. ¿Iria era amiga de Teo? Si venían de la misma iglesia, quiero decir —preguntó sin control para obtener la respuesta y confirmar la hipótesis de que la conexión era la iglesia.

—Sí, Iria era amiga de Teo. De ella sí me acuerdo. Hay gente que decía que pasaban mucho tiempo juntos y que tenían una relación.

—Eso es imposible —interrumpió María con una risa en el rostro.

—Lo sé, pero las habladurías no tienen por qué tener fundamento. La gente dice lo que piensa sin base ninguna, como en este caso.

—Era gay.

—Lo sé —asintió Riansares sin dejar de caminar por el frío pasillo—. Supongo que, como siempre estaban juntos y eran cercanos el uno con el otro, la gente que lo veía no lo entendía y comenzaron las habladurías.

—Suele pasar.

—Cierto. Hemos llegado. —Se detuvo delante de una puerta blanca—. Ayer sus compañeros nos dijeron que podríamos trabajar hoy. Así que esta todo recogido y limpio —les advirtió.

—Lo entendemos —La voz de Jesús sonó comprensiva ante la situación por la que había pasado—. ¿Nadie vio nada?

Riansares negó con la cabeza.

—Lo siento.

—¿Alguna cara nueva que no hubieran visto antes?

—No siempre vienen las mismas personas, así que es imposible que busquen un sospechoso en base a eso. A veces vienen los mismos y otras veces, la mayoría, es gente distinta. Incluso gente que vuelve después de mucho tiempo. Se podría resumir en que vienen por rachas malas. Si la vida mejora, aunque sea un poco, dejan de venir para evitar la vergüenza social que es venir a un sitio a comer por caridad cristiana.

—Supongo que vivir con el que dirán es muy duro.

—Más de lo que piensa. No todo el mundo lo supera, ¿saben? Hay gente que ante situaciones tan inesperadas toman la decisión de acabar con su vida. La realidad que se vive en estos sitios es demasiado dramática, pero es la vida de la mayoría. No llegan a final de mes ni trabajando. —Dio un largo suspiro de impotencia.

Con las palabras de Riansares, el equipo comenzó a sentir empatía por las personas que trabajaban allí. Ver cómo la gente lo pasa mal y no poder hacer nada para cambiarlo debía ser difícil de soportar.

—¿Esta es la cocina? ¿Podemos pasar?

—Por supuesto. Todas las mujeres que vean dentro estuvieron ayer —Empujó la puerta—, pero en el momento en que ocurrió el asesinato, no estaba ninguna en la cocina —puntualizó, con la intención de que los agentes no hicieran conjeturas sobre ellas.

—¿Son todas chicas? —preguntó Clara.

—Sí, ¿es importante?

—La verdad es que no, solo curiosidad.

Entraron, y las cabezas de las mujeres se volvieron. Las manos se paralizaron. Riansares les había informado de que vendrían los agentes a hacer preguntas, y de que quizás no todas serían de su agrado, pero sí necesarias para encontrar a quien había matado a Iria.

—Hola a todas. Soy Jesús, agente de policía.

Saludaron con la cabeza y continuaron paralizadas. Se encontraban consternadas por lo

ocurrido hacía unas horas en el mismo lugar donde en ese momento estaban preparando la comida.

—No les quiero meter prisa en hacer su trabajo, ya que yo también quiero que encuentren al asesino, pero es una mala hora. Si pueden hacer las preguntas rápido, se lo agradecemos.

—Lo intentaremos. Solo serán unos minutos, y si necesitamos ampliar información con alguna de vosotras, os llamaremos más adelante —matizó Jesús.

—Gracias. ¿Quieren que me quede, o mejor me voy?

—Puede irse, si tiene trabajo por hacer.

—De acuerdo. Cuando terminen, pueden buscarme en el salón, comenzaré a colocar el comedor para cuando empiece a venir la gente. —Miró a las chicas para darles ánimos. En el salón les quitaría gran parte del trabajo y no tendrían que estar preocupadas durante el interrogatorio.

Jesús sacó un pequeño cuaderno para apuntar las ideas más importantes que sacarían. Cuando Manuela les mandó ir, les ordenó que encontraran la conexión entre los asesinados, y ya la tenía: iban a la misma iglesia.

—Me gustaría haceros varias preguntas rápidas. —Las chicas asintieron con las miradas clavadas en el agente—. ¿De qué conocíais a Teo y a Iria?

—Yo no los conocía de antes —respondió primero Nerea, que era la más joven.

—Nosotras tampoco —confirmó Natalia señalándose a sí misma y a su compañera Ruth.

—¿Sabéis de qué se conocían ellos?

—Sí, por supuesto. Eran muy amigos. Solían quedar al salir de aquí para ir a tomar algo.

—¿De qué se conocían? —repitió Jesús la pregunta.

—No lo sé —respondió Ruth—. Yo siempre he pensado que eran novios. Aunque dicen que Teo era gay, pero es que estaban todo el día pegados y cuchicheando. —Se encogió de hombros —. A mí me lo parecían.

—Sí, a mí también. Se decían cosas al oído, se iban juntos a los sitios. No sé, parecía que siempre estaban tramando algo —argumentó Natalia.

—¿Qué quieres decir con «tramando algo»? —preguntó Clara.

—No sé explicarme, como… con secretos de novios o algo así —dijo Ruth con voz contundente.

—Incluso alguna vez los hemos encontrado en la parte de atrás, solos, susurrándose al oído —añadió Nerea para dar más sentido a las palabras de Ruth.

Clara torció la boca y miró a María, que estaba apoyada en una mesa de aluminio, unos metros por detrás.

—¿Sabéis de qué se conocían Iria y Teo? Han asesinado a los dos y debe haber un secreto

que compartían y por el cual los han matado.

—Secretos debían tener muchos, porque ya les hemos dicho que estaban todo el día con cuchicheos. —Nerea puso cara de desagrado.

—¿No te gustaba que estuvieran así?

—No es que no me gustara, es que me parece de mala educación estar así delante de la gente.

—A ver, discutimos con ellos por eso mismo. Algunas veces parecía que nos estaban criticando —quiso matizar Natalia.

—Sí, es verdad. Pasábamos o hacíamos algo y ellos dos se decían cosas —reafirmó Ruth a la vez que asentía con la cabeza.

Ninguno dijo nada y Jesús apuntó en el cuaderno.

—Se conocían de la iglesia.

—¿Alguien más es de esa iglesia?

—Sí, Laila, que viene a veces.

—Bueno, y los chicos de las clases de pintura también han venido, que sepamos nosotras.

—¿Los chicos a los que da clases?

—Sí, eso. Teo traía a gente de vez en cuando para que vieran cómo ayudar a otras personas que tienen menos puede hacer que te sientas bien. —Natalia se emocionó al recordar a su compañero.

—¿Recordáis algo de Iria que os llamara la atención? Como algún comportamiento extraño o inusual los últimos días.

Las tres chicas se miraron y negaron.

—¿Nada? —insistió Clara.

Volvieron a negar.

—De acuerdo, muchas gracias por vuestra ayuda.

Jesús guardó la libreta y movió la cabeza hacia el salón donde estaría Riansares. Las chicas le siguieron.

—Ya hemos terminado —dijo el agente.

—Espero que tengan lo que necesitan —dijo con la voz apenada—. Si necesitan algo de nosotras, ya saben dónde estamos.

—Muchas gracias.

Para la historiadora había algún detalle que se les escapaba. No habían salido con tanta información como pensaban. Intuía que aquellas chicas sabían más de lo que les habían dicho.

—Una última pregunta, ¿por qué estaba sola Iria en la cocina si hacían el mismo trabajo? —

preguntó a Riansares.

—Hay una hora de entrada, pero a veces entran antes si quieren. Víctor abre a las ocho para la preparación de los desayunos.

—¿Para el desayuno son otras personas?

—Sí, eso es. Las trabajadoras no, pero los voluntarios, sí.

—¿Quiénes vinieron a dar los desayunos ese día?

—Lo siento, pero ya les dije que yo estoy por la tarde. No lo sé.

—¿Quién lo sabe?

—Víctor está en la oficina y tiene los cuadrantes. Si quieren verlos, vamos ahora mismo.

—Sí, creemos que puede ser importante.

—Vamos, acompáñenme.

Capítulo 15

Maika había llegado pronto a trabajar aquella mañana. Tenía llaves de la galería y no quería cruzarse con Susana. La dueña solía entrar más tarde. Por la noche, antes de conseguir conciliar el sueño, le comenzó a dar vueltas a las conversaciones privadas e íntimas que había compartido con Teo. «Era un buen hombre». Le conocía tan bien como para estar convencida de que no estaba metido en ningún lio extraño, sino todo lo contrario.

Quitó la alarma al entrar por la puerta y la cerró con llave. Para que Susana no se asustara al ver que estaba quitada la alarma, le mandó un mensaje avisándola de que había llegado antes. Así era probable que llegara más tarde y no la molestara. Había ido con una intención muy concisa. En la parte del laboratorio había varios de los cuadros de Teo y tenía la corazonada de que, si en el último había un mensaje, podría encontrar más en el resto. Necesitaba tiempo y que Susana no estuviera allí. Era muy estricta en que no se hicieran pruebas a los cuadros sin su consentimiento, podían sufrir daños sin ser necesario que los retocaran. A Maika le daba igual que la despidiera por semejante sublevación, ya que necesitaba la confirmación de que no estaba loca.

Era una chica introvertida y que se sentía incómoda con la gente. Desde pequeña le costaba sociabilizar y era más fácil insultarla y humillarla que ayudarla. Con la llegada de Teo, su vida mejoró, ya no se sentía tan sola. El artista vio en ella la luz propia con la que brillaba, y que algunas personas querían apagar. Eran buenos amigos y se preocupaban uno del otro. Por eso, sentía la necesidad de devolverle lo que le había dado de alguna manera. Después de conocerlo, aumentó la seguridad en sí misma.

Necesitaba entrar en el despacho de Susana para poder saber cuáles eran los cuadros de Teo. Esperaba que los últimos estuvieran allí y no se hubieran vendido. Tenía una mala sensación con Susana. Parecía que necesitaba que la investigación por el asesinato terminara rápido para vender los cuadros y ganar una cantidad de dinero considerable.

«¡Cómo si no tuviera bastante con el que ya tiene!», pensaba indignada Maika.

El despacho de Susana era la otra sala cerrada que había en la galería. Por norma general, solía estar abierto, ya que Susana no guardaba nada de valor fuera de la caja fuerte. Sin embargo, la sorpresa de Maika fue mayúscula cuando, al girar el picaporte, la puerta no se abrió.

«¡No puede ser!».

Se desanimó, ya que su plan se había ido al traste en un momento. Ahora no tendría manera de saber cuáles eran los cuadros que había pintado Teo y cuáles los que estaban en su poder. El pintor estaba acostumbrado a llevar incluso los que no había terminado por falta de espacio en su casa. En ese mismo instante, con la puerta cerrada a cal y canto, comprendió que era probable que la avaricia de Susana ya hubiera tomado alguna medida. Comenzó a andar sobre sus pasos para regresar al laboratorio. Debía intentar descifrar las conversaciones con su amigo y las veces que llegó a la galería con cuadros. Seguramente alguna de aquellas veces, él mismo le habría

dado la clave para que buscara. Maika era la única persona que podría descifrar a través de los aparatos que tenía, debido a su trabajo, el mensaje bajo la pintura.

Teo no pintaba realismo ni temática religiosa, pero no podía afirmarlo. Había detalles de su vida que podía haber querido esconder o no compartir con nadie.

—Era una persona creyente, ¿por qué no pintar un cuadro religioso?

En la época actual no se solían vender ese tipo de pinturas. Al menos, no tanto como antes, pero, aun así, siempre habían tenido su público. Teo no necesitaba grandes sumas de dinero para vivir, ya que se había acostumbrado a vivir con poco.

«No es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita», recordó una de las frases preferidas del pintor. Solía hacer hincapié en que ser rico no era acumular fortuna, sino buenas acciones, y por suerte él tenía una gran colección de ellas.

Llegó a su zona de trabajo y buscó entre los lienzos que tenía apartados en uno de los laterales de la sala. Se colocó de cuclillas y empezó a pasar, uno por uno, los cuadros. La firma del artista suele estar en la mayoría de las ocasiones abajo a la derecha. Los ojos de Maika pasaban uno tras otro, reclamando suerte para que apareciera uno de su amigo.

«Nada».

Volvió a revisarlos para estar segura de que no se le había pasado la firma, pero no hubo suerte. Maika se sentía desmotivada y estúpida por creer que dejaría alguna pista para ella. La anterior era para María, ya que ella fue quien la avisó para que comenzara con el análisis. En cierto modo, sintió que la estaba despreciando o que no era digna de recibir una de esas pistas para encontrar a quien le había asesinado. Suspiró profundamente para comenzar a calmarse y no iniciar un llanto que no pudiera parar.

«A lo mejor no éramos tan amigos como yo creía».

Capítulo 16

Riansares terminó de colocar una jarra de agua en el centro de una de las mesas y comenzó a andar. Se imaginaba lo que había pasado dentro. Las chicas de la cocina no se llevaban bien con Iria. La relación entre ella y Teo siempre había traído tiranteces, y se habían ido a quejar en varias ocasiones a Víctor. Ella no quiso intervenir, porque no era en su turno. Sin embargo, su compañero se lo había hecho saber, ya que estaba harto de la atmósfera desagradable que se creaba en el ambiente laboral. Teo era un voluntario, igual que lo era Iria, y no les iba prohibir ayudar en el comedor por mucho que las quejas continuaran. Aunque sí habló con los dos para evitar que provocaran las escenas que tanto molestaban al resto de compañeras.

Anduvieron varios pasillos hasta que llegaron al despacho. Clara se había desubicado hacía unos minutos con tanto giro a la izquierda y a la derecha. Al darse por vencida en cuanto a seguir esforzándose para orientarse, se centró en las instalaciones y los detalles escasos e inocuos que había en el edificio. Tenía nula personalidad, y más que un centro social, la decoración le confería un aire de psiquiátrico de película de terror. No estaba segura de si aquel pensamiento era real o bien la mente le estaba jugando una mala pasada al venir de una escena donde habían matado a una persona.

La supervisora se detuvo en una puerta con el cartel viejo y ajado en el que ponía «privado». Parecía que el uso inicial de la sala había sido otro bien distinto al de un despacho. Riansares llamó a la puerta con los nudillos y esperó.

—A veces hacemos reuniones por videoconferencia, y puede que esté en una después de lo ocurrido.

—Tranquila, no tenemos prisa. Ya que estamos aquí, esperaremos lo que sea necesario —explicó Jesús al recordar la expresión de la inspectora al dar la orden de que fueran.

—No creo que sea muy larga. Llevamos así toda la mañana. Supongo que es normal, no quieren mala publicidad o que empiecen a venir periodistas y dar que hablar. Lo único que conseguirían es que los más necesitados dejen de venir por miedo.

—Lo entendemos. Por eso encontraremos al culpable lo antes posible —añadió María, que se encontraba a su lado.

—Esperemos que sea así y no nos perjudique en nada. —Miró hacia atrás para comprobar que no había nadie—. Ha sido muy raro. Solo espero que no se extienda lo ocurrido y se trate con discreción. —Volvió a llamar de nuevo a la puerta.

—¿Conoce bien a las chicas con las que hemos hablado? —preguntó Jesús.

—No mucho, ya saben, soy supervisora del turno de tarde. ¿Por qué lo preguntan?, ¿ha ocurrido algo? —preguntó con unos ojos brillantes, hambrientos de curiosidad.

—No ha pasado nada. A mi compañero le parece extraño que Iria estuviera sola cuando son tres compañeras más.

—Ya, entiendo. ¿Creen que ha sido una de ellas? —susurró para darle intimidad a la pregunta y conseguir una respuesta que la saciara.

—De momento todo el mundo es culpable e inocente a la vez —intervino María, para que Clara estuviera callada.

—Yo creo que no es ninguna de ellas —dijo Clara, provocando que María pusiera los ojos el blanco como reacción inconsciente—. La odiaban, pero no la han matado.

—¿Por qué estás tan segura? —Riansares se cruzó de brazos.

—No lo estoy, solo era para ver tu reacción —Movió la nariz—, y ha sido la que pensaba. —Sonrió—. Te caen mal, ¿verdad?

—Soy la supervisora…

—De tarde. Ya, ya lo has dicho mil veces, y con la primera quedó claro, pero dinos si sabes algo de la relación de ellas con los asesinados. Es importante. A veces de opiniones de la gente puede salir una pista, ¿sabes?

—Pero es que no sé qué queréis que os diga. —Volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

—La verdad, eso estaría bien.

Riansares miró a Jesús, que estaba callado prestando la máxima atención. Se balanceaba de delante hacia atrás con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Y bien? Puede contestar a mi compañera.

—Solo sé que se llevaban mal entre ellas. Supongo que por envidia, pero no lo sé. Yo no las suelo ver mucho ni trabajar con ellas. Quizás un par de veces que Víctor y yo nos hemos cambiado el turno —dijo nerviosa.

—Si sabe algo importante, es mejor que nos lo diga. Se merecen vuestra ayuda. Además, como salga a la luz, dejará de venir la gente.

—Lo sé, si supiera algo más, os lo diría.

La puerta se abrió con brusquedad y la cara de Víctor estaba desencajada por la conversación que había mantenido al teléfono. Tenía la oreja roja, lo que les hizo pensar que había mantenido una conversación larga y desagradable por las gotas de sudor que iluminaban su rostro.

—¿Quiénes sois? —quiso saber.

—Son los policías que llevarán el caso —le explicó su compañera, que se frotaba las manos, nerviosa.

Víctor se fijó en cada una de las caras y se le tensaron los músculos al ser consciente de que le esperaba un interrogatorio incómodo con los tres desconocidos.

—¿Quieren pasar? —Abrió la puerta aún más para que se viera con un golpe de vista el interior.

—Sí, gracias. —Jesús entró el primero y se sentó en una de las sillas sin esperar invitación.

Estaba cansado de no haber dormido y comenzaba a notar el agotamiento en el cuerpo.

Clara cedió el sitio a María. No le gustaba el lugar ni las sensaciones que le daba. Además, el olor de la colonia de aquel siniestro hombre calvo y con gafas minúsculas la estaba mareando.

Víctor rodeó la mesa y se sentó en su gran butaca de ruedas. El despacho tenía toques minimalistas y era tan austero que solo estaba la mesa, las sillas, el equipo de trabajo y una gran estantería repleta de papeles.

—¿Necesitas que me quede, Víctor?

—Por mi parte, no hace falta, a no ser que los agentes consideren otra opción. —Se subió las gafas, que no paraban de resbalarle por la nariz, y sonrió levemente a Jesús, esperando la respuesta.

—De momento puede irse. Si la necesitamos, después la buscaremos. Gracias por su tiempo, ha sido muy amable.

—Gracias a vosotros. Y espero que encuentren al asesino. —Se dio un pequeño golpe en la cabeza—. Casi se me olvida; quieren saber las personas que estaban en el cuadrante ayer, cuando mataron a Iria.

—Ahora mismo se lo imprimo.

El supervisor movió el ratón y empezó a clicar como un loco. Clara se colocó sutilmente cerca de él. Quería ver la pantalla del ordenador a toda costa. No pudo lograrlo, ya que Víctor supuso cuál era su intención en cuanto comenzó a andar. Le dio a imprimir el cuadrante y cerró la pantalla.

—Sale por ahí. —Señaló con la mano. La impresora estaba al lado de María.

Se levantó de la silla y cogió el papel. Echó un vistazo rápido para dárselo a Jesús.

—Entiendo que está correcto y no hay ningún error. Revíselo, por favor. —Extendió la mano con el papel y se lo colocó delante de los ojos, en la mesa.

—Está bien.

—Perfecto. Aquí pone que estaban Laila e Iván González. Puede ser que sean amigos de la iglesia a la que iban también Iria y Teo, ¿lo sabe?

—Sí, precisamente. ¿Los conoce? —Se apartó con los dedos el cuello de la camisa.

—¿Tiene calor? Dicen que cuando se suda es una señal de que se está mintiendo —señaló Clara sin mirarle, ya que estaba entretenida en leer la cantidad de archivadores con etiquetas.

—¡No estoy mintiendo! Sé que son de la misma iglesia, pero no entiendo qué tienen que ver con el asesinato de ayer. Además, parece ser, según me han comunicado, que ni siquiera pueden confirmar que fuera un asesinato, así que… Bueno, no sé. No le veo relación.

—No deberías darle ninguna explicación al respecto, pero, aunque tuviera razón, en el caso de Iria es más que evidente que fue un asesinato —argumentó María, ofuscada con lo que había dicho de Teo.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Jesús, sorprendido por la cantidad de información que tenía, para ser un supervisor de un comedor social.

—Me han llamado desde arriba para decírmelo. Jefes… —se quejó.

—De acuerdo, vamos a dejar ese tema a un lado, no quiero perder el tiempo. ¿Sabe si ocurrió algo inusual antes del asesinato?

—No suelo estar en el comedor. Hago los cuadrantes y los pedidos, no estoy en las cocinas ni tampoco en sala —especificó Víctor con tono de superioridad.

—¿Y días previos?

—Tampoco. —Negó con la cabeza.

—¿Tienen cámaras?

—Sí, ya se lo dije a los agentes que vinieron ayer, pero solo fuera. Apuntan a la entrada, por nuestra seguridad.

—¿Han tenido algún incidente?

—No, pero supongo que lo harán por prevención. Las hay en todos los edificios públicos.

—Sí, es verdad. ¿Conocía bien a Iria? ¿Sabía si estaba metida en líos?

—Lo siento, de verdad, no tengo ni idea de nada. Además, como habrán podido comprobar, mi despacho está alejado del comedor. No pude oír nada desde aquí, ni aunque el ruido hubiera sido muy estridente o alto.

—De acuerdo. —Se levantó—. Le agradecemos su tiempo.

—Siento no haber sido de ayuda.

—Yo quiero preguntar algo. —Víctor asintió—. ¿Le suena este cuadro? —Le enseñó el cuadro Sator en el móvil.

Víctor entrecerró los ojos a la misma vez que se acercó al móvil. Estaba confuso ante la imagen.

«El cuadro Sator. ¿Por qué me lo preguntarán».

Capítulo 17

Cleo era la alumna más mayor y carismática que había tenido Teo en las clases de pintura. No tenía una belleza llamativa, pero la personalidad que la caracterizaba era tan arrolladora que en cuanto la conocías solo querías disfrutar de su compañía. Vivía cerca del artista. Nunca se habrían conocido si el destino no les hubiera unido en un día lluvioso y gélido. Cleo vivía con su madre y con su último padrastro. Su madre se llamaba Judith y trabajaba de camarera durante una larga jornada laboral que le impedía cuidar de su hija todo lo que le gustaría. La quería demasiado y le dolía tener que dejarla a cargo de su padrastro, Damián, pero no tenía más opciones. Él llevaba una temporada sin trabajar, según decía, era difícil encontrar un empleo a partir de cierta edad. Sin embargo, Cleo pensaba que era más fácil estar en casa sin hacer nada y que su madre pagara los gastos. Al principio, la nueva situación con Damián viviendo en casa era extraordinaria, hasta que poco a poco se acomodó y la confianza se instaló en el piso.

Las gotas de lluvia caían con fuerza, igual que las lágrimas de Cleo el día que Teo la conoció. Llegaba de la iglesia y, como hacía diariamente, cruzaba el parque para acortar los metros que le separaban de su apacible hogar. Corría sin descanso en un intento de llegar lo más seco posible a casa cuando vio a la joven sentada en un banco, empapada y temblando. Por unos instantes, pensó si acercarse a ella. Lloraba de tal manera que parecía que la vida se le escapaba con cada bocanada de aire. El artista creyó que podría asustarla en una noche tan oscura y en un lugar tan inhóspito como un bosque tropical por el clima que acechaba a esas horas. Sin embargo, solo lo intentaría una vez, para no molestarla. No le insistiría. Se acercó y le prestó su ayuda. Rápidamente supo que el mal que le provocaba las dolencias no era una enfermedad, sino la carencia de corazón en una persona que en lugar de cuidarla le provocaba sufrimiento.

—Hola, soy Teo. ¿Estás bien? —preguntó Teo, cubriéndose con el abrigo.

—Hola. Sí, gracias por preguntar —respondió Cleo, sonándose la nariz.

—Está lloviendo mucho. No deberías estar aquí.

—Lo sé, pero no tengo a dónde ir, porque donde puedo ir, no quiero ir. —Sonrió.

—Entiendo. A veces la vida es complicada y el Señor nos pone pruebas muy duras de superar —intentó animarla bajo la lluvia.

—Eso parece. No te quiero molestar ni entretenerte. Puedes irte, estoy bien. —Cleo se recolocó en el banco totalmente mojado.

A esa chica le ocurría algo malo, se lo había dicho sin decírselo. Quería ser prudente, pero no tardó en ofrecerle ayuda.

—Soy pintor —Sonrió—, y doy clases de pintura en la iglesia. Ahora mismo vengo de allí. El padre Roberto y yo somos amigos, si te apetece podemos ir a resguardarnos juntos de la lluvia, ¿qué te parece la idea?

—¿Por qué me ofreces ayuda?

—Soy un buen cristiano y, si no me equivoco, ahora la necesitas —dijo Teo con prudencia y manteniendo la distancia para no asustarla—. En la iglesia no te pasará nada. ¿Quieres que llamemos a tu madre?

—No, es que se me han olvidado las llaves y mi madre está trabajando.

—Entonces, si quieres, vamos a la iglesia con el padre y comemos algo hasta que tu madre llegue, ¿qué te parece?

—No sé… —dudó.

Le había aliviado el dolor, aunque fuera durante unos pocos minutos. Se encontraba en paz junto a aquel hombre a quien ni siquiera conocía. En su interior, sentía que podía confiar en él. Después de todo, era mejor que lo que le esperaba en casa.

—Esperaré contigo, entonces. —Se echó hacia atrás en el banco y se cruzó de brazos—. Seguramente mañana estaremos enfermos, pero por lo menos tendré la conciencia tranquila de que no he dejado a una chica sola en la calle.

—Vale, está bien. —Se levantó—. Prefiero estar en la iglesia antes de estar pasando frío y mojándome.

—Es una buena decisión. Estamos muy cerca. —Se levantó del banco.

—Lo sé, he ido alguna vez.

—¡Qué casualidad!

—Sí, me hace sentir protegida…, sentirme bien por unos momentos.

—Parece que tenemos algo en común. Mañana, si te apetece, puedes venir a mis clases y conocer al resto de los alumnos. Son buenas personas y estoy seguro de que os llevaréis bien —la animó con gesto agradable mientras andaban.

Llegaron a la iglesia y el padre estaba en el altar, rezando. Se acercaba la hora de cerrar las puertas. Al escuchar el ruido de los pasos y los susurros, giró el cuello. Vio a Cleo completamente empapada. Ya había visto más veces la tristeza que habitaba en sus ojos. La desesperanza llenó el corazón del padre. Fue hacia ellos lo más rápido que sus pasos le permitieron.

—Vaya, qué joven es, padre. —Le sorprendió a Cleo.

—Gracias, hija, ¿estás bien? —La observó de arriba abajo—. ¿Qué ha pasado, Teo?

Un charco de agua se había formado en el suelo donde los recién llegados se habían parado para hablar con el padre.

—No tiene llaves de su casa y estaba sola en el parque por donde paso para ir a mi casa. Le he ofrecido nuestra ayuda para que esperemos juntos hasta que su madre salga de trabajar —le explicó.

—Por supuesto, aquí puedes venir siempre que quieras, hija. ¿Has cenado?

—La verdad es que no, pero no quiero molestar.

—Aquí nadie molesta, todo lo contrario.

—Gracias —dijo con una voz tímida, y sus mejillas se pusieron de un color rosado.

—Voy a por una toalla y algo de comer —dijo el padre y empezó a andar de camino a una puerta de madera al final del pasillo.

—De acuerdo. Creo que es mejor que cerremos las puertas, padre. —Miró a Cleo por si se asustaba al verse encerrada—. Solo si quieres.

—No, me da miedo estar encerrada. —Tragó saliva.

—Tranquila, no te vamos a hacer nada. Se quedarán abiertas.

—Gracias —dijo al reprimir las lágrimas.

Habían pasado varios meses desde el primer día que se conocieron. Ahora lo recordaba en las escaleras de su piso. Cuando llegó, se sintió desprotegida. «Teo ya no está». Durante la tarde, había estado deambulando por las calles. Necesitaba despejarse y estuvo andando sin un rumbo fijo. Se movía de manera automática y con el único pensamiento de que debía tomar las decisiones adecuadas a partir de ahora. El recorrido le dio sed y se sentó en un banco de piedra que había a los lados del paseo para poder descansar y beber un poco de agua. Se quitó la mochila y la abrió con la idea de sacar la botella que llevaba al instituto. Al hacerlo, vio un pequeño papel arrugado que no recordaba haber metido ahí durante las clases. La curiosidad le hizo cogerlo sin pensar. Estaba doblado en cuatro partes, lo desplegó y lo miró fijamente.

El papel cayó al suelo y se echó las manos a la boca para acallar el grito que se ahogó en el fondo de sus pulmones. Notó cómo el cuerpo se le quedaba rígido y las extremidades no respondían. Los ojos no se apartaron del papel. El canto de los pájaros fue interiorizado por el cerebro, convirtiéndolo en el ruido de fondo de una escena en la que ella no era protagonista. La caída de un niño con la bicicleta a su lado le hizo salir de su ensimismamiento. Parpadeó varias veces, antes de estirar el brazo y coger aquel papel que tantos sentimientos le había provocado. Los dedos le temblaban y se le erizó la piel al escuchar su propia voz en alto.

—El cuadro mágico de Sator.

Capítulo 18

Cleo no sabía qué hacer ni a quién acudir. La reunión con el padre Roberto y con Iván le había parecido extraña. Tenía una mala sensación, pero decidió no decírselo a los demás. No quería preocuparlos después de los asesinatos que habían tenido lugar en un círculo tan cercano a ellos. Sin embargo, creyó que les ocultaban información acerca de lo que estaba ocurriendo. «Saben más de lo que dicen».

Cogió el papel y lo metió de nuevo en la mochila. Miró desesperada a su alrededor. Alguien podría estar observándola. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. El miedo irracional se apoderó de ella y comenzó a andar. La primera persona en la que pensó fue en su amigo David. No le dio demasiadas vueltas a la idea para no cambiar de opinión. Las zancadas cada vez eran más rápidas. Sintió verdadero miedo en cada una de las miradas, cualquiera podía ser el asesino. Ahora estaba señalada. Sería la siguiente.

Los pensamientos se arremolinaban en su mente. El asesino podía estar al acecho en cualquier lugar. Por eso, decidió que no iría a su casa. Si se encontraba en una situación desesperada, iría a pedir ayuda al padre Roberto. Le pareció cruel pensar que podía estar detrás del asesinato de Iria y Teo, pero fue en la primera persona en quien pensó.

«Eran amigos de la iglesia, ¿qué otro nexo tenían en común? Ninguno».

Las lágrimas luchaban por salir, pero solo con la idea de que el asesino la estaba observando, las retenía con más fuerza. No debía ver la debilidad en ella, solo su fortaleza, aquella que vio Teo y que fue capaz de sacar.

La casa de David se encontraba en el barrio. Podía llegar andando e intentar pensar con claridad qué hacer. No se le ocurría nada coherente con lo que estaba ocurriendo. Puede que ir a la Policía fuera lo más racional, pero estaba en peligro y era una adolescente a la que nadie creería. Lo descartó. Quizás David tuviera una mejor idea o contárselo a los padres y quedarse a dormir en su casa fuera la única solución para seguir viva, al menos, un día más. Se quedó quieta en el portal. Le parecía violento aparecer sin avisar.

«Le llamo primero, a ver dónde está».

El pulso continuaba acelerado y los dedos temblaban sin dejar de apretar fuerte el móvil con su mano.

—¿Qué pasa? —contestó David a modo de saludo, con un tono feliz.

—¿Dónde estás? —quiso saber con rapidez.

—En casa, ¿qué pasa? Me estás asustando.

—Estoy en la puerta. Ábreme, tenemos que hablar.

—Vale, voy.

Sonó el ruido y entró. Subió rápido por las escaleras y al llegar al rellano, vio a David en la puerta con una expresión de preocupación que nunca antes había visto en su rostro. Le abrazó fuerte y comenzó a llorar. David no se apartó, no sabía que pasaba, pero no le hacía falta saberlo. La abrazó con más fuerza para consolarla. Los ojos inquietos del muchacho se comenzaron a poner rojos de la empatía que sintió hacia su amiga. Era un chico sensible y de buen corazón a pesar de su aspecto rudo y chulesco. No soportaba ver a alguien llorar. Empatizaba al instante, y más aún si la otra persona le importaba, como era el caso de Cleo.

Se fue separando poco a poco y se secó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas frías y sonrojadas.

—Me han metido el cuadro Sator en la mochila.

—¿Qué? —dijo incrédulo.

Cleo colocó la mochila en el suelo y lo sacó para dársela a su amigo.

—¿Por qué te lo han mandado?

—Creo que es un aviso para la siguiente víctima.

—¡No digas tonterías! —Abrió la puerta de par en par para que Cleo le siguiera al interior.

—Tienes que ayudarme.

—¿A qué? —preguntó, accediendo a la casa.

—¿Estás solo?

—Sí, mis padres vendrán… —Miró el reloj—… en una hora aproximadamente.

—Hay que encontrar al asesino.

—Genial, Cleo, como si fuera fácil. La Policía está en ello, ¿sabes? —Se sentó en el sofá con los codos en las rodillas y cruzó las manos.

—Ellos no lo van a encontrar porque no están dentro del círculo de Teo… —Exhaló una gran bocanada de aire y se sentó junto a su amigo.

—¿Y nosotros sí?

—Por supuesto.

—A ver, a ver, no estarás insinuando que es alguien de nuestras clases de pintura, ¿verdad que no? —David se recolocó en el asiento con un exceso de nerviosismo que se dejaba ver con cada una de sus palabras.

—¡Claro que no!

—¡Te estás volviendo loca! —Se levantó rápido del sofá y se echó las manos a la cabeza.

—No, para nada.

David le enseñó la palma de la mano para que mantuviera el silencio unos instantes.

—Es peor aún, me estás diciendo que el padre, Iván o Laila, ¿lo he entendido bien? No me

puedo creer que pienses eso, Cleo, de verdad, no me lo esperaba. Y menos de ti —soltó con especial énfasis.

Cleo respiró hondo y cerró los ojos para concentrarse en las ideas fugaces que cruzaban por su cabeza.

—Está bien. ¿Qué propones?

—No sé, déjame que piense. —Se volvió a sentar—. Pero lo que tengo claro es que el cuadro Sator no es una señal del asesino. Sabes de sobra que para Teo era un símbolo de protección —recalcó con suavidad.

—Lo sé, pero Teo está muerto, ¿quién me lo va a mandar si no es quien le ha matado?

—No te entiendo.

—Creo que me lo ha mandado como riéndose de él, de que la protección del cuadro es una estupidez y nos va a matar, ¿me entiendes?

—Vamos a pensar, esa teoría es muy rebuscada, ¿no crees?

—No, no creo. Es la única que se me ocurre.

—¿Y por qué a ti? ¿Por qué no a todos? No sé, me huele raro. Si, según tú, eres la próxima que va a asesinar, los demás también estaremos en peligro.

—Sí, eso es.

—No, imposible. —Hizo un ademán con la mano.

David dejó de hablar mientras negaba una y otra vez con la cabeza. «Es imposible. ¿Por qué iba nadie a querer matarnos a nosotros?».

—¿Estás segura de que no tienes nada que contarme?, ¿algún secreto? No entiendo por qué tienes tan claro que te va a matar a ti. —Se encogió de hombros.

—No te miento, David. Tienes que creerme, si empezamos a dudar unos de otros, vamos a terminar todos muertos.

—A ver, es que no te entiendo. ¿Por qué iban a querer matarnos a nosotros? Teo tendría una vida a parte de la iglesia. —Se quedó pensativo, intentando buscar una explicación a la muerte de quien parecía un buen hombre—. Quizás tuviera una doble vida, o fastidió a alguien sin querer. —Alzó la voz a medida que perdía la razón.

Escuchó el ruido de la puerta. Cleo dio un respingo y una mirada de terror se instaló en su rostro.

—Tranquila, es mi madre. —Miró el reloj.

—¿David?

Asintió mirando a Cleo para que se tranquilizara, cada vez le estaba poniendo más nervioso.

—Estoy aquí, mamá. Cleo ha venido a verme.

Carmela entró por la puerta con una amplia sonrisa.

—Hola, Cleo, bonita, ¿qué tal estás? —preguntó, llegando a donde estaba sentada.

—Bueno, no muy bien después de lo que ha pasado —respondió.

Carmela la abrazó cuando la chica se puso de pie. Aguantó las lágrimas y cogió aire. Le gustaba estar en casa de David, y su madre era tan cariñosa que le hacía sentir comprendida.

—¿Puedo quedarme a dormir aquí? —preguntó con la mirada acuosa.

—¡Por supuesto! ¿Ha pasado algo en tu casa?

—No, es que no quiero estar sola.

—¿Y tu padre?

—Padrastro.

—Bueno, pues eso, padrastro —corrigió con los ojos entrecerrados. La aclaración de Cleo le llamó la atención.

—No está. Dice que tiene un trabajo, pero yo creo que se va a beber toda la noche.

—¿Y tu madre?, ¿está bien?

—Sí, está bien, pero trabaja hasta tarde y no quiero estar sola por la noche.

—Tranquila, te entiendo. Después de lo que ha pasado, es normal que te sientas insegura.

—Gracias.

Carmela le acarició el brazo un par de veces y le dedicó una sonrisa.

—Voy a hacer la cena.

Cogió el bolso que había colocado en la mesa del salón y vio las cartas que había cogido del buzón.

—Toma, David. Hay una carta para ti. —Extendió la mano.

—¿Para mí? —preguntó, mirando a Cleo.

—Sí, es muy raro. Solo pone tu nombre. —Subió los hombros.

El chico dio varios pasos hasta colocarse frente a su madre, que mantenía el brazo extendido.

—A lo mejor es de una chica. —Sonrió.

—Mamá, eso ya no se lleva.

—Bueno, pues no sé. Ábrela y nos dices.

Carmela salió de la habitación y David abrió la carta. Hasta ese momento, no le había dado importancia a lo que Cleo le había dicho. La chica se puso a su lado. Asintió con la cabeza para que abriera el sobre y descubrieran lo que había en su interior. David inhaló una gran bocanada de aire y sus pulmones se llenaron para vaciarse lentamente y tranquilizarse. Sacó el papel y se lo

enseñó a Cleo.

—El cuadro Sator.

—¿Y ahora qué hacemos?

David se sentó, devastado y con la mirada perdida.

—No lo sé.

Capítulo 19

El padre Roberto estaba nervioso e inquieto. Con todo lo que estaba ocurriendo, no se sentía bien consigo mismo. Se consideraba una buena persona, y el decidir que su vida cambiaría de rumbo de un día para otro le estaba reconcomiendo poco a poco por dentro. Iván y Laila estaban con él, pero no le gustaba mentir a la Policía. Su conciencia no dejaba de atormentarle y su voz era más profunda en cada sueño del que se despertaba entre sudores. Estuvo varias horas dando vueltas por la iglesia. Andaba distraído con las manos en la espalda y unos pasos cansados y culpables. No se había hecho cura para ese tipo de acciones. Siempre se había considerado una especie de guía espiritual para la gente. Sin embargo, con las nuevas decisiones que había tomado, no se sentía capaz de volver a dar consejos a nadie. Sintió frío por la nuca y la piel se le erizó. Se tocó con una de las gélidas manos, y se abrochó la chaqueta negra hasta arriba. Recolocó el cuello para que no traspasara más el frío a su interior y siguió caminando en babia. Meneó la cabeza con un gran sentimiento de dolor al recordar a Teo. No se lo perdonaría nunca. Se paró ante una de las figuras de Cristo y se santiguó una vez más.

—Perdónanos, padre —susurró con el llanto reprimido en su garganta.

Escuchó las pesadas puertas de madera a lo lejos. El miedo fue el primer sentimiento que apareció. Dio varios pasos y se escondió detrás de una de las columnas de piedra.

«Fabio está fuera, debe ser alguien conocido».

—Padre, ¿dónde está? Soy Fabio.

Las pulsaciones de Roberto dejaron de ir a galope y comenzó a serenarse. Salió del escondite para asomar la cabeza y poder observar a quien hablaba.

«Puede ser una trampa».

No lo era. Fabio se había colocado en medio del pasillo que daba al altar para poder tener la visión completa del interior y ver al padre.

—¿Qué pasa, Fabio? Me has asustado. —Andaba hacia su encuentro.

—He visto a Iván y Laila —susurró.

—¿Y qué hacen?, ¿por qué no vienen?

—Dicen que la Policía ha ido al comedor y seguramente los estarán buscando.

El padre comenzó a frotarse las manos, visiblemente nervioso.

—¿Está sudando?

—Sí, Fabio, esto no lo habíamos planeado, y creo que no saldremos bien parados. —Se volvió a santiguar y se secó las gotas de sudor de la frente.

—Hay que tener fe, padre —dijo Fabio con una voz tranquilizadora—. Es lo correcto.

—Gracias, Fabio. Has sido de gran ayuda. Pero ahora debes tener cuidado.

—Tranquilo —Sonrió con melancolía—, nadie sospecha de un vagabundo en la puerta de una iglesia. Lo único bueno que puedo sacar de esta situación es que soy invisible para la gente.

—Ojalá sea así. ¿Has hecho lo que te he pedido?

—Claro. No se preocupe, está todo preparado.

—Vale. Revisa los alrededores y, cuando creas que está todo tranquilo, que pasen. Tenemos mucho de qué hablar.

—Entiendo. Ahora mismo daré un paseo alrededor de la iglesia para ver si hay alguien sospechoso —confirmó Fabio.

—Recuerda que pueden estar de paisano o en un coche, tienes que ser cauto y observador. Te lo ruego —suplicó con los ojos brillantes.

—Lo sé. —Le acarició el brazo—. Le debo demasiado como para fallarle ahora, y no lo haré. Todo saldrá bien, ya lo verá.

Los ojos del padre adquirieron un tono rojizo en la esclerótica. Tenía miedo, pero también un gran peso en las espaldas. Fabio le observaba sin dejar de pensar. Se tocaba la barba incipiente, notando cómo el corazón bombeaba más deprisa.

—Te acompaño a la puerta para dejarla cerrada. No me fio de nadie. —Anduvieron juntos hasta la entrada—. Voy a quedarme aquí —Señaló el suelo—, cuando lleguen, que llamen dos veces y les abro.

—Vale. No quiero precipitarme, así que tardaré al menos veinte minutos en asegurarme, ¿vale?

—De acuerdo, hazlo como ya lo hemos hablado. Que no se te olvide revisar los bares, puede que estén cenando o tomando algo para hacer guardia esta noche.

—Claro. Iré despacio y cumpliré todas las paradas para asegurarnos el terreno. No haremos nada que no esté planeado.

—Gracias de nuevo.

Cogió con los dedos delgados y torcidos el gran picaporte de la puerta y la abrió. Fabio necesitaba la fuerza divina para cumplir el propósito, era la primera vez en su vida que alguien necesitaba su ayuda y le había tratado como una persona. Se santiguó antes de salir y agachó la cabeza para agradecerle al padre el compromiso con su rebaño, como lo solía llamar.

Fabio recordó las palabras que dijo el día que todo empezó:

—¿Acaso el pastor no deja al resto del rebaño para ir a ayudar a la oveja descarriada? —Las palabras sabias del padre se repetían en su memoria—. No dejaré solo a quien me necesite.

El hombre cerró la puerta tras de sí y un soplo de aire fresco le rozó el rostro que tantas veces había sufrido. Cada una de sus arrugas le recordaba lo dolorosa y complicada que había sido su vida. Sin embargo, todo había cambiado, y su piel tostada por el sol se lo demostraba. Se había quedado solo y sin familia por culpa de una herencia, de dinero. Las personas se convierten en

hienas cuando ven al final del camino una cantidad sustanciosa. Eso es lo que les había pasado a sus hermanos. Hablar con ellos era impensable y poco fructífero. Notaba cómo salivaban al escuchar la palabra «dinero». Su estabilidad mental valía más que todo el oro del mundo y renunció. Ellos adquirieron un mayor porcentaje de la mísera herencia y las vidas de los hermanos se separaron. Tenía la esperanza de que algún día, aunque el ya no lo viviera en la Tierra, pero sí en el cielo, sus sobrinos hubieran aprendido las enseñanzas de sus padres y les quitaran el dinero que le habían robado con viles mentiras y actos más que reprobables.

Fabio se había quedado solo, sin dinero y en la calle. Pero como no todas las familias son de sangre, él escogió una al lado del padre Roberto. Una de las pocas personas que, a pesar de su corta edad, había sufrido aún más que él. El padre era joven, pero había sentido en sus propias carnes la codicia y soberbia humanas.

Recorrió las calles y lugares comprometidos para la causa con una sutil metodología y observación. En los días posteriores se jugaban mucho, y había que actuar con cautela. Al salir de la iglesia y descender los cinco escalones de piedra, las cabezas de Iván y Laila se asomaron por una de las esquinas. Fabio asintió de una manera imperceptible. Los feligreses cruzaron las miradas y asintieron.

«El plan comienza ahora».

Fabio andaba despacio y observaba a cada uno de los transeúntes que había en la calle. Debía ser cauteloso, y a la menor duda el plan se paralizaría hasta que estuvieran seguros. Cualquier paso en falso los llevaría a la cárcel sin miramientos. Estaban solos en esto y debían afrontarlo con calma.

Capítulo 20

Cuando salieron del comedor social se acercaba la hora de la comida. El comisario les dijo que se despejaran para comenzar mañana con buen pie. Estaban revisando la Biblia, como Teo le había indicado a María. De momento no habían dado con nada que tuviera sentido, pero debían continuar. Raúl les estaba ayudando y se desesperaba igual que ellos. Clara los ponía nerviosos, y más todavía cuando comenzaba a andar alrededor de ellos y los vigilaba por encima del hombro. Manuela y Carlos hablaron con Jesús para que la mantuviera ocupada en otra pista mientras ellos intentaban darle un sentido a las que tenían. Jesús lo comprendió a la perfección y le pareció buena idea, ya que Clara trabajaba mejor sola. Se ponía nerviosa en cuanto no hacían lo que ella decía.

Habían ido a comer juntos y habían hablado largo y tendido sobre las personas del comedor. Sin embargo, Clara seguía con el tema, a pesar de que ya era de noche.

—María, ¿no te quieres ir a tu casa? —preguntó Clara, que estaba con el mando en el sofá de su casa.

—¿Quieres que me vaya?

—No, quiero que te quedes y repasemos lo que han dicho.

—¡Otra vez! —se quejó Jesús, que estaba a su lado.

—Sí, otra vez. No te quejes tanto, porque no tenemos nada y a ti te pagan por hacer este trabajo —dijo cambiando de canal.

—Vamos, que te aburres, ¿no?

—Sí, mucho.

María los miró y se encogió de hombros, dejándose llevar. Clara tenía razón, no tenían prácticamente nada. Las pruebas de Teo no habían sido descifradas y María se sentía un poco culpable por haberlas dejado a un lado.

«Para él serían unas pistas con una lógica aplastante, pero era obvio que para los demás no».

—¿No han encontrado nada con el número 98? —preguntó tamborileando con los dedos el reposabrazos del sillón.

—Nada, ni lo van a encontrar —dijo Clara.

—¿Y cómo estás tan segura? —preguntó Jesús con retintín, para que su novia se enfadara.

—Porque lo sé… —añadió, levantando un hombro.

—¿Porque eres más lista?

—Entre otras cosas… y porque María está aquí.

Al escuchar su nombre la miró a los ojos y suspiró. «Ya empezamos con el tema de que escondo un secreto».

—Clara, no sé nada más que lo que os he dicho.

Sonrió quedamente.

—Para ya con eso.

—Vamos a ver una cosa. —Se colocó en el sofá y puso los pies en el suelo para echarse hacia delante y que sus ojos quedaran a la misma altura que los de María—. Supongamos que es verdad lo que dices. —Asintió para que continuara—. Pero te ha dejado las pruebas a ti, ¿no? —Volvió a asentir—. Eso es por una razón, obviamente.

—No te entiendo.

—Pues que solo tú puedes entender el significado

—Ya. —Se cruzó de brazos—. Y si no lo veo, ¿qué pasa?

—Supongo que seguirá matando a gente.

—¿Me estás intentando hacer chantaje emocional? Yo no tengo la culpa de que la gente muera.

—No te estoy intentando hacer chantaje de nada, lo primero, porque no sabría, y lo segundo, es verdad. Si tú no sacas otra pista de las que te ha dado, habrá más muertes.

—¿No crees que en el comedor esconden algo?

—Por supuesto que lo esconden, pero a lo mejor no tiene nada que ver con esto —intervino Jesús, sujetando la cabeza con la mano.

—Eso es imposible. Todo está relacionado.

—Creo que se han inventado eso de que parecían novios. Me parece imposible ver a Teo comportándose así.

—Son unas envidiosas —concluyó Clara—. Tus ojos ven lo que quieres que vean. Los de ellas veían eso, pero estoy segura de que los tuyos lo verían de otra manera.

María se levantó de un salto.

—Está bien, vamos a repasar juntas lo que tenemos.

Clara levantó las cejas varias veces.

—¡Me parece genial! Pedimos comida —propuso Jesús.

—No, yo quiero tortilla y ensalada.

—¡Otra vez! Siempre comemos lo mismo. —Se levantó para ir a la cocina.

—Ajá —respondió con un mohín—. Empecemos con lo que tenemos —incitó Clara.

—De acuerdo. Empiezo yo, ¿vale?

Jesús estaba haciendo la cena en la cocina, pero escuchando lo que hablaban sin perderse detalle. Cuando las dos se concentraban se creaba el equipo perfecto. Lo que no sabía una, lo sabía la otra. El agente pelaba las patatas en completo silencio y mirándolas de reojo, por si a Clara se le iba la lengua viperina que muchas veces dejaba suelta. María ya la conocía, y en la mayoría de las ocasiones no le daba importancia, pero en esta ocasión, por algún motivo, se sentía especialmente ofendida.

«Creo que Teo le dijo que se encontraba en peligro y ella no le dio importancia. Ahora que está muerto, se siente culpable».

—Ha dejado el cuadro Sator por algún motivo, estoy segura.

—Yo creo que no. Es solo por protección. Nadie sabe que significa.

—Lo sé, pero ha estado muchos años relacionado con el cristianismo, ¿no? Eso será por algo.

—Sin ofender, pero no es la primera vez que el cristianismo coge «prestado» de otras religiones algo que le viene bien —dijo Clara sin la intención de que le sentara mal a nadie.

—Lo sé. Vale, vamos a suponer que tienes razón, pero ya es mucha casualidad que si colocas las letras aparezca la palabra «Padre Nuestro».

—Venga, vale, ahí me calló. Pero si seguimos por ahí vamos a un callejón sin salida, piensa en otra cosa.

—Un momento —interrumpió Jesús alzando la voz—, el padre Roberto dijo que solía estar en los castillos y ermitas donde habían estado los templarios.

—Sí, pero estamos en lo mismo. Hay muchas teorías acerca de su origen…

—Por eso mismo —interrumpió Jesús—. ¿Cuántas teorías hay acerca del cuadro? Cientos, pero solo necesitamos saber a cuál de esas es a la que se refería Teo.

María y Clara se miraron ante las palabras de Jesús. «Tenía razón».

—¿Por qué no puede ser de los templarios? —insistió el policía sin dejar de cortar las patatas.

—Bueno, es que el primer cuadro que se encontró fue el que está en Pompeya, y por aquel entonces ni siquiera existía el cristianismo, y menos los templarios —explicó Clara.

—Vale, pero ¿entonces por qué se les atribuye a ellos?

—Querrás decir que se lo atribuyeron.

—Cómo tú quieras decirlo.

—Hay algunos que piensan que la frase de «trabajar y orar» era el lema templario.

—Eso es una explicación muy pueril, ¿no te parece, novia?

—Sí, bueno, pero es la que hay. ¿Por qué la escribían en los castillos y ermitas?

—Unos creen que la escribían para protegerse y otros que lo hacían para que supieran que habían sido construidos por ellos.

—¿Algo así como el arquitecto que hizo una parte de La Sagrada Familia?

—Vaya, Jesús, eres una caja llena de sorpresas —dijo María, sorprendida por los conocimientos del policía acerca de la arquitectura del monumento.

—Ya ves, es que esta me obliga a ver documentales extraños y al final se te quedan cosas.

—No os distraigáis. —Movió las manos para atraer la atención de nuevo al tema—. A tu pregunta: sí, es algo parecido.

—¿En qué año es la destrucción de Pompeya? —preguntó María.

—Del 24 de agosto del 79 d.C.

—¿Y la creación de los templarios?

—No digo que no hubiera sido antes, pero está datado del 1127.

—Hay muchos años en medio —puntualizó Jesús, que freía las patatas.

—Entonces, ¿descartamos la idea de que Teo dejara el cuadro Sator con alguna referencia a los templarios? —preguntó María indecisa, dando vueltas por el salón.

—Yo creo que sí. Siéntate, que me pones nerviosa. —María la miró y le hizo caso para no discutir—. Según mi criterio, deberíamos centrarnos en que el origen del cuadro es cristiano.

—¿Cómo que el origen? —preguntó el policía.

—Bueno, perdón, no origen, sino que la pista que Teo ha dejado tiene que ver con el cristianismo, no con los templarios. Por el pez, más que nada.

—De acuerdo, tiene sentido, ya que él es cristiano.

—Vale, ¿y ahora qué?

—No sé, me he bloqueado.

—Pensemos.

Jesús las miraba. Intentaban buscar más teorías acerca del motivo del cuadro Sator con el crimen. La del cristianismo los había llevado a un callejón sin salida y necesitaban encontrar la siguiente pista para avanzar en el caso. Por más vueltas que daban, no le encontraban ninguna lógica. Estaban desesperadas y la desmotivación que sentían se unía al cansancio de los días intensos y llenos de sentimientos de tristeza de María.

Capítulo 21

Jesús hizo la cena mientras las chicas estaban concentradas en el sofá sin pensar en otra cosa que el cuadro mágico de Sator. Él intentaba recordar lo que habían dicho mientras preparaba la tortilla. Podía ocurrir que por el furor del momento dejaran a un lado lo que habían dicho o no lo tuvieran en cuenta. Además, ambas se distraían en exceso y Jesús tenía controlada esa adicción tan frecuente en algunas personas. Desde pequeño, había sido un niño que se distraía con cualquier ruido, pero su madre había puesto un remedio rápido para quitarle aquella manía. Aprendió a hacer las tareas con un tiempo determinado, y así no podía distraerse. Lo que al principio era un juego en el que competía contra sí mismo, al final se convirtió en una costumbre de la que estaba muy orgulloso gracias a su madre.

Puso la cena en la mesa y aliñó la ensalada. Clara metió el tenedor para reconocer los ingredientes. Jesús la conocía de sobra y solo puso verduras, nada de carne. La historiadora le miró y le sonrió con muchísimo cariño. Se querían y se cuidaban mutuamente. Con la jarra de agua en la mano, se sentó a su lado, pero antes le dio un gran beso. María les sonrió.

—Parece que fue ayer cuando nos conocimos, ¿verdad?

—Sí, pero no lo fue —dijo Jesús sentándose en la silla que presidía la mesa, quedando en medio de las chicas.

—Una pregunta, ¿os habéis leído la Biblia?

—Yo no.

—¿Y te llamas Jesús? ¡Vergüenza debería darte! —exclamó María con sarcasmo.

—¿Y tú? —preguntó Clara.

—Yo sí, pero hace mucho. ¿Qué estás pensando?

—La verdad es que resolver un caso en el que partimos de que la base es la Biblia y unos no se la han leído y otros ni se acuerdan… Pues ya me dirás tú cómo lo vamos a hacer.

—Tiene razón —bufó Jesús al coger un trozo de tortilla.

—Es muy larga para leerla en un par de días —afirmó María y se echó agua en el vaso.

—¿Tú te acuerdas? —le preguntó a su novia.

—De algunas partes, sí, pero de la que nos interesa, que sería el Nuevo Testamento, no mucho.

María soltó un gran suspiro que movió el pelo de Clara, que se encontraba frente a ella con el tenedor a medio camino.

—¡Tú!

—Perdona, pero es que me estoy desesperando.

—Yo también.

—Un segundín —dijo Jesús, recapitulando lo que acababa de decir su novia—, ¿por qué has dicho «la parte que nos interesa»?

—Bueno, he supuesto que Teo, al ser cristiano y con el tema de las parábolas, se referiría a las enseñanzas del Mesías, es decir, a Jesús.

—No te entiendo.

—¿Qué no entiendes? —preguntó Clara, intentando escudriñar si era una broma o no.

—¿Por qué no puede ser una parte del Antiguo Testamento?

—Porque no. Las enseñanzas de Jesús están en la parte del nuevo, no del Antiguo Testamento.

—Vale, pero Teo dijo «en la Biblia», ¿no? No te especificó nada de antiguo o nuevo, ¿no? —insistió, para que María confirmara.

Se quedó en silencio antes de contestar.

—¿Qué pasa, María? —preguntó Jesús con voz ruda.

—Bueno, pues que tampoco me acuerdo, la verdad. Fue hace mucho y tampoco es que le prestara especial atención —soltó dubitativa—. Cuando tuvimos esa conversación estaba como muy filosófico y decía cosas sin sentido.

—Vamos, que te distrajiste, ¿no?

—Algo así. —Se comenzó a poner colorada.

Jesús soltó el tenedor y se echó hacia atrás en la silla. Intentó ser positivo y no enfadarse, pero entre las dos habían acabado con su paciencia. La energía del agente estaba bajo mínimos. Para calmarse se tapó la cara con ambas manos y se frotó los ojos. Respiró profundamente.

Cuando volvió a abrirlos, lo primero que vio fue a Clara con una sonrisa.

—Tampoco lo veo para tanto. Es el Nuevo Testamento, hazme caso.

—¡Qué remedio!

—Lo siento, Jesús, yo también quiero encontrar al asesino de Iria y Teo, pero no me acuerdo bien de esa conversación.

—No te pongas a llorar —advirtió Clara sin delicadeza.

María no contestó y se secó los lagrimales con la servilleta.

—Cállate, Clara, que lo vas a empeorar —le regañó Jesús.

—¿Yo? Pero sí has sido tú con tu *bla bla*… —Se cruzó de brazos—. Es el Nuevo Testamento.

—Vale, pero si no lo hemos leído, ¿qué parábola es a la que se referiría Teo?

—Creo que tengo una idea —Sonrió—, pero primero vamos a tener que ir a ver a la familia de Iria.

El rostro de María comenzó a palidecer.

—¡Lo sabía! Eres una mentirosa.

—No, no, espera un momento antes de hablar —gritó María, enseñando las palmas de las manos.

—Cálmate un momento, Clara, por favor. Que te pones a chillar como una loca. —La miró serio—. Explícate, María, por favor. —La invitó a que hablara, moviendo la mano para darle paso.

—No me cortéis, dejadme que termine de explicarme hasta el final, ¿vale?

Jesús asintió y cogió a Clara de la mano para que se tranquilizara.

«¡Qué mentirosa! Sabía que nos mentía en algo».

—El día que os he contado que hablé con Teo, estuvimos bebiendo en mi casa. Fue después de que ocurriera el asesinato de mi marido y, bueno —balbuceó—, ya sabéis que lo pasé muy mal durante un tiempo… y ahora. El caso es que estuvimos bebiendo varias copas de vino en mi casa y empezaron las confesiones. —Se calló unos segundos.

—¿Y? Tranquila, tómate tu tiempo. —El policía le acarició el antebrazo que tenía apoyado en la mesa.

—No recuerdo la conversación entera. De hecho, me van viniendo frases sueltas a medida que vamos avanzando en el caso —gimoteó.

—Si no te acuerdas, es normal que te vayan viniendo a la memoria como momentos sueltos de esa noche. Incluso alguno no tendrá sentido, pero tienes que decírnoslos igual.

—Lo sé, el problema no es ese, sino que no sé cuáles son mentira y cuáles son verdad.

—¿A qué te refieres?

—Cuando nos enteramos del asesinato de Iria, no sabía de qué me sonaba el nombre. No es muy común, que digamos.

—¿Sí? —Clara la miraba intrigada.

—Creo que a lo largo de esa noche me dijo que si le pasaba algo, protegiera a Iria.

—¿En serio? —dudó Jesús.

—Pero no sé si es que mi memoria me está engañando.

—¿Recuerdas si te dijo que protegieras a alguien más?

—No lo sé —respondió cabizbaja.

Se quedaron en silencio durante unos instantes. Clara no dejaba de darle vueltas a lo que

había dicho María. A diferencia de las otras versiones que había contado acerca de lo que le dijo Teo, esta vez, sí pensaba que decía la verdad. La historiadora no sabía por qué no lo había contado desde el principio, por qué no les había dicho lo que le pasaba. Comía automáticamente dándole vueltas al motivo oculto detrás de la mentira de María. La miró un par de veces y observó que sus ojos estaban inundados y comía a la misma vez que moqueaba. «No lo entiendo. ¿Será por Teo?».

Jesús la acarició de nuevo y le dedicó una mirada comprensiva. A diferencia de Clara, él se imaginaba por qué no lo había querido decir antes. Alguna vez había pasado por su cabeza la idea de que no había superado el asesinato de su marido. Ahora lo tenía cada vez más claro. La noche que estuvo con Teo habían bebido demasiado, una situación que se había convertido en una rutina en la vida de María.

«Tenemos que ayudarla. Se siente sola desde que ocurrió y no hemos sabido darle el apoyo que necesita», pensó el policía.

—Estamos aquí para lo que necesites, lo sabes, ¿verdad? —rompió el silencio con una voz pausada y comedida.

—Lo sé, pero a veces, aunque estés rodeada de gente, sigues estando sola.

—Te entiendo, pero tú no lo estás.

Clara no llegaba a comprender exactamente de lo que estaban hablando, pero supuso que la intervención de su novio era con un motivo excepcional que ella no había descubierto en el interior de María. La personalidad de Clara no encajó el patrón de comportamiento de su amiga, pero sí el de Jesús. También le mostraría su apoyo, aunque no sabía exactamente para qué.

«Creo que también le tengo que decir algo parecido».

—María, sé que no soy la amiga perfecta. Incluso se podría decir que soy algo incómoda, pero si necesitas algo, yo también estoy aquí. Puedes contar conmigo para lo que sea. Pero, eso sí, primero dime para qué. —Sonrió.

—Tranquilos, de verdad. Estoy bien siempre que esté entretenida. Aunque os parezca una tontería, solo con el hecho de estar aquí, con vosotros, ya es para mí un escape de la soledad que me espera en casa. En una casa vacía y solitaria. —Sonrió con amabilidad.

—Tengo una idea —dijo alegre Clara, que ya se había cansado de seguir comiendo.

—No sé yo si será buena idea. —Jesús se echó hacia atrás sin saber qué bomba soltaría.

—Tranquilo, novio, que es buena idea. O eso creo. —Movió las manos varias veces para dejar de pensar lo contrario.

—Venga, dilo, seguro que es buena. —Le guiñó el ojo.

—¿Eso significa que siga o que no? No me acuerdo del significado.

—Que sí. —Volvió a guiñar el ojo de forma más exagerada.

—¡Genial! —Se levantó de la silla y fue al sofá—. Vamos, he tenido una idea.

Jesús y María se miraron intentando discernir el matiz de la idea. Con el entusiasmo de Clara,

llegaron a pensar que tendría altas probabilidades de considerarse una locura. Se levantaron y siguieron sus indicaciones. Se sentaron en el sofá, mirándola. A la expectativa de que dijera lo que tanto interés les había despertado.

—He pensado —dijo haciendo pausas entre las palabras para darle misterio a la idea que le había venido como un haz de luz—, que puede ser que esté relacionado con el Apocalipsis de Juan.

—¿Qué dice esta ahora? —Jesús abrió la boca, víctima de la incredulidad.

—Sí, mirad, el día que vimos el cuadro Sator os expliqué que había dos lecturas, ¿no? —Se levantó nerviosa, no podía estar más tiempo sentada—. Una, que es la más popular que se refiere al labrador Arepo, que no sabemos quién es, y la otra, la cristiana.

—Sí, ¿y qué más? —Jesús se colocó las palmas de las manos en la nuca y bostezó.

—La cristiana es la que nos dice que está la palabra «Padre Nuestro». —Miró a María, la atención de Jesús ya la había perdido antes de empezar—. Y la «A» y la «O» que son alfa y omega, a las que se hace referencia en la Biblia, en el Apocalipsis de Juan.

—Uf, suena fatal eso de apocalipsis —añadió Jesús.

—Lo sé, pero no creo que Teo se refiriera a un apocalipsis como tal, sino a que venía algo importante…

—O que iba a hacer algo importante —terminó María la frase.

—O que había llegado el momento de terminar con algo que estaba mal —elucubró Jesús con los ojos entrecerrados—. ¿Qué? Creo que mi teoría se ajusta más a la realidad que la vuestra.

—La verdad es que puede que tengas razón.

Capítulo 22

Habían estado debatiendo durante gran parte de la noche la interpretación que Teo podía haber dado al texto del Apocalipsis de Juan. Podía tener sentido, era indiscutible. Sin embargo, no les ayudaba a crear ninguna teoría acerca de la identidad del asesino.

Jesús fue el primero en quedarse dormido junto a los gatos. Al estar acostumbrado a dormir ahí, fue poco a poco cogiendo la postura hasta que empezó a roncar. Clara y María siguieron hablando hasta que se dieron por vencidas.

La tozudez de Clara no la dejaría pegar ojo hasta que encontrara otra interpretación del cuadro Sator. Con el primer ronquido de María, se levantó sin hacer ruido. Aún conservaba la habitación repleta de libros que tanto le gustaba y Jesús tanto odiaba. Dentro del caos de la mente de Clara estaba colocado, pero para Jesús estaba desorganizado y debía dedicarse unos meses a colocarla. Ella sabía dónde estaba cada libro, aunque a veces le fallara la memoria y estuviera en una pila de libros distinta. El agente tenía razón, debía comprar alguna estantería más, ya que algunos habían ido formando una columna inestable. Eso sí, del mismo tema.

Se sentó en el suelo, como le gustaba hacer, con la Biblia en la mano. No sabía explicar por qué continuaba con esa idea, pero estaba convencida de que la respuesta estaba en ese libro, a pesar de que le intentaran quitar la idea de la cabeza. «Si Teo lo dijo, es por una razón». Había escritos que la Iglesia no los encontró canónicos y los desechó convirtiéndolos en apócrifos.

«¡Un momento! ¿Se referirá Teo a los evangélicos sinópticos?»

—No, demasiado rebuscado.

Antes de descartar la idea del todo, comenzó a leer aquellos evangelios que empezaban por la letra M. La carta que dejó a María con la pista M-98 debía tener una explicación, y no la podía pasar por alto.

Clara se quedó dormida con la Biblia entre sus manos. Jesús la intentó despertar cuando sonó la alarma programada de lunes a viernes del móvil. Después hizo lo mismo con María. Fue a hacer café y se dio cuenta de que no habían recogido la mesa de la cena de la noche anterior. Se echó un poco de café en una taza y se quedó mirando la mesa sin recoger durante unos minutos mientras volvía a ser persona.

—Buenos días, Jesús —dijo María, despeinada y con mala cara.

—¿Has dormido bien?

—No mucho, la verdad. Creo que me duele toda la espalda. —Se colocó las manos en la cintura y se estiró hacia atrás.

—¿Un café? Es de ayer.

—Sí, así nos despertamos.

Jesús cogió una taza y vertió el café hasta la mitad.

—¿Caliente?

—Sí, gracias. —Giró el cuello y vio la mesa sin recoger—. Voy recogiendo eso mientras lo calientas.

—No, tranquila, ahora lo recojo. Despierta a Clara, que no se levanta.

—Vale.

María cogió los platos de la mesa, dejándola medio recogida, y fue a la habitación. Clara seguía con la Biblia en las manos. Se la quitó y la movió ligeramente para despertarla.

—Venga, vamos, tenemos que ir a comisaría.

Movió la cabeza y, al abrir los ojos vio a María leyendo por donde tenía abierto el libro.

—¿Crees que la pista M-98 está aquí?

—Puede ser. Ayer estuvieron revisándolo, pero no han dicho nada, así que puede que no sea lo que pensamos. —Sonrió y levantó las cejas a la misma vez.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—¿Y si resulta que se refiere a un evangelio apócrifo?

—Uf…, pero eso nos llevaría mucho tiempo. Han descartado tantos que sería imposible saber a cuál se refiere.

—Pero dale una vuelta, puede que aquel día que quedasteis te dijera algo más. Un nombre o una referencia.

María agachó la cabeza con melancolía y vergüenza.

—Clara, ya te he dicho que no me acuerdo.

—Ya, pues entonces empezará por la M.

—Déjalo, estamos buscando donde no es.

Clara se levantó y escuchó el sonido del microondas.

—Pues yo creo que no.

Salió de la habitación y María la siguió.

Jesús había recogido la mesa y tenía los cafés preparados para las chicas.

—Ahí tenéis. Me voy a duchar.

Al cabo de quince minutos, el agente salió del baño y vio que las chicas estaban en silencio, mirándose una a la otra y luego al café. «Están cansadas y desmotivadas».

—Venga, nos vamos. Duchaos rápido, que vamos a ir al domicilio de Iria. La científica ya ha terminado y nos esperará para que podamos entrar a echar un vistazo.

—¿Y Manuela?

—Nos esperara allí, tiene que hablar con nosotros.

—¿Ha pasado algo más?

—No me ha querido decir nada, así que supongo que hasta que no lleguemos no lo sabremos.

Clara se encogió de hombros y se levantó.

—Bueno, pues habrá que esperar. Me voy a duchar.

—María, ¿quieres pasar por casa?

—Si es posible, sí. Me gustaría cambiarme de ropa, aunque me duche aquí.

—¡Vaya tontería! —exclamó Clara a punto de cerrar la puerta del baño—. Coge lo que quieras de mi armario.

—¿Seguro? Que tú eres un poco rara.

—Lo sé, pero contigo es distinto, tú eres mi amiga. —Cerró la puerta.

Capítulo 23

Llegaron a la casa de Iria y, como Manuela les había dicho, había un agente de la policía en la puerta. Los acompañó hasta el piso y les dejó las llaves.

—No entiendo por qué estamos aquí —dijo Clara al entrar.

—¿Qué no entiendes? Es el domicilio de la asesinada —explicó Jesús.

—Ya, sí, pero si la han asesinado en otro sitio, ¿por qué hemos venido aquí? No lo entiendo. Las pistas, si es que las hay, estarán en la escena del crimen. Digo yo.

Clara entraba en todas las habitaciones y miraba con atención cada uno de los estantes, armario y alacenas de la cocina.

—Da igual, déjala —dijo María, que estaba al lado de Jesús.

—Vamos a ver, Clarita, a veces puede que haya alguna pista en el domicilio. Por si acaso, nunca se sabe.

—Ya, bueno, si tú lo dices —gritó desde el baño.

—¿Crees que vamos a encontrar algo? —preguntó María con las manos en los bolsillos y sin mucho interés en revisar nada.

—No lo creo, la verdad. Si han estado los compañeros de la científica y no han encontrado nada, no creo que nosotros lo vayamos a hacer —argumentó Jesús.

Clara llegó por detrás y entró en una de las habitaciones donde estaban los demás.

—Esta es la habitación principal, ¿no?

—Sí, eso parece. Podéis tocar todo, ya han cogido huellas —puntualizó el agente.

—Seguro que Clara ya ha tocado todo.

—Por supuesto. Todo lo que se podía abrir ya lo he revisado, y no he visto nada.

—No creo que el asesino fuera a por ella.

—La ha matado con un golpe en la cabeza, a por ella sí que iba.

—No me he explicado, perdón —dijo María—. Lo que quiero decir es que no era el objetivo principal.

—Ah, vale. Sí, yo también creo lo mismo. Su muerte ha sido un daño colateral —confirmó Jesús.

—Pero ¿un daño colateral de qué? Esa es la cuestión.

—El asesino ha cambiado de idea sobre la marcha, ¿no os parece a vosotros?

—Sí, tienes razón. —Clara se había colocado en el marco de la puerta y jugaba con las puntas del pelo mirando a su alrededor—. El asesinato de Teo está bien estudiado, incluso cómo y dónde lo iba a matar, pero el de Iria parece un poco chapucero.

—A ver, de chapucero nada. Encontró el momento adecuado para matarla con un golpe en la cabeza y acabar con ella.

—Sabía algo —añadió Clara.

—No os volváis locos a decir cosas sin explicación. Tú, ¿qué quieres decir con que sabía algo?

—Es solo una hipótesis. —Cambió el peso del cuerpo a la otra pierna—. Creo que Iria sabía algo sobre lo que llevó a Teo a la muerte, y por eso mismo el asesino se ha dado prisa en matarla.

—Puede ser, pero sabía cómo hacerlo para que no le pillaran —matizó Jesús.

—No sé, pero no tiene sentido, si sabía algo de lo que se traía Teo entre manos, ¿por qué fue a trabajar como si nada? —María negó con la cabeza, la teoría de Clara no la convencía.

Jesús se levantó de la cama en la que se había sentado para pensar y se acercó a las chicas, que estaban en la puerta.

—¿Y si son dos asesinos?

—Imposible.

—¿Por qué no? Puede ser. —A Jesús no le pareció una idea tan descabellada.

—Yo te digo que no, que es uno.

Clara se fue hacia la puerta haciendo muecas con la cara. Cuando hablaba consigo misma, no podía evitar hacer como si fueran dos personas en una.

Se paró.

Jesús y María se miraron y asomaron la cabeza por la puerta para observar lo que hacía Clara. La historiadora sintió los ojos en la nuca y se giró.

—¿Y si los han matado por motivos diferentes y nosotros los hemos unido porque eran voluntarios en el mismo sitio? —soltó en un intento de buscar un sentido a la situación.

—¿Tú crees? —dijo María alzando el labio superior.

—¿Y por qué no? No hay nada que los una, ni siquiera las pistas.

—Ya, vale, pero Teo me dijo que protegiera a Iria, eso quiere decir que sabía que ella también estaría en peligro —le recordó María.

—Eso tira tu teoría por la borda. —Jesús arrugó la boca.

—Ya, sí, bueno, no sé, puede… —Cogió el picaporte y abrió la puerta.

—¿Dónde vas? —preguntó Jesús.

—A desayunar, tengo que pensar y necesito que me dé el aire en la cara.

—¿Ya hemos terminado?

—Aquí no hay nada, ya te lo he dicho —gritó mientras bajaba el primer escalón del rellano.

María miró con cara de resignación.

—¿Tú también crees lo mismo?, ¿que aquí no hay nada?

—No lo sé, tampoco me ha dejado tiempo a mirar nada —dijo Jesús—. Vete tú con ella, y ahora bajo yo. Tengo que echarle un ojo más despacio.

—Vale, pero puede que tenga razón. Ya ha estado la científica, y si hay algo que nos sea útil, nos lo dirán.

—Ya, estoy de acuerdo contigo, pero lo que nosotros buscamos no son el mismo tipo de pistas que ellos. —Asintió con la cabeza—. Por eso Manuela quería que vinierais vosotras, por si veías algún símbolo o algo del estilo.

—Voy a echar un último vistazo en la habitación. Si hubiera algo que fuera más personal, lo guardaría ahí.

—Vale, yo lo haré por el resto. Rebusca donde consideres. No importa que no lo dejemos como está si conseguimos una pista.

Revisaron durante varios minutos sin encontrar nada que les pudiera servir como pista. Cerraron la puerta con llave y bajaron a buscar a Clara. Ninguno de los dos quiso dar por supuesto que estaría esperando en un bar cercano.

—¿La llamo?

—Sí, a ver dónde está —dijo el policía con voz cansada.

Cogió el móvil, que llevaba en el bolsillo, y llamó.

—¿Dónde estás?

—En el bar de enfrente. Ahora mismo os estoy viendo.

María miró con atención los alrededores y vio a Clara saludándolos eufóricamente a través de los ventanales de un bar cercano.

—Ya te veo, vamos para allá.

Clara colgó sin decir nada.

—Hay costumbres que no se pierden —dijo despegándose el móvil de la oreja y con una sonrisa.

Los comportamientos extravagantes de Clara no dejaban de hacerla sonreír. A otras personas les incomodaban o no la soportaban, pero a María le hacía gracia el no saber cómo iba a reaccionar. Siempre te sorprendía con una palabra o un comportamiento fuera de lo común.

La historiadora estaba sentada mirando hacia la puerta con una sonrisa de satisfacción.

—¿No habéis encontrado nada? —Negaron con la cabeza—. Ya lo sabía.

—¿Por qué estás tan contenta? ¿Qué has pedido?, ¿patatas fritas? —preguntó Jesús y se sentó a su lado.

—Ya sé lo que quería decirnos Teo. —Se aplaudió a sí misma dando pequeños saltitos en la silla—. No sé cómo no lo hemos visto antes. —Se golpeó en la cabeza con la mano.

—¿Qué nos quería decir? —María se sentó enfrente de su amiga y notó cómo el pulso se le aceleraba.

—¿Qué quiere decir el cuadro Sator? —le preguntó a su amiga.

—El labrador Arepo… —dijo María sin terminar la frase.

—Repite eso —interrumpió Clara, que estaba visiblemente nerviosa.

—El labrador…

—Ya, ya, solo era eso —volvió a cortar.

Jesús había colocado los brazos cruzados en la mesa y miraba a su novia sin comprender nada de lo que decía o hacía.

—No te entien… —María dejó de hablar y las comisuras de sus labios dibujaron una sonrisa en su rostro al darse cuenta de lo que quería decir Clara.

—Ajá —confirmó Clara, emocionada.

Jesús se echó hacia atrás en la silla y suspiró profundamente para coger fuerzas y ser paciente con ellas.

—Vosotras sin prisa, cuando veáis que es el momento de decírmelo, me avisáis —masculló en voz baja.

—¿Puede ser ahora? Si quieres —añadió Clara, sin entender la ironía de su novio.

—Pues sí, estaría bien. Ahora tengo tiempo.

Clara miró a María y esta suspiró al ver que no se había enterado de nada.

—¡Que se lo digas! —exclamó María.

—¡Ah, vale! Lo que Teo nos quería decir con el cuadro Sator es la parábola del labrador. Es una de muchas teorías que se han hecho acerca de su significado.

—Vale, pero ¿qué quiere decir? No tengo ni idea de lo que me estáis hablando.

—Es una de las parábolas de Jesús, en la que narra cómo un sembrador esparce semillas y, dependiendo de donde caen, se convierte en fruto o no —sintetizó Clara.

—Vale. ¿Y por qué crees que tiene que ver con el caso?

—Pues eso todavía no lo sé muy bien. Pero —hizo especial énfasis en la palabra— es una de las parábolas que se encuentran en tres de los evangelios sinópticos de Mateo, Marcos y Lucas.

—¿Lo dices por la M-98?

—Exacto, tiene sentido.

—Si fuera el versículo 98, sí, pero así, no lo veo del todo claro. Además, ¿qué es eso de «sinóptico»?

—Se dice, a tres de los cuatro evangelios, canónicos, en razón de su afinidad y de sus semejanzas en cuanto al orden de la narración y al contenido —explicó Clara, que lo estaba leyendo en internet.

—Vale, ¿y canónicos?

—Son los libros que ha aceptado la Iglesia Cristiana en general. Los que no son aceptados son los llamados apócrifos.

—Ah, vale. Para que yo me entere, según tú, como una de las traducciones del cuadro Sator dice algo de un labrador, lo has relacionado con esa parábola del labrador porque además está en dos de los evangelios que empiezan por M, ¿es eso?, ¿o me estoy confundiendo con la lógica que has usado?

—No, es eso, pero según lo has contado parece que no estoy bien de la chota, y en mi cabeza tenía mucho sentido.

—No sé, Clara, puede ser, yo no digo que no, pero vamos a darle otra vuelta por si se nos ocurre otra cosa, ¿te parece?

—Vale, pero es eso. Y si no es eso exactamente, lo que quería decir Teo va encaminado por ahí.

María se quedó mirándola fijamente, pero sin verla. Estaba pensando en lo que había unido Clara y podía tener sentido, pero había algo que la escamaba. El asesinato de Iria la había descuadrado. Esa muerte no parecía tener sentido, pero obviamente debía tenerlo para quien lo hiciera.

—No es que me las quiera dar de listilla, pero siempre tengo razón.

Jesús soltó una carcajada y su novia le miró al instante. Al policía se le cortó la risa al momento.

—Clarita, siempre, siempre, es demasiado decir hasta para ti, ¿no te parece?

—Bueno, es verdad, siempre hay un margen de error. Entonces tengo razón casi siempre. —Asintió solo una vez de manera convincente.

María quería irse de allí para hablar con Manuela. Podía pasar que, si Clara exponía lo que les había dicho, entre todos llegaran a una teoría más convincente e incluso que los llevara a dar sentido al número 98.

—Venga, vámonos. —Se levantó María con ímpetu.

—¿Ya? Espérate, que no hemos tomado ni un café —se quejó Jesús.

—Sí, eso, y yo no he terminado con las patatas.

—Pero no podemos perder tiempo, puede que maten a otra persona por el mismo motivo que

a Iria, y nosotros aquí sin hacer nada —dijo asqueada.

—¡Oye! No estarás haciendo nada tú, yo ya he descifrado la primera pista —matizó Clara.

—¿Y el 98? Debe de tener un significado. Si no, ¿para qué lo iba a poner en la carta que dejó a mi nombre? —Alzó la voz malhumorada.

Clara comenzó a ponerse roja del enfado que le estaba provocando María, no quería explotar, pero al final no se pudo contener más. La mano de Jesús tocándole la pierna por debajo de la mesa para que se calmara, no funcionó en absoluto.

—Si tú no te emborracharas todas las noches, a lo mejor te acordarías de lo que te dijo tu amigo y no estaríamos aquí dando palos de ciego, ¿no te parece? —Clara se levantó y se fue.

Capítulo 24

Con el espectáculo bochornoso en la cafetería, ninguno de los tres dijo ni una palabra hasta que llegaron a comisaría. Manuela estaba en su mesa y Carlos en el despacho. Raúl, al verlos, fue hacia ellos con una sonrisa, pero Jesús, que iba el último, le hizo una señal para que abortara cualquier gesto de felicidad.

Dejaron que las dos fueran directas al despacho de Carlos que, con solo alzar la vista, supo que se habían enfadado.

Manuela y Raúl se acercaron a Jesús.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la inspectora.

—¡Vaya mañana! A mí no me vuelvas a mandar con las dos, que están que trinan y al final me quedo en medio —Suspiró—, para variar.

—Parece que esta vez sí que ha sido una bronca monumental —añadió Raúl.

—No te puedes hacer una idea.

Jesús, para evitar posibles meteduras de pata que echaran más leña al fuego, les contó de manera sintetizada y a través de susurros lo que había ocurrido. Carlos los vio desde lejos y se imaginó que les estaba contando lo que había pasado, así que tenía tiempo para hablar con ellas. No había llegado a ser comisario de la nada. Tenía una gran perspicacia para enfados de esa magnitud, y además conocía a las dos perfectamente.

—Bueno, bueno, parece que Pili y Mili se han vuelto a enfadar. —Carraspeó y zanjó lo que estaba haciendo en el ordenador. Soltó el ratón y las miró a los ojos.

Ninguna de ellas se miraba. Cada una miraba al lado contrario de brazos cruzados.

Carlos colocó los brazos al borde de la mesa y echó el cuerpo hacia delante para que sus palabras sonaran con la autoridad que necesitaba para abordar una situación tan espinosa.

—Lo he estado pensando mucho, la verdad. Le he dado vueltas durante los días que lleva este caso con nosotros. —Hizo una pausa para darle intensidad a lo que iba a decir—. En un equipo como el nuestro, se necesita una profesionalidad que vosotras no tenéis, y menos sabéis lo que significa el término «trabajar en grupo». Por este motivo, he tomado la decisión por vosotras y sin comprometer a Manuela, que es la inspectora. Mi trabajo es que mi equipo esté en condiciones óptimas para resolver los casos, y con vosotras juntas es imposible.

—¿Qué es lo que quieres decir? —dijo con un tono de impasividad.

—Como no es factible que trabajéis juntas, decidid entre vosotras, quién se queda y quién se va —zanjó, y volvió a mirar a la pantalla del ordenador.

Rápidamente, ambas se miraron sorprendidas por las palabras contundentes del comisario.

—¿Es una broma? —preguntó María, que se había echado hacia delante en la silla y agarraba los reposabrazos.

—No, ¿por qué iba a ser una broma? —dijo serio—. Este equipo es de investigación criminal, no para hacer de niñeras. Si no sois capaces de comportaros y trabajar juntas sin montar un espectáculo, es porque no podéis estar juntas. Así de simple.

—Eso es un error, no sé quién le ha contado algo parecido, pero sí que sabemos trabajar juntas, ¿a qué sí, Clara?

—Siempre he pensado que sí, incluso que erais amigas, pero este espectáculo no lo puedo consentir. Sois asesoras de la Policía en un caso de asesinato, esto no es el patio del colegio. Lo que os estoy diciendo ahora vale para cualquier situación. A los policías no los puedo despedir, pero a vosotras sí. —Las volvió a mirar durante un segundo para darle empaque al discurso y, acto seguido, a la pantalla del ordenador de nuevo.

—Ha sido una tontería. No volverá a ocurrir —dijo Clara, para quien la frase que acababa de decir era una disculpa.

—Eso espero. Entonces ¿seguimos como siempre? —preguntó Carlos sin mirarlas.

—Sí, perdonad.

—De acuerdo, pero a mí no me tenéis que pedir disculpas. Creo que se las debéis al guaperas de fuera, que os lleva aguantando de manera estoica un par de días insufribles.

Asintieron y se sonrieron.

—Entonces, que vengan y nos contáis cual es la hipótesis que ha hecho que os enfadéis, ¿vale?

—¿Cómo sabes que ha sido por eso?, ¿te lo ha dicho Jesús? —preguntó Clara atónita.

—No, pero por la cara seria, el rictus rígido y la postura tensa, más vosotras directas al despacho sin hablaros… No hacía falta ser muy listo para saber que el *show* estaba servido.

—Ah —llegó a decir Clara, sin saber por qué Carlos era tan espabilado para esas cosas y ella no.

—Vamos, que no quiero más retrasos. Llamadlos y nos sentamos para darle una vuelta a la locura que se os ha ocurrido.

Clara tardó un segundo en levantarse para llamarlos y empezar a trabajar. Jesús entró el primero y, tanto María como su novia, le pidieron perdón públicamente. Se arrepentían de lo que había ocurrido los últimos días, pero a veces la presión gana a los modales y a la educación, y eso era lo que le había pasado a las dos.

Se sentaron y, después de cerrar la puerta, Clara les contó la hipótesis de «la parábola del labrador o sembrador».

—¿La palabra labrador, sembrador o granjero, es lo mismo en esta parábola? —quiso saber Manuela.

—Sí, eso es. Para las interpretaciones, se utilizan como sinónimos. Por eso la relacionan con esa parábola. Ya os dije, cuando os expliqué el significado del cuadro, las traducciones de cada palabra.

—Tienes razón —confirmó Raúl con la mano en la barbilla, pensando en lo que habían dicho sus compañeras.

—¿Alguna idea que apoye aún más esta teoría? —preguntó Carlos a todos.

Jesús y Raúl negaron.

—Yo tengo una pregunta. ¿Cuáles son los capítulos o versículos de la parábola? —Manuela se había quedado petrificada por la teoría de Clara. Le daba buena espina, tenía sentido, pero algo no terminaba de encajar y no sabía qué podía ser.

—Espera, que lo miro. No me los sé de memoria. —Clara desbloqueó el móvil y buscó. El tiempo que estuvo sola en el bar había estado leyendo la parábola y apuntó los versículos a los que hacía referencia—. Os digo, son: Mateo 13: 2-9, Marcos 4: 1-9 y Lucas 8: 4-8.

—Vale, perfecto —confirmó Manuela mientras apuntaba en el cuaderno—. Ahora quiero que nos los leas en alto.

—Buena idea, así encontramos alguna interpretación que encaje. Nunca se sabe —añadió Carlos.

—Es verdad —apoyó la idea Raúl mientras Jesús asentía.

Clara volvió los ojos al móvil para buscarlas y leerlas en alto.

—Voy, dadme unos segundos.

—¿Lucas 8:4-8 lo descartamos porque el nombre no empieza por M? —preguntó Raúl.

—No, las tres, por si acaso —respondió Manuela, con el cuello torcido, mirando a su compañero.

—Vale.

—Unos segunditos más —apuraba Clara, sin dejar de mover los dedos por el móvil.

—Si sumamos todos los números tampoco da como resultado el 98. —Suspiró Jesús, que seguía buscando de dónde podría haber salido ese número.

—Ya —gruñó Manuela, que tampoco le había encontrado lógica al dichoso número.

—¡Lo tengo! Empiezo a leer. Estad atentos. Primero el de Mateo:

»*Salió el sembrador a sembrar. Y al echar la semilla, parte cayó junto al camino y vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra y brotó pronto, por no ser hondo el suelo; pero al salir el sol, se agotó y se secó porque no tenía raíz. Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la ahogaron. Otra, en cambio, cayó en buena tierra y comenzó a dar fruto, una parte el ciento, otra el sesenta y otra el treinta. El que tenga oídos, que oiga. Los discípulos se acercaron a decirle: —¿Por qué les hablas con parábolas?*

»Escuchad, pues, vosotros la parábola del sembrador. A todo el que oye la palabra del Reino y no entiende, viene el Maligno y arrebata lo sembrado en su corazón: esto es lo sembrado junto al camino. Lo sembrado sobre terreno pedregoso es el que oye la palabra, y al momento la recibe con alegría; pero no tiene en sí raíz, sino que es inconstante y, al venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, enseguida tropieza y cae. Lo sembrado entre espinos es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y queda estéril. Y lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y fructifica y produce el ciento, o el sesenta, o el treinta.

—Vale. La esencia está entendida, ¿no? —preguntó curioso Carlos.

Asintieron con la mirada atenta y la mente funcionando.

—Ahora leo el siguiente. Marcos:

»*Escuchad: salió el sembrador a sembrar. Y ocurrió que, al echar la semilla, parte cayó junto al camino, y vinieron los pájaros y se la comieron. Parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra, y brotó pronto, por no ser hondo el suelo; pero cuando salió el sol se agotó, y se secó porque no tenía raíz. Otra parte cayó entre espinos; crecieron los espinos y la ahogaron, y no dio fruto. Y otra cayó en tierra buena, y comenzó a dar fruto: crecía y se desarrollaba; y producía el treinta por uno, el sesenta por uno y el ciento por uno. Y decía: —El que tenga oídos para oír, que oiga. Y cuando se quedó solo, los que le acompañaban junto con los doce le preguntaron por el significado de las parábolas. Y les decía: —A vosotros se os ha concedido el misterio del Reino de Dios; en cambio, a los de fuera todo les llega con parábolas, de modo que los que miran miren y no vean, y los que oyen oigan pero no entiendan, no sea que se conviertan y se les perdone. Y les dice: —¿No entendéis esta parábola? ¿Y cómo podréis entender las demás parábolas? El que siembra, siembra la palabra. Los que están junto al camino donde se siembra la palabra son aquellos que, en cuanto la oyen, al instante viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Los que reciben la semilla sobre terreno pedregoso son aquellos que, cuando oyen la palabra, al momento la reciben con alegría, pero no tienen en sí raíz, sino que son inconstantes; y después, al venir una tribulación o persecución por causa de la palabra, enseguida tropiezan y caen. Hay otros que reciben la semilla entre espinos: son aquellos que han oído la palabra, pero las preocupaciones de este mundo, la seducción de las riquezas y los apetitos de las demás cosas les asedian, ahogan la palabra y queda estéril. Y los que han recibido la semilla sobre la tierra buena son aquellos que oyen la palabra, la reciben y dan fruto: el treinta por uno, el sesenta por uno y el ciento por uno.* —Terminó de leer y miró a sus compañeros para escuchar las opiniones.

—Es lo mismo, pero dicho de otra manera, ¿no? —intervino Raúl.

—Sí, es lo mismo —dijo Jesús, mirando a su amigo.

—Es que los tres dicen lo mismo, puede que en la manera de contarlo se encuentre la pista que tan claramente Teo vio, y nosotros no —prosiguió María.

—Puede que nos estemos confundiendo y no vaya por ahí la cosa —Manuela utilizó un tono de decepción. La ansiedad de no encontrar lo que Teo quería decir le estaba minando la moral.

—No, estoy segura de que es la parábola del sembrador. Es la única que concuerda con el cuadro Sator. La palabra tiene distintos significados como sembrador, labrador o granjero, pero

si los estudiosos del cristianismo la relacionan con esta parábola, será por algo. No creo que nosotros seamos más listos que ellos —explicó asqueada por las dudas del equipo. La historiadora estaba convencida de que iban por el buen camino.

—No vamos a distraernos, terminemos con las parábolas.

—Eso, los que tengan oídos, que oigan —terminó de decir Jesús, metido en el papel de las parábolas.

—Mira que eres tonto —dijo María

—Lo sé, pero es que esa frase me gusta y Jesús la utilizaba mucho, como somos tocayos le hago honor al decirla —explicó Jesús, orgulloso de su nombre.

—Clara, lee la última de Lucas, que a tu novio se le está yendo la cabeza —ordenó Carlos.

—Vale. Ahí va:

» *Reuniéndose una gran muchedumbre, que de todas las ciudades acudía a él, dijo esta parábola: —Salió el sembrador a sembrar su semilla; y al echar la semilla, parte cayó junto al camino, y fue pisoteada y se la comieron las aves del cielo. Parte cayó sobre piedras, y cuando nació se secó por falta de humedad. Otra parte cayó en medio de las espinas, y habiendo crecido con ella, las espinas la ahogaron. Y otra cayó en la tierra buena, y cuando nació dio fruto al ciento por uno. Dicho esto, exclamó: —El que tenga oídos para oír, que oiga. Entonces sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. Él les dijo: —A vosotros se os ha concedido el conocer los misterios del Reino de Dios, pero a los demás, solo a través de parábolas, de modo que viendo no vean y oyendo no entiendan.» El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios. Los que están junto al camino son aquellos que han oído; pero viene luego el diablo y se lleva la palabra de su corazón, no sea que creyendo se salven. Los que están sobre piedras son aquellos que, cuando oyen, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; estos creen durante algún tiempo, pero a la hora de la tentación se vuelven atrás. Lo que cayó entre espinos son los que oyeron, pero en su caminar se ahogan a causa de las preocupaciones, riquezas y placeres de la vida y no llegan a dar fruto. Y lo que cayó en tierra buena son los que oyen la palabra con un corazón bueno y generoso, la conservan y dan fruto mediante la perseverancia.*

—Gracias, Clara. Después de la lectura de la parábola, ¿alguna idea de qué hacer ahora? —preguntó Carlos.

Capítulo 25

Susana era muchas cosas, pero lo que más destacaba de ella era que le gustaba el dinero. Tenía una oportunidad sin igual entre manos y, si todo salía como había planeado, conseguiría un contrato que le haría ganar mucho dinero.

Se había puesto en contacto con los padres de Teo para poder quedar. Ellos pensaban que, al ser la dueña de la galería, iba personalmente a darles el pésame por el asesinato de su hijo, pero Susana tenía otros planes. Odiaba a la gente como Rafaela y José. No era el tipo de personas con las que se encontraba cómoda. Teo le había hablado alguna vez de ellos, y tenía una idea preconcebida de lo que se iba a encontrar. No estaba segura de si la descripción de Teo acerca de sus padres se acercaría a la realidad, pero lo iba a descubrir pronto. Esperaba que le firmaran un contrato estándar, eso les diría a ellos, para vender las obras de su hijo. Lo había pensado mucho, y de estándar tenía poco. Era un negocio redondo. Ganaría mucho dinero si los padres entraban por el aro y lo firmaban.

La empresaria había pensado hasta el último detalle. Se había puesto el atuendo más cochambroso que había encontrado en su vestidor. Tenían que verla como una persona cercana. Sabía cómo mimetizarse en cualquiera de los ambientes que se le presentaran. Venir de una familia acaudalada no solo te da dinero y posición social, también un *saber estar* con los distintos tipos de personas. Al menos es lo que le habían enseñado sus padres. Se bajó del coche y miró los alrededores. Al ver aquellos adornos *kitsch*, se echó las manos a la cabeza. La casa era el culmen del mal gusto. Ahora se alegraba de haberse puesto unas zapatillas deportivas y unos vaqueros. Su estilo de chica con poder no hubiera sido bien recibido por los anfitriones.

Echó un último vistazo al terreno de la casa antes de llamar. Cogió aire para hacer el papel de su vida. No se había tomado tantas molestias para nada. Se estiró la ropa y con la sonrisa más apacible y triste que tenía en su repertorio se colocó delante de la puerta.

«¡Por Dios, no tienen ni timbre!».

Hizo de tripas corazón y llamó con los nudillos. Escuchó pasos en el interior.

«¡Vamos, Susana!», se animó a sí misma.

El ruido de los pasos se acercó y la puerta se abrió.

—Hola, Susana —saludó Rafaela y le dio un abrazo.

—Hola, Rafaela —dijo una voz repleta de pena—. ¿Qué tal estáis?

—Pasa, mujer, pasa. —Se apartó de la puerta y la invitó a entrar con un gesto de la mano.

Susana miró el interior y sintió que los ojos le ardían al ver el más puro estilo *kitsch* por todas partes.

—¡Qué casa más bonita! ¿Lo has hecho todo tú? Ahora entiendo de dónde le viene a tu hijo

la vena artística. —Sonrió.

—Sí, muchas gracias. ¿Teo no te dijo nunca que me encanta hacer cosas con las manos? Reciclo botellas, ramas, piedras, o incluso cosas que la gente tira en la calle, y hago adornos. —Movía las manos por la emoción debido al halago de una persona como ella—. Pero, bueno, Teo era mejor que yo en todo. Siempre pintó de una manera excepcional.

—Es cierto. —Le acarició el brazo—. ¿Estáis bien?

—Siéntate, voy a por café, ¿te apetece? José vendrá ahora. Ha ido a comprar unas pastas riquísimas que hacen en la pastelería del pueblo, te van a encantar.

—No hacía falta, pero te lo agradezco. —Se sentó sin quitar ojo a los horribles adornos reciclados que había por todas partes.

La casa estaba sobrecargada y los colores tan llamativos hacían que adquiriera un ambiente de acumulación sin sentido. Para Susana, una casa que no estuviera sobrecargada tenía más estilo que una con cachivaches en cada rincón. Cuando Rafaela se dio la vuelta, Susana respiró profundamente.

—¿Ya sabéis cuándo es el entierro?

—No, tenemos que esperar. Le han hecho la autopsia, pero no sale nada en sangre de ningún veneno. Aunque la Policía está convencida de que ha sido un asesinato —explicó colocando tazas de millones de colores en una bandeja fucsia que hacía juego con la diadema de pañuelo que llevaba en el pelo.

—¡No me digas! ¿No han encontrado nada en sangre? ¡Qué raro! ¿Y qué les hace pensar que ha sido asesinado?

—María está convencida de que así fue.

—María se mete donde no le llaman. Desde el asesinato de su marido, ve crímenes por todas partes —explicó, sin un ápice de compasión en sus palabras.

—Pobrecita. A nosotros nos dio mucha pena cuando ocurrió, la conocemos desde hace tiempo. Era muy amiga de Teo. Sin embargo, de ti nos sorprendió mucho tu llamada. Nunca nos llegamos a conocer.

—Lo sé. Teo y yo también éramos amigos, pero de otra forma. Como te diría —pensó la palabra—, más profesional. —Sonrió ampliamente.

Susana estaba deseando salir de allí con el contrato firmado. Necesitaba la firma de los dos para ponerse a vender los cuadros de Teo con urgencia. El mercado de obras de arte fluctúa rápido y, si no se daba prisa, la fiebre de los compradores por Teo pasaría sin pena ni gloria. Pondría el plan en marcha en cuanto tuviera las firmas estampadas en el folio.

Se escuchó el ruido de una llave en la puerta y se abrió. Susana se levantó educadamente. Era José.

—Hola, soy Susana. —Extendió la mano—. Le acompañó en el sentimiento. —Sus palabras sonaron sinceras.

—Gracias por venir a vernos, eres muy amable.

José colocó el paquete que llevaba en las manos en la mesa del centro y lo abrió. Miró seguidamente a Susana con un brillo de una felicidad fugaz.

—Te van a encantar, están buenísimas. Estas —Señaló una de las pastas— son las mejores.

Rafaela llegó con los cafés y los colocó al lado.

—Está muy buena —dijo Susana al comer la que le había indicado.

—Te lo dije. —Sonrió y miró a su mujer.

Rafaela se sentó junto a su marido.

—Dime, Susana, ¿cuál es el motivo real de tu visita? —Se interesó Rafaela sin rodeos—. Te podemos parecer unos idiotas, pero te puedo asegurar que no lo somos.

—Tranquila, suponemos que has venido a hablarnos de qué hacer con las pinturas de Teo, ¿no?

—Sí, pero también quería veros para comprobar qué estabais bien —aclaró Susana, rápidamente.

—Después de tu llamada, mi mujer y yo estuvimos hablando. Tenemos la duda de cuántas pinturas de nuestro hijo tienes sin vender. Sabemos que se llevaba bien contigo y eras de su confianza —matizó José.

—No las he contado, pero unas decenas, seguro. Yo quería a vuestro hijo, éramos amigos, no los mejores amigos, pero teníamos una relación especial. Ese era el motivo de que en mi galería hubiera tantas obras suyas. Sabía que se podían vender. —Tragó saliva después del discurso.

—Lo sabemos. ¿Qué necesitas para venderlas?

—Que me firmen un contrato para ponerlas a la venta, ahora que no está Teo. Suelo llevar uno en la cartera, ya saben que soy empresaria y siempre voy preparada. Nunca se sabe dónde puede estar un futuro negocio. —Comenzó a buscar en el bolso.

Sacó una carpeta de plástico transparente donde se veía el título del primer folio. Con la intención de que su mentira sonara real, había dejado los huecos pertinentes al nombre del artista. Tendrían que rellenarlos manualmente y firmarlos en cada uno de los folios.

—Teo los iba a vender, pero ahora, con su muerte, los derechos de los cuadros son vuestros y si no tengo el papel firmado, los tengo que retirar. Por eso quería venir a darles el pésame de manera personal. —Cogió la taza y dio un sorbo sin dejar de mirar a los padres.

—De acuerdo, supongo que son las mismas condiciones que tenías con Teo.

—Por supuesto —mintió.

—¿Crees que se venderán rápido?

—No lo sé, pero no perdemos nada por intentarlo.

—Nos genera la duda el saber si era tan conocido como para que se vendan a un alto precio.

Un amigo nuestro nos ha comentado que ahora todo lo que lleve su nombre costaría más dinero, si es verdad que ha sido asesinado —dijo el padre con una voz lastimera y reprimiendo el llanto.

—Sí, es verdad.

—Ya, pero Teo no es famoso y no se sabe nada del asesinato. No es como si saliera en las noticias o fuera un asesinato mediático, ¿no?

—Tiene razón, pero tengo la corazonada de que pronto saldrá en las noticias y se podrán vender los cuadros más caros de lo que se vendieron cuando estaba vivo —explicó la empresaria con el mayor tiento posible.

Los ojos hambrientos de Susana observaban cómo los padres escribían los nombres en el contrato. No quería estropear aquel momento hasta que terminaran de firmarlo, así que esperó en silencio hasta que las rúbricas estuvieran listas. El corazón bombeaba deprisa por la adrenalina del momento. Había conseguido un contrato millonario de aquellos pobres padres sin ellos saberlo.

—¿Ya está? Si necesitas algo más, solo tienes que pedírnoslo.

—No, en principio estaría todo. ¿Os parece bien que elija el precio de venta? Primero echaré un ojo al mercado para comprobar los precios.

—Lo que tú decidas, nos parece bien —afirmó Rafaela con la taza del café agarrada por las dos manos.

José asintió.

—Sabemos que a Teo le hacía mucha ilusión vender sus cuadros. Aunque ya no esté con nosotros, estaría feliz de que lo hiciéramos.

—Sí, siempre fue muy agradecido con sus compradores. Era buena persona, muy buena persona —repitió convencida.

—No sacarás mucho dinero, porque Teo no era popularmente conocido. Así que te agradecemos el esfuerzo que estás haciendo.

—Lo sé, pero lo hago en su memoria.

«Objetivo conseguido».

Miró el reloj.

—Todo estaba riquísimo, y me gustaría quedarme a hablar un rato más, pero debo atender otros asuntos.

—Tranquila, lo entendemos.

Se levantaron y Susana guardó el contrato en la carpeta. Le sudaban las manos por los nervios. Hasta que no saliera de allí, no se sentiría del todo segura de que no se iban a echar atrás o se lo quitaran de las manos.

Rafaela le dio un abrazo de nuevo y abrió la puerta.

—Gracias por venir —dijo José—. Tendremos que terminar nosotros las pastas, ya que te vas tan rápido.

—Lo siento —dijo con la mano libre en el corazón—, pero no puedo quedarme. Os llamaré en cuanto tenga organizada la exposición de las obras. Muchas gracias.

Susana hizo el camino hasta el coche con la alegría contenida de una niña pequeña. Estaba tan orgullosa de sí misma que no veía el momento de dar el siguiente paso. Se dio la vuelta antes de entrar en el vehículo y se despidió de los padres, una vez más, moviendo la mano y con una sonrisa comedida. Observó cómo entraban en casa. Colocó el móvil para que se pudiera oír por los altavoces del coche y llamó a la encargada del siguiente paso.

—Hola, Marta, soy yo. Ya puedes publicar todo lo que tengas acerca del asesinato.

—Hola, Susana. Perfecto, entrara en edición esta noche. Mañana estará en todos los medios de comunicación —afirmó con felicidad.

—Que no se te olvide resaltar lo del cuadro con las pistas y el misticismo del cuadro Sator, eso creará intriga y con ello subirán de precio el resto de los cuadros.

—Seguro que la gente querrá comprarlos para encontrar los mensajes secretos y los enigmas ocultos.

—Exacto —dijo Susana con una sonrisa en sus labios y frotándose las manos.

Capítulo 26

Los chicos habían quedado en la puerta del instituto. Cleo estaba preocupada y, durante el trayecto a la puerta, no dijo ni una palabra. David la miraba, pero no sabía qué hacer ni qué decirle para que se encontrara mejor. Sergio iba a un instituto distinto, pero quedar con sus amigos era más importante que asistir a clases. Para que ningún profesor los viera y llamaran a sus padres, quedaron en la esquina donde había varios bancos de madera, un poco más alejados y en una calle era peatonal, por lo que los profesores no los verían al entrar con los coches por la entrada principal.

Iñaki abrazaba a su hermana por los hombros cuando llegaron al lugar de encuentro. A medida que la veían acercarse, el llanto fue disminuyendo. Todos sabían lo que ocurría en el domicilio de los hermanos. Iñaki tenía la mandíbula apretada y el cuerpo tenso cuando miró a los ojos a Cleo y a David, que se encontraban sentados en el banco, esperándolos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Cleo corriendo hacia Alba.

—Tienes que aguantar un poco más, Iñaki —dijo David, dándole una palmada en la espalda.

—No creo que pueda. —Se sentó y apoyó los codos en las rodillas.

Alba le acarició el pelo y sonrió. Ambos empezaron a comunicarse con lengua de signos.

—¿Qué dice? —preguntó Cleo.

—Lo mismo que acaba de decir David. Que hay que aguantar, si no el plan se irá a la mierda.

—Tiene razón —afirmó Cleo.

—Lo sé, pero es difícil.

—Más difícil es para ella, y lo está haciendo.

—¿Dónde está el pelirrojo?

—No tardará en aparecer. Vive un poco lejos, vamos a darle unos minutos más.

—Deberíamos movernos de aquí —dijo David mirando hacia el instituto.

Iñaki miró el reloj.

—Ya van a cerrar las puertas.

—Voy a llamarle, a ver por dónde va —anunció Cleo con el móvil en la mano.

Entonces apareció por la esquina de la calle.

—Míralo, ahí está. —David se levantó del banco—. Vamos a un sitio más alejado, hay mucho que hacer.

—Tiene que ser hoy.

—No podemos hacerlo a la ligera, ya lo sabes.

Alba le hizo un gesto para que se calmara, con las palmas hacia abajo y una leve sonrisa. Iñaki se acercó a ella y la abrazó. Le cogió el brazo y le subió la sudadera. Entonces comenzó a llorar ante la mirada de impotencia de los demás.

—Esto no lo pienso pasar más. Va a ser hoy. —Se giró y miró a los demás—. Si estáis conmigo, genial, y si no, me da lo mismo. Mi hermana —Le tocó el brazo con suavidad— no va a sufrir ni una paliza más.

—De acuerdo. Tienes razón.

Sergio llegó, pero no dijo nada. Sabía lo que estaba pasando, aunque no lo hubiera escuchado.

Capítulo 27

Clara y Jesús llegaron cansados a casa. Había pasado un día más y no habían conseguido nada. Sin embargo, la noticia del asesinato en los medios de comunicación les había sumado una presión por parte de la cúspide, así que Carlos les estaba apremiando para que siguieran una línea de investigación.

—Ahora todo el mundo se ha puesto a buscar información sobre el cuadro Sator. Seguro que se ha hecho viral en las redes sociales —dijo Jesús al abrir el buzón.

—Seguro. —Le dio la razón a su novio, que se encontraba de espaldas.

Jesús se quedó quieto con las cartas y la publicidad en la mano. Clara era más baja y no podía ver qué era lo que estaba mirando. Le agarró del brazo y le movió hacia ella.

—¿Qué te pasa? —terminó de decir cuando los ojos de Jesús se clavaron en los de ella.

Le dio el papel.

—¿Qué significa esto? ¿Crees que será una broma?

—Creo que no —dijo con el papel en la mano—. Hay que llamar a María.

Clara sacó el móvil.

—¿Has llegado a casa?

—Sí, ¿qué pasa? —Su voz sonó preocupada.

—¿Has mirado el buzón?

—¿Qué? —dijo, sorprendida por la pregunta.

—María, espabila, mira el buzón. ¡Ya! —Alzó la voz sin darse cuenta.

Clara puso el altavoz para que Jesús también lo escuchara. Los pasos de María se oían rápidos, uno seguido de otro. Corría preocupada por la orden tan brusca que le había dado.

—Ya está. ¿Qué pasa?

—Mira bien entre lo que sea que tengas en el buzón —dijo Jesús, intentando mantener la calma, sin ni siquiera haber dado un paso.

Clara movía el peso del cuerpo de una pierna a otra mientras sostenía el teléfono como si se fuera a comer una tostada.

—¡Pero que…! ¿Vosotros también habéis recibido el cuadro Sator con las letras oscuras que nos enseñó Maika? —Se escuchó cómo tragaba saliva.

—Sí.

—¿Qué significa? No lo entiendo, si Teo está muerto.

—Pues parece que su asesino nos está vacilando —elucubró Jesús, enfadado.

—Llama a Manuela. Esto no puede ser. Hay que saber si lo hemos recibido todos.

—Cierto, también tenemos que comprobar las cámaras cercanas a los domicilios, puede ser que salga la misma persona en los accesos.

—¡Qué buena idea, novio! —Le dio un beso.

—¿Crees que es una amenaza? —preguntó María sin dejar de mirar el papel.

—Vete tú a saber.

—A lo mejor significa, siguiendo la parábola del sembrador, que somos las semillas que no crecen y por eso nos quiere matar, ¿no?

—Eso ahora da igual. Llama a Manuela, Raúl y Carlos.

—María, vente para nuestra casa, no deberías estar sola.

—Vale, ya voy. Primero voy a coger algo de ropa.

—De acuerdo, pero date prisa.

Manuela había recibido en su domicilio el cuadro Sator. A Raúl y Carlos no les había llegado nada. Sin embargo, sí había llegado uno a comisaría. Exactamente el mismo que al resto del equipo.

Clara y Jesús esperarían a que llegaran todos. Carlos dio orden de que fueran a casa de la pareja. No le pareció buena idea volver a comisaría. Podían estar siendo vigilados por la persona que dejó el cuadro mágico. Aunque tampoco descartaba que el domicilio de ellos, no lo estuviera. Que salieran las pruebas y un homenaje a Teo en la televisión, le había desubicado. El comisario estaba perdido y no sabía qué decisiones tomar. Quien estuviera detrás de los crímenes debía estar intentando meter miedo al equipo para que abandonaran el caso. Pero con la noticia y los programas especiales que se estaban sucediendo en la televisión acerca del significado del cuadro, se estaba suscitando una gran atención. Los expertos en el tema se estaban llenando los bolsillos y aumentando la fama gracias al asesinato de Teo y a la pista que dejó en el cuadro.

María no había tardado en llegar, al igual que los chicos. Manuela estaba impertérrita ante lo que había pasado. Era una mujer fuerte y segura que no temía a nada, pero primero debía dejar a su hija en un sitio seguro antes de marcharse sin saber cuándo volvería a descansar a casa. No empezarían la reunión improvisada hasta que Manuela llegara, pero era imposible no hablar de un tema que preocupaba tanto a los presentes.

Ninguno estaba seguro de lo que aquello significaba, ni tampoco de quién lo había mandado. Podía ser cualquiera que supieran quiénes eran y le gustara hacer bromas. Que el caso se hubiera hecho público solo les traería problemas.

Carlos se movía por el salón con los brazos atrás. Estaba muy nervioso. Aquel papel en los buzones podía ser una amenaza. Jesús y Manuela eran policías, pero les preocupaba seriamente

el peligro real al que estaban siendo sometidas, sin saberlo, Clara y María. Se le pasó por la cabeza apartarlas del caso, pero sabía que ninguna de las dos iba a ceder, así que desechó rápido la idea. María y Raúl le seguían con la mirada. Jesús y Clara cuchicheaban en la cocina. El ambiente se había enrarecido. María vio que Jesús la miraba un par de veces y luego regañaba a Clara. Sabía que hablaban de ella.

El teléfono de Carlos sonó, como era de costumbre, y se apartó a la habitación con el permiso de la historiadora. Era una llamada urgente, que debía contestar sin dilación.

—¿Son todos iguales?

—Sí, míralos tú misma. —Señaló María encima de la mesa donde se encontraban todos extendidos—. Siguen el mismo patrón que el del cuadro de Teo.

—Sí, las letras T O A S más oscuras.

—Pero ¿por qué? —dijo Clara, enfadada al no encontrar explicación.

María se encogió de hombros y Raúl la imitó acto seguido.

—Debemos encontrar el motivo.

—Ya, eso lo sabemos todos —dijo María—. Lo difícil es encontrarlo.

—Creo que nos estamos saltando alguna pista previa que nos dejó Teo.

—Eso no puede ser.

—¿Y por qué no puede ser?

—No sé, pero creo que debe de ser una pista que ya tenemos y no ubicamos.

—Esto no tiene sentido, no puede ser del asesino —dijo Clara mirando los papeles.

—¿Por qué no?

—Porque Teo ya lo dibujó en su cuadro. Tiene que ser algún amigo de Teo, o que supiera en qué andaba metido. —Miró a María.

—Ya estamos. —Echó la cabeza hacia atrás y miró el techo—. ¿Es eso lo que estabas hablando con Jesús? ¿Crees que lo he mandado yo?

—Él cree que no, pero es lo único que tendría sentido —resolvió Clara sin expresión en el rostro.

—Pues no, búscate otra teoría, porque esa ya te digo que no tiene ninguna lógica, aunque te empeñes en ella. Te repito, como te lo llevo diciendo varios días, que no sé nada y que no escondo nada.

—Ya —dijo Clara por lo bajo.

Sonó el timbre. Jesús se levantó del sofá y fue a abrir. Era Manuela.

«¿Será verdad la excusa de Manuela? Tampoco la conocemos de nada».

Capítulo 28

Los chicos fueron a casa de Cleo. Habían seguido el plan como se acordó en el primer momento. Judith ya se había ido a trabajar, pero sabían que no tenían mucho tiempo para terminar lo que habían empezado.

—Vamos, chicos, no tenemos tiempo que perder —dijo Cleo, abriendo el portal de su casa.

—Tiene razón. —David miró el reloj.

—Ahora, subid en silencio. No queremos que salga ninguna vecina cotilla que luego pueda testificar o algo parecido —explicó antes de que accedieran al portal.

Asintieron.

Subieron las escaleras en absoluto silencio. No querían cruzarse con nadie y por eso descartaron utilizar el ascensor. Ya se estaban jugando una coartada al faltar al instituto. Sin embargo, el plan lo requería y tendrían una mejor con el padre Roberto.

Entraron en la casa y se sentaron. Eran jóvenes para vivir una experiencia tan traumática, pero la que habían soportado durante años, era aún mayor. Nadie les había creído durante años y ahora habían decidido que, si ellos mismos no cambiaban su destino, nadie lo haría.

Las expresiones de los cinco eran tristes, pero a la vez tranquilas. Se habían convertido en una pequeña familia unida, y las penurias que vivían les había hecho reaccionar de tal manera que las decisiones que tomaron, jamás las comprenderían desde fuera. Tocaron a la puerta con una llamada secreta y Cleo se levantó rápido para ir a abrir.

—Es Iván.

—¡Menos mal! Me estaba poniendo de los nervios —dijo David.

—Nos queda lo peor, así que intenta tranquilizarte —añadió Sergio con su característica voz pausada y lenta.

—Lo sé. A veces creo que nos hemos equivocado en tomarnos la justicia por nuestra mano. —Iñaki se colocó las gafas que se le habían resbalado por la nariz.

—Eso ya da igual, está hecho. Es mejor que no os arrepintáis de algo que no podemos cambiar.

—Sí, tiene razón. Además, aún no hemos terminado, todavía no. —Iñaki no dejaba de mover las piernas, en las que apoyaba los codos.

David le miró y suspiró profundamente. Les quedaban muchas cosas por hacer y tenían poco tiempo. El asesinato de Teo e Iria les había hecho tomar medidas desesperadas que no estaban seguros de que no les delataran ante la Policía. Habían seguido los planes a grandes rasgos, pero los detalles habían sido decididos sobre la marcha. Eran jóvenes e inseguros y la ayuda de Iván

podría sacarles de un aprieto.

—Hola, chicos, ¿qué queréis hacer ahora?

—No lo sabemos, Iván. Pero tenemos miedo y queremos acabar con esto ya.

—Nosotros también. Nos hemos reunido en la iglesia, pero no estamos seguros de que termine como esperábamos.

—Lo sabemos —dijo Sergio—, es algo con lo que contábamos desde el principio.

—Sí, Iván, no te sientas culpable. Os agradecemos tanto que nos hayáis ayudado… —prosiguió Cleo entre lágrimas—. Habéis sido los únicos que nos habéis creído y apoyado. No le importábamos a nadie

—Lo sé. Pase lo que pase, estamos con vosotros, ¿vale?

Asintieron con lágrimas en los ojos. Adoraban a Iván.

—Venga, chicos, no hay que ponerse sentimentales ahora, no hay tiempo. Tendremos todo el tiempo del mundo cuando hayamos terminado.

—Por cierto, Iván, nos ha llegado por correo el cuadro Sator, ¿qué quiere decir? No nos habrán descubierto. —David sacó el papel y lo colocó encima de la mesa.

—Claro que no. A mí también me lo dio Teo. —Se levantó del sillón en el que estaba sentado y lo sacó de la parte de atrás del bolsillo.

—¿Teo? Pero a nosotros nos llegó cuando él ya estaba muerto —dijo Cleo, desconcertada.

—Lo sé, pero no tenéis que preocuparos por eso. Es un símbolo que os protegerá, ya lo veréis.

David y Cleo se miraron con cierto temor en los ojos.

—No entiendo nada…

—Hay cosas que es mejor que no entiendas. ¿Vosotros no lo habéis recibido? —Miró a los demás.

Iñaki y Sergio sacaron los suyos.

—Perfecto. Ahora seguro que nada saldrá mal. Tenemos una ayuda extra. —Les guiñó el ojo.

—Pero…

—Cleo, no tienes que entenderlo todo, ¿vale? Así está bien. Os hemos querido ayudar desde el principio y hemos tenido que tomar algunas medidas extraordinarias para que no os pase nada. Es lo único que tenéis que saber —zanjó Iván, con una sonrisa comprensiva.

—De acuerdo, como quieras. ¿Qué hacemos con el cuerpo entonces? —preguntó Cleo con impasividad.

—Eso es cosa mía. Vosotros ya no podéis implicaros más. No podemos permitir que os fastidiéis la vida, ¿vale?

—No, yo me siento culpable por nuestro error, y tenemos que terminar con esto. Si luego vamos a un centro de menores, espero que vayamos juntos. No me gustaría que nos separaran. —David dirigió la mirada al suelo e Iñaki, que estaba al lado traduciendo a su hermana, le dio una palmada en la pierna a su amigo.

—Tranquilo, nadie nos va a separar.

—No os pongáis sentimentales, por favor. No hay tiempo que perder. Además, seguramente nos están vigilando —advirtió Iván.

—¿A nosotros?

—Bueno, a vosotros no creo, la idea es centrar el foco en nosotros, para que estéis a salvo.

Alba comenzó a llorar y se levantó. Caminó hacia Iván y se arremango la camiseta para que viera su cuerpo lleno de moratones y heridas. El hombre no pudo sostener la mirada. Acto seguido se levantó la camiseta por la parte del estómago. Tenía más moratones y quemaduras. Alba se volvió a cubrir, con las mejillas repletas de lágrimas. Se sentó junto a su hermano, que la abrazó con todas sus fuerzas.

—Le voy a matar esta misma noche. David me ha conseguido una dosis como la que mató a Teo —anunció Iñaki con el rictus serio y repleto de ira.

—Por favor, hay que esperar. Debéis tener paciencia. —Iván aún se secaba las lágrimas, sin dejar de mirar a Alba.

—¡¿Tú aguantarías esto todas las noches de tu vida?! ¿Acaso no has visto las quemaduras? —gritó Iñaki.

Iván no contestó, sabía que tenía razón.

—Me encierra todas las noches para que no pueda hacer nada. Se ríe de mí cuando me saca de la habitación y me tira a mi hermana como si no fuera un ser humano. Lo siento, pero esto no va a volver a ocurrir. Esta noche, cuando venga a encerrarme, le inyectaré la jeringuilla y me quedaré mirando hasta que muera.

—¿Y tu madre lo sabe?

—Por favor, Iván, a mi madre le hace lo mismo que a Alba. Le tiene verdadero pánico. Denunciamos lo que pasaba en el instituto y nadie nos ha creído. ¿A quién van a creer?, ¿a unos adolescentes, o a un asistente social? Estamos luchando contra un muro que no podemos derribar. Son sus amigos y compañeros de trabajo los que tienen que tomar cartas en el asunto y no lo van hacer, es su superior.

—De acuerdo, ¿qué queréis que haga?

—Que protejas a mi madre y mi hermana. Esta noche le esperaré solo en casa y lo haré.

—¿Y luego? —preguntó Cleo.

—Luego haremos lo mismo otra vez. ¿Os parece bien?

Iván se acercó a la puerta para marcharse.

—Hazlo esta noche sin falta. Si vamos todos a la cárcel, por lo menos, que no pueda hacer daño a nadie más y vuestra madre esté a salvo.

—Es justicia, Iván. Nadie merece vivir lo que ellos han vivido.

Iván asintió una vez más con los ojos acuosos.

«Que Dios nos perdone».

Capítulo 29

La noche había sido poco fructífera, lo que hizo que el carácter de la historiadora se desbordara. No se le daba bien trabajar bajo presión y lo había dejado patente en varias ocasiones. Unas veces lo soportaba mejor que otras y había sabido sobrellevarlo, pero esta vez estaba siendo diferente. Las dudas y la inseguridad se cernían sobre ella. No había podido dormir bien cuando el equipo se fue de casa. Dio vueltas en la cama sin llegar a conciliar el sueño. Se levantó pronto y fue al baño. Observó con impotencia que tenía los ojos rojos y cansados. Los gatos la seguían donde iba y la miraban desde la distancia con los ojos felinos que tanto le gustaban. Debido a que habían pasado largas horas trabajando durante la madrugada, el comisario les ofreció la posibilidad de llegar al día siguiente más tarde, pero antes del mediodía, para poder seguir avanzando en el caso.

Miró a Jesús desde la puerta. Estaba roncando con la boca abierta. Cogió la ropa en silencio y se vistió. Quería estar sola y que el aire gélido de la mañana le diera en la cara. Necesitaba con urgencia desconectar de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. En ocasiones, vivir con tantos asesinatos alrededor era complicado de sobrellevar sin caer en la locura. Tenía un carácter infantil, el cual en pocas situaciones se colapsaba, pero ese día excepcional había llegado. Cerró la puerta con cuidado después de darle un beso a cada uno de los gatos. Ambos se restregaron por sus piernas. Con solo pisar la calle y sentir el frío en el cuerpo, se encontró mejor. Comenzó a andar por su querida Getafe, observando con cariño las calles, la gente y los edificios. Recordó la cantidad de años que llevaba allí y cómo le gustaba la localidad. Caminó sin rumbo y, cuando no se sentía observada, entrecerraba los ojos para pensar en las pistas que tenían. El paseo duró más de una hora hasta que el móvil comenzó a sonar. Lo tenía en el bolsillo del abrigo, pero agarrado con la mano. Últimamente no quería llevar el bolso si no era necesario, como en ese día.

—Hola, novio, ¿qué pasa?

—¿Dónde estás?

—Estoy dando una vuelta.

—¡Estás loca! Después de lo de ayer, te vas sola. —Jesús estaba enfadado, pero intentó calmarse para que Clara entrara en razón.

—Es un símbolo de protección. Llevo toda la noche pensando y es eso, estoy segura. Creo que nos estamos confundiendo en algún punto de la investigación. No estamos viendo la situación con una visión más amplia.

—Ya veo. El árbol no nos deja ver el bosque, ¿no?

—Exacto.

—Vale, ¿y qué has pensado?

Vio una churrería.

—Ahora voy. En quince minutos estoy en casa. No desayunes. —Colgó.

Jesús se quedó con el teléfono en la oreja y con el sonido de que Clara le había colgado de imprevisto sin dar ninguna explicación.

—Al menos esta vez me ha dicho que no desayune —murmuró con los ojos en blanco.

Los gatos le miraban desde la encimera de la cocina, a la que se habían subido y paseaban con sumo cuidado para no tirar nada.

Como había previsto, Clara llegó con el desayuno y una gran sonrisa.

Abrió la puerta y Jesús, junto a los dos gatos, fueron a recibirla. El agente ya se había duchado y acicalado para ir a la comisaría y seguir trabajando.

—¡Hola a todos! —saludó feliz.

Se acercó y le dio un beso para acto seguido agitar la bolsa con las porras y un pequeño bote lleno de chocolate.

El policía sonrió y meneó la cabeza. Recordó por qué estaba tan enamorado de ella. No solo le gustaba porque era inteligente, rara y divertida, también porque era totalmente impredecible y muy detallista.

Sacó el contenido de la bolsa. Eran las porras que tanto le gustaban a Jesús, pero que nunca compraba porque engordaban mucho. Llenó dos vasos con chocolate.

—Vamos —dijo con los vasos en la mano, y se sentó en el suelo para acercarse a la mesa baja del salón sin manchar nada.

—Voy —contestó feliz, con las porras en la mano.

—¿Estás agobiada?

—Sí, mucho. No le encuentro explicación, son pistas sin lógica aparente. —Hizo una pausa mirando los papeles de la noche anterior que había sobre la mesa—. Pero, obviamente, deben tener alguna.

—Cierto, pero seguro que vamos a encontrar esa conexión. —Comía con un brillo en los ojos al mojar las porras en el chocolate, que aún estaba caliente.

—Espero que no muera más gente antes de que arreglemos este entuerto. —Tomó una cucharada de chocolate mirando los papeles de la mesa.

—Seguro que sí. Este caso es un poco más complicado, pero no imposible. Si resolvimos el asesinato del marido de María, este no se nos puede resistir.

—Los masones pusieron todo de su parte porque se solucionara, pero este caso es diferente, porque los más cercanos a Teo nos ocultan la información.

—Puede que tengas razón, pero hay que seguir intentándolo. ¿Crees que María oculta algo?, ¿lo sigues pensando? —preguntó Jesús, incrédulo.

—No, la verdad es que no. Tiene un problema y va a caer en una depresión. Desde que

asesinaron a su marido, no se ha recuperado —dijo con pena en la voz.

—Tienes razón.

—Lo que me tiene preocupada es el envío indiscriminado del cuadro Sator. No sé, me parece raro, y más ahora que Teo está muerto. Sé que soy pesada, pero es que no lo llego a comprender —Hizo una pausa—, a darle una explicación lógica.

—Un momento, puede que ya tengamos las imágenes de las cámaras de seguridad de las casas y de la comisaría.

—Las de los domicilios, no creo.

—Bueno, pero las de la entrada de comisaría, sí.

—Y las de la puerta de casa de María, también.

Clara se comió lo que le quedaba de porra de un bocado y se limpió la grasa rápidamente con la servilleta. Se puso de rodillas para alzarse un poco y ver las pistas encima de la mesa. Las movió para colocarlas.

—¡¿Será posible que no lo hayamos visto?! —exclamó gritando.

—¿Qué no hayamos visto el qué? —El policía miraba sin comprender lo que ella veía y él no.

—¿No lo ves? —preguntó mirando el papel con el M-98 que les había dado tantos quebraderos de cabeza.

—No —confirmó, sin dejar de mirar las pruebas que Clara había movido.

—TOAS.

—Ay, Clara, ¡dilo ya! ¿No ves que no me entero de lo que dices?

—La M de aquí —Señaló el papel con el M-98—, va aquí. —Cogió uno de los cuadros de Sator.

—Haciendo la palabra: TOMAS.

—Exacto. Que es el único libro que habla de la parábola del sembrador que no está incluida en la Biblia.

Clara se levantó corriendo a por el móvil para buscar el versículo 98, y, a su vez, verificar si contenía la misma parábola que el libro de Marcos, Mateo y Lucas. Jesús le seguía con la mirada mientras se limpiaba las manos para no manchar nada.

—¡Confirmado! —gritó Clara al comprobarlo—. Es el único. Teo nos ha mandado en clave la referencia al libro de Tomás.

—Pero ¿eso qué quiere decir? —Jesús se levantó y fue hasta Clara, que seguía de pie buscando en el móvil.

Se tapó la boca a medida que iba leyendo.

—¿Qué pasa?

—El versículo 98 del libro apócrifo de Tomás es la parábola del asesino.

Capítulo 30

El equipo quedó en la comisaría para tener una reunión improvisada sobre el nuevo hallazgo de Clara. La historiadora estaba convencida de que había llegado a la deducción correcta, solo que la interpretación de la parábola le creaba confusión y dudas. No estaba segura de qué significaba aquella pista que Teo les había dejado, pero, sobre todo, la incógnita de quién les estaba haciendo llegar los cuadros de Sator la tenía conmocionada. Si Teo estaba muerto, tenía que ser alguien que hubiera designado para hacerlo. Cuando llamaron, Carlos estaba en su despacho, así que no tuvo que correr para llegar a la hora.

Clara contó, de la forma más detallada posible, cómo había llegado a la deducción y, por consiguiente, a la parábola. María la miraba perpleja y sin pestañear. Intentaba recordar sin mucho éxito lo que habló con Teo. Creía que en algún momento a lo largo de la investigación su memoria iría rescatando partes importantes de aquel día. Sin embargo, no había sido así y seguía igual de ciega que al principio. No podía ayudar a Clara con nada nuevo. Se sentía culpable por lo que estaba ocurriendo, pero, sobre todo, por la muerte de Iria, ya que Teo la advirtió sobre ello.

—¿Tienes la parábola del asesino? Creo que es mejor que la leas en voz alta —dijo Carlos, que estaba escuchando la exposición de Clara.

—Voy. Esta vez la tengo preparada.

Cogió el móvil y empezó a leer.

—El reino del Padre es como cierto hombre que quería matar a un hombre poderoso. En su propia casa sacó su espada y la clavó en la pared para saber si su mano podía atravesarla. Entonces mató al hombre poderoso.

—¿Has dicho que es de un evangelio no canónico?

—Sí.

—Vale. No tengo ni idea de qué quería decir Teo con esto. Solo era una curiosidad —matizó Manuela—. María, tú eres la única que conocía a Teo, ¿qué crees que nos quería decir?

—Lo que creo es que nos está diciendo que su asesino era alguien poderoso a quien quería matar.

—Ya, pero a quien mataron fue a él —explicó Jesús, confundido.

Clara se sentó para volver a leer la parábola de nuevo.

—Vuélvela a leer, por favor —indicó Manuela.

—No te está escuchando —dijo Jesús, que le dio un codazo a su novia para que estuviera atenta.

—¿Qué pasa?

—Por favor, léela otra vez. —Esta vez fue Carlos quien habló.

La leyó de nuevo en voz alta, con la mirada de todos puesta en ella.

—No sé, ¿crees que Teo mataría a alguien?

—Creo que cualquiera es capaz de matar en una situación determinada. Hay un momento en que la mente se nos nubla y, si acabar con esa persona significa acabar con el martirio, cualquiera lo haría —argumentó María.

—Estoy de acuerdo. —Suspiró Manuela—. ¿Es posible que le inyectaran el veneno y le diera tiempo a llegar a casa?

—Supongo que sí, a lo mejor fue un forcejeo, o la dosis que le pincharon no era la suficiente y tardó en morir, por lo que le dio tiempo a llegar a casa —respondió Carlos.

—No sabemos qué es lo que le inyectaron porque no aparece en sangre, pero está claro que le mataron —añadió Jesús.

Clara seguía leyendo en bucle la parábola.

—Pero entonces ¿qué pinta Iria en todo esto?

—Sabía lo que pasó y la detuvieron para que no hablara. ¿Quién? No lo sabemos.

—¿Nadie lo sabe? No me lo creo. Eso es imposible, siempre hay alguien que lo sabe o ha visto algo sospechoso —aseguró Raúl, que se recolocó en la silla.

Clara se levantó sin decir ni una palabra y salió del despacho. El comisario se frotó la cara con desesperación.

—¿Qué le ha picado a tu novia ahora?

—Cree que hay varios asesinos.

—Más de un implicado —repitió Jesús.

—Eso lo he entendido, me refería al porqué lo cree. Indicios para llegar a esa conclusión —explicó Manuela, jugando con el bolígrafo entre los dedos.

—Teo iba a matar a alguien y lo tenía pensado. Por eso se lo dijo a María. Él sabía el peligro que corría y avisó a María con las pistas y para que protegiera a Iria. Y, por último, a quién luego le mató a él, le dejó entrar en casa, es decir, que le conocía.

—¿Y los cuadros de Sator?

—Alguien los está repartiendo. De hecho, está segura de que aparte del mensaje secreto, a la persona que dejó designada para repartirlos sabe que no íbamos por el camino adecuado. Los ha mandado para protegernos y recordarnos las pistas que habíamos pasado por alto.

—¿Tú crees en esa versión?

—Tiene lógica, eso no se puede negar.

—La verdad es que sí —dijo Carlos, pensando lo que había dicho Jesús—, pero eso no explica a dónde va.

—En realidad sí que lo explica, Carlos —dijo María al levantarse.

—Yo no entiendo nada —dijo Raúl.

—Cree que solo alguien de la más absoluta confianza de Teo y que supiera guardar un secreto sabría la verdad —resolvió la duda y cruzó la puerta.

—¡Cómo no! ¿Quién guardaría mejor un secreto de sus amigos? Alguien que esté acostumbrado a hacerlo, ¿no? —En la cara de Raúl se dibujó una sonrisa y meneaba la cabeza sin dejar de reír—. Esta Clara es la leche de lista.

Manuela miraba cómo María había parado a Clara a medio camino cuando cayó en la cuenta de lo que quería decir Raúl.

—¡El secreto de confesión! ¡El padre Roberto! —exclamó Manuela.

—Bueno, pues ya sabemos dónde va nuestra compañera enciscada —resolvió el comisario cuando sonó la notificación de que tenía un correo electrónico—. ¡Tenemos las imágenes de las cámaras de ayer! —Miró a Manuela—. Haz dos grupos. Uno que vaya a hablar con el padre, y el otro que revise las imágenes.

La inspectora miró a Jesús, el cual asintió sin rechistar. Hasta que se dio cuenta de que a lo mejor no había entendido el mensaje de su compañera con solo mirarla.

—¿Con las dos? —preguntó con los ojos bien abiertos.

—Bueno, no, mejor quédate conmigo a ver las imágenes. No creo que tardemos mucho, y ellas no nos necesitan para hacer locuras —sentenció Manuela.

—¿Estás segura? —Le preguntó Carlos, sorprendido la decisión de la inspectora.

—Sí, las dos quieren resolver el caso por motivos personales distintos, y tengo la corazonada de que hay algo de lo que es mejor que no nos enteremos. —La voz de Manuela sonó triste al terminar de hablar.

—Como queráis. Os he reenviado el correo.

—¿Y yo?, ¿queréis que os ayude? —preguntó Raúl.

—Sí, necesito que investigues a quienes trabajan en el comedor social y me des los nombres de los chicos de las clases de pintura.

—Pero si son adolescentes —replicó Raúl.

—Lo sé, pero parece que Teo era un buen samaritano y rescató a esos chicos. Así que quiero saber exactamente de qué los salvó.

—Vale —respondió Raúl, aunque no estaba de acuerdo con la deducción de Manuela.

—Ya tenemos los nombres de los alumnos, Manuela. En el registro de la casa de Teo estaban los expedientes de los chicos. Los evaluaba al final de cada trimestre, como en el instituto —

explicó Carlos.

—Ah, no lo sabía.

—Te lo mandé por mail, revísalo.

—Vale, pues ahora te lo reenvió, Raúl, para que lo revises y compruebes si tienen algún historial abierto o algo que merezca la pena rascar.

—Perfecto. —Se levantó—. Me pongo a ello ahora mismo.

—Gracias. Vamos, Jesús. Nos ponemos con las imágenes, a ver si descubrimos algo.

Se levantaron para irse.

—Oye, Manuela —gritó Carlos antes de que se fueran del despacho—, ¿y las chicas?

La inspectora echó un vistazo al pasillo y meneó la cabeza.

—Tarde. Ya han tirado una bomba de humo. —Sonrió al comprobar cómo habían desaparecido aprovechando el despiste de los demás.

—Es mejor así, créeme —afirmó Jesús, convencido.

—Yo también lo creo.

Capítulo 31

Raúl se marchó hacia su escritorio, como le había ordenado Manuela. Tenía que revisar los expedientes de los chicos que iban a las clases para sacar los apellidos y después averiguar todo lo que pudiera acerca de sus familias. Estaba sudando a mares cuando se sentó en la silla. Sabía que era un trabajo meticuloso y que tenía que poner todos los sentidos para no confundirse ni pasar nada por alto.

Al abrir los archivos, comprobó que Teo era una persona ordenada y detallista. Tenía apuntado lo que habían hecho en cada una de las clases y la evolución de los chicos. Sin embargo, para encontrar al asesino, no era información relevante. Así que apuntó los nombres de los chicos en una hoja de papel y los introdujo en las bases de datos de la Policía. El agente sabía que no encontraría información si no había ninguna denuncia o infracción por parte de algún alumno.

«Nada. ¡Qué mala suerte!».

Siguió buscando. No se iba a dar por vencido tan rápido. Buscó en internet en nombre de los cinco chicos: David, Sergio, Cleo, Iñaki y Alba. Eran menores, pero aun así tenían redes sociales. Raúl invirtió unas horas en revisar cada una de las fotos e intentar descifrar algún detalle que les sirviera para corroborar la teoría de Clara. Estaba tan convencida de ello que la pasión y la validez de la hipótesis de la parábola habían contagiado a todo el equipo.

«No puede ser. Tiene que haber algo».

El policía no dejaba de pensar que, si Teo era una buena persona, habría muerto por una buena acción. No había estado en el caso desde el primer momento, pero los resúmenes de las reuniones y las conclusiones le habían servido para ponerse al día. La idea que se había formado de Teo era de una persona con buen corazón. Nunca lo podría comprobar, pero si estaba en lo cierto, se habría sacrificado por los chicos a los que rescató. La duda que tenía Raúl era de qué los había salvado. El porqué estaba claro, era buena persona y la empatía le hacía sufrir por las injusticias, pero saber cuál era la situación personal de cada alumno era complicado. Teo no habría dejado registro en ningún lado de nada que pudiera perjudicarlos. Así que pensó que se encontraba atado de pies y manos a la hora de encontrar algún indicio que les pudiera ayudar.

Se echó hacia atrás en la silla y comenzó a estirarse para intentar tener un momento de lucidez y encontrar un hilo del que poder tirar. Se frotó los ojos y decidió que quizá debía buscar a las familias de los chicos. Puede que así encontrara algo.

Revisó el nombre de los institutos y solo Sergio iba a uno diferente. Si no encontraba información útil, iría al instituto. Lo dejó en tareas pendientes, como último recurso. No le parecía buena idea presentarse allí y preguntar por un menor, y menos sin el consentimiento de Carlos o Manuela. Esperaría. Primero buscaría en las bases de datos a cada uno de los progenitores.

—¡Vaya! Aquí parece que tenemos algo —masculló entre dientes.

Damián era el padrastro de Cleo y había sido detenido varias veces por conducir borracho y meterse en peleas.

—Algo es algo —continuó animándose a sí mismo con un hilo de voz que solo él podía escuchar.

Apoyó el codo en la mesa y se sujetó la cabeza con la mirada fija en la pantalla mientras la otra mano se encargaba de mover el ratón.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó en alto.

Algunos de los agentes se giraron para mirarle.

—¿Te pasa algo? —dijo uno de ellos.

—No, no, perdonad. Estaba hablando solo —se disculpó.

Damián llevaba varios días desaparecido y su pareja, Judith, lo había ido a comunicar a la Policía. Lo dejaron como una denuncia preparada, pero sin tramitar, por si acaso aparecía. El agente que lo hizo dejó anotado que la mujer no estaba segura de si se habría metido en algún problema. No volvieron a saber nada de él desde el día de antes de la aparición del cuerpo de Teo. Raúl no estaba seguro de qué significaba eso, pero era una pregunta sin responder que apuntó debajo de los nombres de los alumnos. «Lo seguiré investigando luego». Sin embargo, tenía una sensación extraña de que esa coincidencia, no era tal.

Continuó buscando más información de los progenitores y solo encontró una denuncia que uno de los profesores del instituto puso en el Ministerio de Educación acerca del maltrato a menores: Alba. Sin embargo, no llegó a nada porque el individuo era un funcionario del grupo A en el puesto de trabajador social. Apuntó también el nombre del padre y de la profesora que puso la denuncia y que fue desechada.

«Mirian Suárez es la profesora y el padre es Juan Carlos Zarzuelo».

Le pareció que eran suficientes indicios como para molestar a Manuela y Jesús con lo que estaban haciendo. Se levantó de la silla y fue hacia donde estaban trabajando sus compañeros. Jesús estaba en un ordenador y Manuela en otro. Ambos veían los vídeos de las cámaras. Estaban concentrados en la pantalla de sus respectivos ordenadores cuando Raúl les interrumpió.

—Manuela, perdona, pero creo que tengo algo importante.

—¿El qué? Dime —respondió, dándose la vuelta completa arrastrando la silla de ruedas.

—El padrastro de Cleo ha desaparecido, se llama Damián.

—¿En serio?, ¿cuándo? —dijo Manuela.

Jesús pausó el vídeo y se acercó a ellos para no perderse detalle. Le pareció que aquello, sin lugar a duda, era una pista que seguir.

—No creo que sea una casualidad. Desde el día antes de que Teo apareciera muerto. La madre de Cleo y él no están casados, pero son pareja. Vino a denunciarlo al día siguiente, pero no está tramitado.

—¿Sabemos algo más de él?

—Sí, ha sido detenido varias veces.

—¡Genial! Puede ser algo importante. Quizás sea el asesino de Teo.

—Sí, puede ser.

—¿Tenemos algo más de algún padre? Aunque este ya tiene muchas papeletas, ¿no os parece? —preguntó Manuela a Jesús para saber su opinión.

—No podemos descartar a nadie. Da igual lo que nos parezca, hay que investigarlo.

Raúl los miró, esperando a que terminaran de hablar.

—¿Qué pasa? —se interesó Manuela, que se dio cuenta del gesto de Raúl.

—He encontrado otra cosilla y, a mi modo de ver, es aún peor todavía.

—¿El qué?

—Uno de los alumnos denunció a su padre, pero por ser una persona importante…

—Un hombre poderoso —Sonrió Manuela—, igual que decía la parábola del asesino.

—Sí, eso es. Por su posición no se ha llegado a tramitar nada.

—¿Quién puso la denuncia? Ellos son menores, irían con alguien. —Jesús mordía la tapa de bolígrafo que había cogido para calmar los nervios.

—Una profesora del instituto.

—Está bien. Hay que ir a hablar con ella. Vamos —anunció al coger el abrigo y el bolso.

—¿Yo también? —preguntó Raúl.

—Sí, tú vente conmigo. Jesús, termina de ver las imágenes y coteja unas con las otras para ver si coincide alguien.

—De acuerdo. —Giró la silla para terminar lo antes posible.

—Llama a las chicas y diles lo que hemos averiguado, por si les sirve de algo.

—Vale, ahora mismo las llamo.

Manuela y Raúl se marcharon lo más rápido que pudieron. Debían hablar con la profesora lo antes posible. Puede que ella, sin ni siquiera saberlo, tuviera la clave para descubrir qué era lo que había pasado.

Capítulo 32

Los agentes llegaron al instituto y llamaron al timbre de fuera. Rápidamente, el conserje les atendió para que pudieran hablar con la profesora. Mirian bajó las escaleras con expresión compungida. El instituto trabajaba con programas de integración y Alba era una de esas alumnas. Era muda, pero se podía expresar escribiendo sin problemas. Mirian le ayudó durante todo el proceso y le tenía un especial cariño. Era una profesora joven y entregada a la enseñanza. Había escogido aquella profesión debido a la motivación de poder cambiar y ayudar a la gente a través de la educación. Cuando recibió la llamada de conserjería, el corazón le comenzó a bombear con rapidez. Su mente empezó a pensar en la peor de las situaciones, ya que Alba y su hermano no habían ido al instituto. Los agentes estaban sentados en unas sillas de plástico junto a la puerta de secretaría cuando Mirian bajó con paso rápido y preocupado. Al verla aparecer, se levantaron de inmediato.

—Hola, ¿eres Mirian Suárez? —preguntó Manuela, extendiendo la mano para saludarla.

Mirian respondió al saludo y sus músculos se tensaron aún más.

«¿Qué hacen aquí unos policías? Seguro que la ha matado de una paliza».

—Sí, soy yo. ¿Le ha pasado algo?

—¿A quién?

—A Alba o Iñaki —susurró, para evitar que nadie los oyera.

Los agentes se miraron sorprendidos, sin comprender lo que quería decir exactamente.

—Hoy no han venido al instituto. —El tono cada vez sonaba más nervioso.

—¿Podemos ir a algún sitio donde estemos solos? Es importante. —Manuela necesitaba hablar con libertad, sin que nadie estuviera escuchando y la profesora se pudiera expresar abiertamente.

—Claro. Síganme, por favor.

Mirian comenzó a andar y se paró delante de una puerta cerrada que se encontraba a unos metros de la secretaría. Era un instituto antiguo, por lo que las instalaciones de que disponía no eran las mejores. Necesitaba alguna reforma de mantenimiento y el mobiliario ya había cumplido más de dos décadas.

—¿Están bien? —preguntó Mirian de nuevo, con tono angustiado, al cerrar la puerta.

—No sabemos dónde están, pero no hemos venido por eso —zanjó Raúl, con la intención de ir al grano lo antes posible.

—Estamos investigando un asesinato y necesitamos que nos dé información acerca de los malos tratos de Alba. Hemos comprobado que fue usted quien puso la denuncia.

—Sí, su madre no quería hacerlo y me dijo que estaba todo bien, que, por favor, no hiciera nada, que iba a ser peor. Pero no podía mirar hacia otro lado, quedarme de brazos cruzados no era una opción. Tenía que hacer algo. —Suspiró al recordarlo—. Pero creo que lo empeoré, la verdad.

—¿Por qué cree eso?

—Alba ya no quiso volver a hablar conmigo y la denuncia fue desestimada por falta de pruebas.

Mirian se acomodó en la silla y sonrió irónicamente.

—¿No tenían pruebas?

—Claro que había pruebas. De hecho, estoy segura de que si hoy mismo le hacen una revisión médica estará llena de moratones y magulladuras. —Se frotó los ojos, a punto de llorar de rabia.

—¿Qué? ¡No me puedo creer que no la hayan pasado a trámite! ¡Malditos desgraciados! —soltó Manuela, enfadada.

—Iñaki no va a pasar nada por alto, quiere mucho a su hermana y me temo lo peor. Tienen que ayudarlos, yo no he sabido hacerlo, pero esta situación no puede acabar bien.

—¿Dónde cree que pueden estar?

—No lo sé.

—No se preocupe, los vamos a encontrar antes de que no haya marcha atrás.

—Si necesitan mi ayuda, o mi testimonio, no duden en decírmelo. Quiero ayudar a esos chicos a salir de ese infierno donde viven, pero me han cerrado todas las puertas. —Miró hacia atrás en un arranque de miedo—. El padre es un alto funcionario que detiene cualquier solicitud.

—Entiendo. ¿Fue a la Policía? —preguntó Raúl.

—¿Para qué? Es una menor, y después de intentar pasarlo a trámite desde el instituto, Alba no quiso hacer nada más.

—Puede que las palizas sean mayores.

—No solo eran palizas.

—¿Qué quiere decir?

Mirian agachó la cabeza.

—¿La violaba?

—No estoy segura, pero creo que sí. Es una sensación, no tengo pruebas de nada. Los moratones y las quemaduras sí las he visto. —Se calló—. Tienen que creerme.

—Te creemos. Necesitamos encontrarlos, ¿sabes dónde pueden estar?

—No. Supongo que estarán con David y Cleo, pero ¿dónde? No lo sé. Siempre están juntos,

van a unas clases en la iglesia y son muy amigos. Hoy no ha venido ninguno al instituto.

Los agentes cruzaron las miradas. La ausencia de los cuatro el mismo día, no era buena señal.

—De acuerdo. Vamos a solucionar esto. No se preocupe —afirmó Manuela con contundencia.

Se levantaron para despedirse y cerrar el caso con las nuevas pistas.

—Gracias por ayudarnos. Le iremos informando. Muchas gracias de nuevo.

—Un momento —dijo Mirian—. Creo que sé algo que os puede ayudar.

Los policías se giraron.

—¿El qué?

—Es sobre Cleo.

Capítulo 33

Salieron del instituto sin saber qué decirse. Estaban consternados por lo que estaba pasando. Los medios que pone el Estado para proteger a un menor cuando las personas que les tienen que cuidar son las responsables del daño, son nulos. Manuela se sentía culpable por los chicos. Tenían que haber sufrido mucho para llegar al extremo de querer matar a alguien. Aún no tenía claro si Teo había tomado las decisiones de manera unilateral, o bien aquellos muchachos sabían lo que iba a hacer y estaban detrás del plan. Evidentemente, nada había salido como lo habían planeado y el peor de los escenarios era el que se había hecho realidad: Teo había muerto.

Raúl miró a Manuela un par de veces antes de montarse en el coche. No se conocían desde hacía mucho tiempo y no quería interrumpirla a no ser que ella hablara primero. Mantuvo el silencio hasta que dijo la primera palabra.

—Yo conduzco. —Se sentó en el asiento del piloto y se puso el cinturón.

Raúl continuaba en silencio.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Manuela, saliendo del instituto.

—La verdad es que no sé qué decir. Parece una situación de esas que nunca ocurren o que solo pasan en las películas, pero esta vez no ha sido así. A veces el mal está más cerca de nosotros de lo que creemos y ni siquiera nos damos cuenta.

—Lo sé. Además, he leído que Alba es muda. Ese desgraciado le ha jodido la vida a su propia hija sin compasión.

—Hay gente sin corazón. Da igual que sean tus padres, si no tienen corazón, no lo tienen.

—Lo sé, pero…

La inspectora apretaba el volante con fuerza por la rabia que bullía dentro al pensar lo que aquella pobre niña sentiría al llegar la noche. La madre tendría tanto miedo como los hijos, y ese era el factor determinante, que les seguía manteniendo cerca de ese depredador. Pensó en las fotos de la madre. Aparecía sonriente en cada una de ellas. Había leído en una revista que las personas que tienen problemas como la depresión, no siempre lo reflejan de la misma manera. Que sonrías no quiere decir que seas feliz. Cada ser humano refleja los sentimientos de formas distintas.

—Vamos a casa de Cleo. Creo que han matado al padrastro de esta chica, y el padre de Alba no tardará en aparecer muerto. —Hizo una pausa y miró hacia el cielo—. Si es que no lo está ya.

—Se merece estarlo —sentenció Raúl con altas dosis de convicción.

—Dame la dirección. Si va a este instituto es porque no vivirá muy lejos de aquí.

El agente miró el papel donde tenía anotados los datos importantes que había ido sacando de la investigación, entre ellas, las direcciones y los nombres de los cinco chicos.

Llegaron a casa de Cleo en menos de diez minutos. Como habían previsto, estaba cerca del instituto. Cuando se bajaron del coche, observaron los alrededores con detenimiento. No sabían la situación a la que tendrían que hacer frente. Manuela tragó saliva al pensar que podría pillarles *in fraganti*. Esperaba equivocarse y que la idea hubiera sido fruto de una locura transitoria de su cabeza. Damián estaba desaparecido y el caso tenía demasiados secretos y muchos implicados.

«Espero que no hayan hecho nada que no tenga vuelta atrás», pensaba ensimismada cuando pulsó el telefonillo.

—¿Estás bien? —preguntó Raúl con los ojos entrecerrados.

—Sí, sí, tranquilo. Solo estaba pensado.

—No contesta nadie, ¿qué hacemos?

—No sé, volver a llamar. Tiene que haber alguien.

Raúl se alejó del portal para mirar hacia las ventanas que daban a la calle. Quizá hubiera alguna señal de que había alguien en casa. Las persianas estaban bajadas hasta la mitad y a simple vista no parecía que hubiera ninguna luz encendida.

—Sigue llamando. Deja el dedo apretado hasta que alguien abra. —Raúl se encogió de hombros ante la ausencia de una idea más resolutiva.

Manuela levantó la ceja sin dejar de apretar el dedo.

—A mí esto tampoco me parece muy útil. Tenemos que encontrar a los chicos, puede que estén en peligro. No tenemos ni idea de qué está pasando. —Alzó el tono de preocupación.

—Lo sé, pero no sabemos dónde buscar.

—Ya, tienes razón. —Se rascó la barbilla.

Se escuchó un ruido metálico del telefonillo, que Manuela no había dejado de apretar en ningún momento, y un gran grito al otro lado.

—¡Como baje te mato! —exclamó con voz irritada y fuera de control.

—¿Damián? —preguntó sorprendida la inspectora, que no daba crédito.

—¿A ti qué te importa? —contestó amenazante.

—Somos la Policía —dijo Manuela, con los ojos fuera de las órbitas.

—Perdón, agente. Sí, soy Damián —dijo con el tono opuesto al que había contestado hacía unos segundos.

—Necesitamos hablar con usted. Por favor, ¿nos puede abrir?

—Por supuesto, ahora mismo. —Sonó el ruido y empujaron la puerta.

Los agentes se miraban sin entender qué ocurría dentro de aquel círculo.

—Pero ¿este no estaba desaparecido?

—Y muerto. ¡No me lo puedo creer! Ahora sí que estamos perdidos.

—No, para nada. Si Damián está vivo, puede que Juan Carlos Zarzuelo esté muerto.

Manuela suspiró profundamente para tranquilizarse y pensar. Tomó una decisión en cuestión de segundos, no se podían permitir perder más tiempo.

—Voy a subir sola. —Asintió con la cabeza—. Tú llama a Jesús y que te confirme que Juan Carlos Zarzuelo está en el trabajo.

—¿Estás segura de subir sola?

—Por supuesto, ¿qué me va a hacer? —dijo desafiante—. Tengo una pistola y sé usarla —afirmó, hablando con susurros.

Capítulo 34

Jesús había revisado las imágenes de las cámaras de la entrada de comisaría. Comenzó a sudar por todos los poros de su piel cuando reconoció una de las caras.

«¡No puede ser!».

Se podría haber imaginado a cualquier persona menos a él. Nunca se habría fijado si Clara no se hubiera detenido a mirarlo. En ese instante, creyó que seguramente su novia vio algo en él que no cuadró de alguna manera en su indescifrable mente. Le perdían las formas, de eso no había ninguna duda, pero era tan observadora que no se le escapaba ningún detalle. Revisó de nuevo las imágenes para comprobar si era capaz de detectar lo que le llamó la atención a Clara.

«Nada».

Sonó su móvil y notó la vibración en el muslo de la pierna.

«¿Raúl? ¡Qué raro!». Se alarmó al ver la llamada. Iban al instituto, pero no sabía dónde les habría llevado la siguiente pista. Jesús conocía cómo era el trabajo de campo en los casos de asesinatos. No tardó en contestar con voz preocupada.

—Jesús, soy yo. Estamos en casa de Cleo, su padre está vivo.

—¿Quién?

—Damián, el que estaba desaparecido.

—¿En serio?, ¿estáis seguros?

—Claro, acaba de subir Manuela para hablar con él. Me ha dicho que me confirmes si Juan Carlos Zarzuelo está en el trabajo. Es urgente.

—Vale, pero yo no tengo ese tipo de acceso.

—Díselo a Carlos, seguro que lo averigua rápido.

—Ahora mismo hablo con él. —Miró hacia ambos lados antes de hablar—. Ya sé quién es la persona que reparte los cuadros de Sator —susurró.

—¿Quién? —preguntó susurrando, sin darse cuenta de que le había copiado el tono de voz.

—Es Fabián, la persona que pide dinero en la entrada de la iglesia.

—¿Qué? ¿Y qué pinta este ahora en todo esto?

—No lo sé, pero tenéis que ir a la iglesia, puede que las chicas estén en peligro sin saberlo.

—Vale, ahora mismo subo y aviso a Manuela para irnos.

—De acuerdo. En cuanto tenga la información que me has pedido, te mando un mensaje —

afirmó con un tono de preocupación—. Raúl, tened cuidado.

—Por supuesto.

Subió rápido las escaleras para comprobar que Manuela estaba en perfecto estado y qué era lo que le habría pasado a aquel hombre.

«Todo ha dejado de tener sentido…».

Llamó al timbre de la puerta y abrió Manuela, que le guiñó el ojo.

—Pasa. Este es mi compañero, Raúl. Estamos investigando juntos. Continua, Damián, te escuchamos.

—Bueno, pues le estaba contando a la señorita que me drogaron hace unos días a la salida del bar que suelo frecuentar, y me desperté en el hospital. Estaba totalmente desubicado. —Se encogió de hombros sin entender qué estaba pasando.

—¿No tenía el móvil para avisar a su pareja?

—¡No, me lo robaron! Me quitaron todo. Se llevaron también las llaves y la cartera. Por eso no me pudieron identificar hasta que desperté. Creo que quisieron matarme con la sustancia que me inyectaron, pero no les salió bien —puntualizó para dar la explicación de lo que había ocurrido y el motivo de estar varios días desaparecido.

—Su pareja ya sabe que está en casa, ¿no?

—Sí, sí, cuando me recuperé fui a una comisaría a denunciar lo que me había pasado y vieron lo de la desaparición. Fue entonces cuando llamaron a Judith.

—Si no tenía llaves, ¿cómo ha entrado? —preguntó Raúl, desconfiado de la versión de Damián.

—Mi hijastra estaba aquí con toda la tribu. —Miró a Manuela y al sonreírle le llegó el olor alcohol que desprendía su aliento.

—¿Y qué le dijo cuándo le vio aparecer?

—Hace días que ni le hablo. Es una pequeña desgraciada.

—¿Por qué dice eso? —Torció la cabeza sin darse cuenta, al no comprender lo que quería decir.

—Bueno, como es menor y tiene cara de chica desvalida, se aprovecha de la situación. Es una larga historia. ¿Les importa que vayamos a sentarnos? Aún no me encuentro bien del todo. —Se tocó la cabeza.

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

—No, en principio no hace falta. Solo necesito sentarme. —Anduvo los pocos metros que lo separaban del sofá y se sentó.

Los policías se miraron. Cuando Damián se dio la vuelta, vieron que tenía un pequeño golpe en la cabeza con sangre seca.

—¿Ha visto la herida de la cabeza?

—No la he visto, pero la siento. —Sonrió incrédulo al recordar los acontecimientos—. Cuando fui a comisaría a denunciar la agresión, los agentes me informaron de que me iban a dar por desaparecido. Creo que esa pequeña desgraciada ha engañado a alguien para que me mate. —Carraspeó y se tocó la herida con gesto de dolor.

—¿Qué quiere decir?

—No es la primera vez que me denuncia o que, si la regaña su madre, llama a la Policía para decir que la hemos maltratado o cualquier maldad que se le ocurra para salirse con la suya.

—¿Puede explicarse mejor? —preguntó Manuela al mirar a Raúl.

—Sí. Tiene una enfermedad mental descontrolada, pero ingresarla en un centro es una pasta, así que…, bueno, tenemos que aguantarnos hasta que un día aparezcamos presos o muertos. No se puede hacer nada.

Manuela se recolocó en el asiento. Le habían comenzado a sudar las manos.

—Perdone que le hagamos tantas preguntas, pero es por un caso que tenemos entre manos. Un asesinato.

—Pregunte. Lo he visto por la televisión, el caso del pintor, ¿no? Le daba clases a Cleo en la iglesia. —Se pasó la mano por el pelo para peinarse los mechones que se le ponían en la cara—. ¿Me van a preguntar si puede estar relacionada con el asesinato?

—Bueno, no le iba a preguntar eso, pero ya que lo dice, ¿lo cree?

—Por supuesto, está loca. El padre se marchó porque no dejaba de llamar a la Policía diciendo que la había violado y pegado. Incluso se hizo cortes en los muslos y en las muñecas. Fue detenido varias veces. Supongo que lo podrán comprobar.

—Sí, claro, la información estará en las bases de datos de la Policía.

—¿De verdad creen que le iba a tocar un pelo y su madre no iba a hacer nada? —Sonrió—. Está enferma y es una manipuladora emocional, no me extrañaría que hubiera engañado al pobre pintor para que hiciera algo malo y ella salir impune. Cleo es así. No está tratada como debería ni cuidada por falta de recursos, así que… —Se encogió de hombros.

Raúl recibió un mensaje de Jesús: «Está en el trabajo ahora mismo». Se lo enseñó a Manuela, que acto seguido asintió.

Se levantó.

—Damián, tenemos que irnos. ¿Sabe dónde puede estar Cleo?

—Pues solo se me ocurre la iglesia, o en casa de David. Es un chico que va a clases de pintura con ella y le tiene comida la cabeza. Seguro que piensa que soy un violador o un maltratador. Han salido de aquí corriendo como si hubieran visto un fantasma.

—¿Cree que pude ser que ellos pensaran que le habían matado en la puerta del bar?

—Es una opción que no descarto.

—Gracias, nos ha ayudado mucho. Por favor, no se cruce con Cleo, no sabemos qué es lo que están tramando esos chicos. Si ha sido ella quien le ha hecho eso, no dejará de intentarlo. Me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente. —Asintió apenado.

Salieron y llamaron a la comisaría. Tenían que aunar la información que habían sacado por ambas partes. Manuela estaba convencida de que el caso había sido una treta para que el asesino saliera impune, inculpando a otra persona por el crimen, en este caso, Damián.

La identidad de las personas implicadas era desconocida para los agentes. La idea de que en un principio lo ocurrido encajaría con las pistas, se había ido difuminando cada vez que se conocía más información. Al llamar a Jesús escucharon los gritos de Carlos como ruido de fondo. Manuela había permitido que Clara y María fueran solas a la iglesia y ahora no las localizaban.

«Es culpa mía. No les tenía que haber dejado ir solas».

—Tranquila, todo va a salir bien. —Le acarició el hombro—. Son más listas que nosotros, sabrán lo que tienen que hacer.

—¿Tú crees? —Manuela sentía cómo el corazón se le encogía. Si les ocurriera algo, no se lo perdonaría en la vida.

Capítulo 35

Clara y María llegaron a la iglesia con el convencimiento de que el padre sabría la verdad. Teo se la podría haber contado antes de que le asesinaran.

Las puertas no estaban abiertas, como era lo habitual. Les pareció raro, pero al empujar, se abrieron. Iván salió de detrás de una de las columnas que estaba en penumbra. María se asustó al verlo y se llevó la mano al corazón.

—¡Vaya susto! Casi me da un infarto.

—Lo siento —se disculpó Iván—. ¿Les puedo ayudar en algo? ¿Ya han descubierto quién asesinó a nuestro amigo?

—No, pero estamos trabajando en ello —contestó Clara con tono seco.

—Sí, no se preocupe, lo encontraremos. Hemos venido a hablar con el padre Roberto. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—Sí, está dentro, preparando la misa. ¿Quieren que las acompañe? Esto es muy grande y pueden perderse.

—Gracias, muy amable.

Iván cerró la puerta con llave y las chicas le miraron extrañadas.

—¿Por qué cierra? —preguntó Clara.

—Para que no se cuele nadie mientras no estamos vigilando. No es la primera vez que nos roban. En esta iglesia hay reliquias de mucho valor. Las dos se habrán dado cuenta. —Sonrió y sacó la llave para meterla en el bolsillo.

—No me he fijado mucho, la verdad. Pero puede que tenga razón —dijo María, cordial.

—Bien, síganme, por favor.

Iván pasó junto a las chicas y se colocó en cabeza para guiarlas con el padre Roberto. La sala hacia donde se dirigían se encontraba apartada de la puerta principal, en el lado opuesto de su ubicación en ese momento.

Ellas iban en silencio, siguiendo el paso de Iván. Estaban inquietas ante la posibilidad de hablar con el padre y poder aclarar la situación tan enrarecida que se había creado. Se encontraban en un lugar santo donde no se podía hablar, así que ambas mantuvieron el silencio. El suelo estaba compuesto de adoquines, lo que provocó que Clara posara toda su atención en no caerse delante de aquel hombre que prácticamente no conocía.

El teléfono de María no paraba de vibrar. Había visto en la puerta de la iglesia un cartel que pedía tener el móvil en silencio. Por lo que le pareció una falta de respeto atender la llamada. Lo apagó.

«¿Maika? Tendrá que esperar a que terminemos de hablar con el padre».

—Ya hemos llegado. No es un buen momento, así que es mejor que primero venga solo una de vosotras para preguntar si os puede atender, ¿vale?

—No entiendo, ¿por qué?

—Para preguntarle. Mejor solo una persona que dos. Supongo que estará rezando.

—No. Hemos venido las dos y vamos las dos —exigió Clara, para no separarse de María.

—Tranquila, Clara, no pasa nada. Es para no agobiarle con tanta gente, ¿no? Después de lo que ha pasado, no estará para muchas visitas.

—Eso es, pero si preferís le pregunto yo y ahora vengo.

—Sí, mejor. —Hizo una breve pausa—. No me caes bien —sentenció Clara con cara de pocos amigos—. Creo que es mejor que vengamos en otro momento.

Se giró para irse y cogió de la mano a María.

—Clara, por favor, no seas desagradable. Ve tú con él. Yo me espero aquí. Te juro que no me muevo —intentó tranquilizarla con una sonrisa.

—No sé. —Se acercó a su oído—. Este tipo me da mal rollo. Míralo, está muy nervioso.

Sin que les diera tiempo a reaccionar, sintieron que las agarraban por detrás y les pinchaban en el cuello con una jeringuilla. A los pocos segundos, se desvanecieron y cayeron al suelo.

No sabían cuánto tiempo había pasado desde su último recuerdo. Clara se despertó sin entender qué estaba sucediendo. Estaba en un cuarto oscuro y no se escuchaba ningún ruido. Intentó palpar con la mano hasta que dio con lo que parecía una cabeza. «María». Buscó el móvil y no lo encontró. Al menos, estaban vivas. Empezó a menearla con el aire gélido entrando en sus pulmones. Los nervios y la incertidumbre de no saber qué estaba pasando le habían calado hasta la boca del estómago. El mutismo de su amiga hacía que el aire se volviera más inhóspito y no consiguiera respirar con facilidad. Ahora entendía qué era un ataque de ansiedad. Había leído mucho sobre ello, pero no lo había llegado a comprender. Ahora lo entendía con total certeza. Los ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la oscuridad y María comenzó a moverse.

—¿Estás bien? Pensé que nos habían inyectado lo mismo que a Teo e íbamos a morir —explicó Clara, atropellando las palabras.

—Yo también… Me duele la cabeza —Se tocó en el lugar que sentía el dolor para comprobar que no había sangre—, pero no tengo nada.

—Tenemos que salir de aquí.

—Un momento. —Señaló una de las esquinas de la habitación.

—¡Es el padre Roberto!

Las chicas corrieron hacia él y desataron las cuerdas de sus manos.

—¿Padre? ¿Padre? —Le meneaban sin descanso con la esperanza de que despertara.

María le había puesto la mano debajo de la nariz y sintió el aire.

—Respira. Está vivo. —Sonrió.

El padre, poco a poco, se fue desperezando. Le habían drogado igual que a ellas. La dosis había sido mayor, lo que había provocado que estuviera más tiempo bajo los efectos.

—Mira a ver si tiene el móvil —dijo María.

Clara la miró con un mohín de incredulidad.

—¿En serio?, ¿de verdad te piensas que son tan tontos?

—Ya, bueno, compruébalo.

—La culpa es tuya —sentenció mientras miraba los bolsillos del padre—. Te dije que nos fuéramos. Tú y tu manía de quedar bien con todo el mundo. Sabía que tenía cara de psicópata. Si es que se le veía en los ojos que nos quería hacer algo.

—Vale, Clara. Ahora hay que buscar soluciones. Seguro que Manuela o Jesús están de camino.

—Ya, vale, pero cuando vengan puede que ya no respiremos, ¿lo entiendes? Además, no sabemos dónde estamos.

El padre abrió los ojos y poco a poco se acostumbraron a la luz. Al fin pudo identificar a las chicas.

—¿Estáis bien? —preguntó aturdido.

—Sí, tranquilo, ¿y usted?

—Ha sido Iván. Ese desgraciado nos ha estado engañando desde el principio.

—¿Qué quiere decir?

—Nos ha engañado —repitió mientras las lágrimas caían por las mejillas de aquel hombre inocente.

—Les dijo que Teo había dejado un plan o algo así, ¿no?

—Sí, yo no supe nada hasta el día siguiente, que apareció muerto. Me ha engañado durante todo este tiempo. Me dijo que Teo había matado al padre de Cleo porque abusaba de ella y no había otra manera de ayudarla. Luego mataría al de Alba. Por eso las pistas del cuadro Sator apuntan a Juan Carlos Zarzuelo. Era lo que le hizo creer a Teo, pero le engañó para asesinarlo a él y culpar a Damián, o bien a Juan Carlos. Así él quedaba impune de cualquier culpa y la Policía tendría dos sospechosos principales. Creía que éramos sus amigos, pero Iván nos ha engañado. —Se echó las manos a la cara para cubrirse las lágrimas—. También ha engañado a los chicos. Iván sabe que Cleo no está bien y ha infectado al resto con mentiras para hacerles creer que los estaba ayudando y así compraba su silencio al implicarles.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Damián, el padrastro de Cleo, pasó por aquí. Alguien le atacó y le pincharon una sustancia. Pensaron que lo habían matado, igual que a Iria, pero no ha sido así.

—¿Está vivo?

—Sí, y no ha hecho nada malo. Cleo, cada vez que se enfada o no hacen lo que ella quiere, denuncia a su padrastro o a su madre. Es una locura. Pobrecillo...

Las chicas se miraron. No estaban seguras de si lo que decía era por la droga, porque se había dado un golpe en la cabeza, o porque era la verdad.

—Pero no entiendo una cosa, ¿por qué nos tiene aquí? La Policía descubrirá la verdad.

—No. Al menos, no toda. Nos había convencido para matar a Juan Carlos Zarzuelo, que abusa de su hija, Alba. —Le temblaba la voz—. Creía que era lo mejor. Teo había intentado sacar a esos pobres chicos de allí, pero fue imposible. Juan Carlos tiene mucho poder.

—Juan Carlos es el hombre poderoso de la parábola del asesino.

—Exacto, pero Teo también estaba engañado por Iván. Dejó las pistas porque le había convencido de que Juan Carlos lo sabía e iba a por ellos, pero en realidad, cuando tenía preparadas las pistas para ti —Miró a María—, Iván le mató.

—A ver que yo me entere, quiere decir que Teo estaba engañado y las pistas que dejó señalaban a Juan Carlos como asesino —Asintió—, pero que fue Iván quien lo engañó para dejar ese tipo de pistas y luego él lo mató, ¿es así? —explicó Clara para comprender el embrollo que le había contado el padre de una manera desordenada.

—Exacto.

—Pero ¿para qué nos encierran aquí?

—Supongo que nos van a matar porque sabemos la verdad. Los hemos descubierto y no pueden dejarnos sueltos como si nada, ¿lo entendéis? Igual que hizo con Iria.

—¿Cómo han conseguido la sustancia para matarlo?

—De la misma persona que lo consiguió para drogarnos: David —dijo cabizbajo—. Antes de que Teo le ayudara, era drogadicto y traficaba. Tiene muchos contactos y puede conseguir el tipo y la cantidad que quiera.

María miraba a Clara estupefacta, sin llegar a comprender el motivo que habría llevado a Iván a hacer algo así. Siempre hay una razón.

«¿Por qué querría matar a Teo?».

Capítulo 36

Como consecuencia de lo que estaba ocurriendo, Maika necesitaba desconectar de su día a día y le pareció buena idea apuntarse a un curso que habían sacado con las últimas técnicas de restauración. Era muy específico y no solían convocar esas formaciones con demasiada frecuencia. Cada vez que tenía un hueco libre a la hora de comer, se conectaba para acabarlo lo antes posible. Aquel día había olvidado el portátil en casa, pero pensó que podía utilizar el de Susana. Así que entró y se conectó a la sesión del curso para poder ir avanzando. Llevaba pocos minutos leyendo el temario pendiente cuando recordó a Teo. Estaba triste por no poder haber ayudado a la Policía en nada más. Sabía que Susana guardaba una botella de alcohol en uno de los cajones del escritorio. Le pareció buena idea ponerse una copa, como hacía ella cuando se agobiaba. Si Susana lo hacía y le daba buenos resultados, podría funcionarle para evadirse de la triste realidad en la que se había convertido su vida.

«Aquí está».

Sin embargo, observó una carpeta transparente debajo de la botella. Era imposible no ver el título y pasarlo por alto.

«¿Qué hace aquí el nombre de Teo?».

Sacó la carpeta y comenzó a leer. El primer contrato no le llamó tanto la atención como el que había debajo. Iván había firmado un contrato para recibir una parte de la comisión de las ventas de los cuadros de Teo. El primero que vio, era de los padres. Ambos firmaron para que se pudieran vender y cobrar las regalías, lo cual era lógico. Sin embargo, las comisiones no tenían ninguna lógica.

«A no ser que… ».

Maika pronto comprendió que Iván estaría detrás del asesinato de Teo. No tenía ni idea de qué manera estaba implicado, pero la lógica le decía que aquel contrato no presagiaba nada bueno. Le hizo una foto a la primera hoja y salió de allí. Dejó todo como estaba para alejarse lo más rápido posible. Susana estaba igual de implicada que Iván. En lo único que podía pensar era el motivo que le habría llevado a hacer algo así. No tardó mucho en llegar a una conclusión: el dinero.

Llamó rápido a María, pero no le contestó.

«Algo va mal».

Con movimientos rápidos, pero sin llamar la atención, salió del local. Comenzó a respirar cuando llegó al coche y bloqueó las puertas.

—Piensa, Maika, piensa.

Le sudaban las manos y el corazón le iba a mil por hora. Si María no le contestaba al teléfono, no tenía que ser porque estuviera en peligro, pero la mente es libre y la de Maika no

dejaba de tener pensamientos negativos después de leer el contrato de Iván. Solo tenía una solución viable y rápida.

Llamó a Jesús, era el único que podía ayudarle. Colocó el móvil con el altavoz activado y arrancó el coche. Nunca había tenido tanto miedo como en ese momento. El agente descolgó.

—Jesús, soy Maika. Estoy de camino a la comisaría. Tengo que contarte algo muy importante. —Le temblaba la voz.

—Ahora mismo no puedo. Creo que María y Clara están en peligro. Estoy llegando a la iglesia donde solía ir Teo.

—Precisamente de eso te quería hablar. Acabo de encontrar un contrato entre Iván y Susana.

—¿Iván?

—Sí, en una de las cláusulas especificaba que tendría que seguir lo acordado y él se llevaba un diez por ciento junto a otra chica que se llama Marta Berril.

—¡Joder!, ¡no me lo puedo creer! Es la periodista que dio la noticia del cuadro Sator como pista en el asesinato. Ahora sabemos de dónde sacó tanta información. Se la dio Susana.

—Supongo que tiene que ver con la muerte de Teo, pero no entiendo la relación.

—Creo que Iván ha ido dejando una serie de pistas para que el asesino de Teo parezca otra persona. No lo pensó todo en un día. Convenció a Teo para que tratara de matar a Juan Carlos y que pareciera que había sido él. —La voz era entrecortada por los nervios. Jesús estaba tenso y preocupado por la integridad de Clara—. Engañó a todos para quedarse con la comisión al vender los cuadros.

—¿Quieres decir que planeó un asesinato para que los cuadros valieran más dinero?

—Es lo único que tiene sentido, y las pistas encajan. Iván planeó la muerte para que luego esa periodista diera fama al pintor asesinado y el valor de los cuadros se disparara.

—Nunca me hubiera imaginado que existiera gente así…, tan mala persona.

—A veces la realidad supera la ficción.

—Ya, eso parece.

—Maika, luego te llamo. Estamos llegando a la iglesia. Quédate en comisaría y espérate hasta que lleguemos, ¿vale?

—De acuerdo. Espero que las chicas estén bien.

Capítulo 37

María comenzó a aporrear la puerta con violencia y sin dejar de gritar.

—¡Iván! ¡Iván! Tengo que hablar contigo. Sé lo que hay que hacer ahora.

Se escucharon los pasos, pero ninguna voz. María pensó que era posible que se hubiera colocado detrás de la puerta para escuchar la propuesta.

—¿Iván? Tengo que hablar contigo. Yo también necesito el dinero. Por una pequeña parte puedo libraros de la cárcel —murmuró con tono convencido y calmado—. No vais a poder salir de aquí sin que os pillen. Necesitáis mi ayuda —volvió a susurrar.

—No soy tan tonto como te piensas, ¿sabes?

—¿Lo hiciste por dinero? —María se pegó a la puerta para poder escuchar con más claridad.

—Todo es por dinero —resolvió y se calló—. ¿Teo no era tu amigo?

—Si fuera mi amigo, me habría dicho lo que pasaba, ¿no te parece?

—Tienes razón. No te tenía en mucha estima. Ni siquiera hablaba de ti. A lo mejor pensabas que erais más amigos de lo que en realidad erais.

—Seguramente.

—¿Cuánto te llevas? Dime con quién más estás metido en esto —hablaba en susurros para que nadie los pudiera oír—. Necesito saberlo para salir de aquí, luego ya vemos el tema del dinero.

—¿No pensarás que soy tan tonto como para fiarme de ti? —soltó una carcajada.

—Te entiendo, pero dime qué otra posibilidad tienes, o tenéis, para salir de aquí.

—No lo sé. Tengo una pistola, así que os puedo matar y salir por la puerta.

—¿En serio? No tienes escapatoria. Además, si nos matas solo acumularás años a la condena. Te detendrían de todas maneras.

Iván no dijo nada. Se escuchaban pasos. María continuaba con la oreja pegada a la puerta. La respiración entrecortada se estaba volviendo habitual. Estaba nervioso.

—Dame mi móvil. Tengo contactos que nos pueden venir a buscar y mañana estaremos fuera del país.

—Ya, claro. ¿Cómo vamos a vender los cuadros si detienen a Susana?

—Eso se puede arreglar. La podemos incriminar y, cuando esté detenida, le robamos los cuadros.

—Te escucho.

—Lo único que necesitamos son contactos para salir de aquí y tú no los tienes. Me necesitas, quieras o no —dijo entre risas, con tono prepotente.

Allí había otra persona. María llamó a Clara para que escuchara detrás de la puerta. Era una mujer. Estaban encerrados en una sala sin ventanas. Parecía una especie de sótano en el que las paredes eran de una piedra robusta, por mucho ruido que hicieran, nadie las escucharía. Solo tendrían una única oportunidad de salir con vida. Sus compañeros terminarían por aparecer, pero quizás no lo hicieran a tiempo. Debían encontrar la forma de distraerle y ganar tiempo hasta que se realizara la incursión en la iglesia.

Clara volvió hacia donde estaba el padre. Se había sentado en el suelo sin dejar de mover los labios.

«Estará rezando».

Se sentó a su lado y le miró.

—¿Qué?

—No entiendo cómo has podido ser tan tonto como para dejarte engañar de esa manera. —Se encogió de hombros.

—Bueno, tú tampoco es que seas muy lista —respondió dolido—. Al final los dos estamos en el mismo sitio.

—Eso sí que es verdad.

—A mí me ha engañado desde el amor y la confianza que le tenía. No se lo tendré en cuenta. La codicia es quien le ha dominado. Él no es así.

—No sé yo —dijo sin convencimiento—. No parece muy compungido por tenernos aquí encerrados.

—No todo es como tú te crees, Clara. Hay buenas personas. Iván lo es, solo que ha tomado una mala decisión.

Clara le miró con los ojos entrecerrados.

—Si la maldad estuviera dentro de él, no estaríamos aquí, nos habría matado, y no lo ha hecho…

—Está buscando una solución para salir sin matar a nadie, ¿no?

El padre asintió.

—Entonces, se la daremos. —Sonrió.

Llamó a María con un gesto de la mano para que se acercara. No querían que Iván supiera que estaban tramando un plan. Ella era la novia de un policía y, si intervenía, la ayuda ficticia de María perdería credibilidad.

—No está funcionando. Creo que la persona que está hablando con él le ha manipulado desde

el principio —susurró María.

—¿Quién es?

—No lo sé. Es una mujer, o al menos, eso parece.

—¿Una mujer?

—Seguramente es la persona que le engañó o le convenció de hacerlo —intervino el padre.

—¿Laila?

—No lo creo. Laila ha estado tan engañada como yo.

Clara estaba observando su alrededor mientras el padre hablaba.

—Y entonces ¿por qué no está aquí con nosotros?

—Se ha ido a ver a su hermano. Se ha puesto enfermo y le han ingresado —se calló—. Al menos eso me dijo ayer —dudó unos segundos.

—¿Crees que te ha mentido?

—Ahora mismo no estoy seguro de muchas cosas.

—No es Laila, es una de las mujeres del comedor social. Por eso, el asesinato de Iria tenía tan pocas pistas. Las huellas que había en la cocina solo eran de los que trabajaban allí…, bueno, y de los voluntarios. Creo que es porque alguien les ayudó.

—Puede que tengas razón. Si ha sido por dinero y Susana le ha engañado, no creo que ella se ensuciara las manos con algo de ese estilo —concluyó María.

—Creo que tú —Miró al padre— deberías hacerle entrar en razón.

—El problema no es Iván, es la persona que está con él.

—Tiene que ser una de las compañeras del comedor social. Hablaban de ellos de forma despectiva y sin ninguna empatía.

—O las tres.

—Está bien. Hay que pensar algo. Necesitamos distraerlos hasta que entren.

Escucharon un golpe en la puerta y la voz de una mujer.

—María, quiero hablar contigo.

El padre se santiguó.

«Que Dios nos ayude».

—¿Hay trato? Os estáis quedando sin tiempo —apremió María al acercarse a la puerta—. Solo me tienes que dar el móvil.

—De acuerdo. Voy a abrir la puerta y sales tú sola. Como vea que tu amiga o el padre intentan algo, disparo, ¿estamos?

—Vale. Tranquila, eso no va a pasar.

—La Policía está aquí y estamos rodeados. Espero que tu idea merezca la pena.

María los miró y sonrió. Habían conseguido lo que buscaban: ganar tiempo. En unos minutos, la Policía entraría y todo habría acabado.

El rostro de la mujer apareció en el quicio de la puerta.

«¡¿Qué?! ¡No me lo puedo creer! ¡Es Riansares!».

Clara sintió miedo al ver aquel rostro. La encargada del comedor social. Era la única que podía haber tapado el crimen sin que nadie sospechara de ella.

Cerraron la puerta. Iván y Riansares la miraban.

—Te escuchamos. ¿Cuál es tu plan?

Capítulo 38

Jesús y Carlos llegaron a la puerta de la iglesia con varios coches patrulla. El comisario dio orden de que rodearan el edificio y que lo cercaran para que la gente no pudiera acceder. Al llegar, el agente observó que Fabián estaba en el mismo sitio en que le vio la primera vez, en la entrada. Sin embargo, ese día su expresión era diferente. Se encontraba en un estado de desconcierto y perplejidad por lo que estaba ocurriendo. Que Iván cerrara la puerta le había sorprendido, pero más aún ver a la responsable del comedor social.

Al ver a Jesús de lejos recordó el día que fue con la chica tan peculiar que había entrado hacia unos minutos, y tras la cual Iván había decidido cerrar la puerta sin que el padre le hubiera dicho nada de aquello.

«Pasa algo malo».

Decidió acercase a Jesús, el cual había tomado la misma decisión y andaba hacia él.

—Tus amigas están dentro, con el padre —le dijo Fabián con preocupación.

—¿Está cerrada?

—Sí, pero eso no es un problema. —Fabián sacó las llaves de uno de los bolsillos.

—¿Por qué tienes las llaves? —Se interesó Jesús extrañado, al pensar que podía estar implicado.

—Vivo en un albergue, pero no siempre hay plazas para todos los indigentes. El padre me las dio en secreto por si algún día necesitaba un techo bajo el que dormir.

El policía continuaba desconfiando. Después de las averiguaciones y ver en las cámaras a Fabián repartiendo el cuadro Sator, no estaba seguro de cuál era su grado de implicación y cuál era su papel en aquel entramado.

—Te hemos visto en las cámaras repartiendo los cuadros de Sator —soltó sin dilación. No dejaba de pensar que las chicas estaban en peligro.

—Me lo suponía. Teo estaba convencido de que servían de protección y me dijo que, si moría, lo tendría que repartir a los chicos y a vosotros con la pista de TOAS hasta que entendierais el significado de lo que quería deciros.

El agente llamó a Carlos, que no dejaba de gritar y dar órdenes para evacuar los alrededores. De repente, escuchó la voz de Manuela y vio a Raúl corriendo a toda prisa detrás de una mujer. La gente se abría camino a su paso. De repente, en un intento desesperado de no perder la oportunidad de retenerla, dio un gran salto para atraparla por detrás. Se tiró encima de ella con todo su peso y la agarró con ambas manos para que Manuela, que iba unos metros más atrás, la esposara. Jesús se puso de puntillas para ver de quién se trataba y en unos segundos la reconoció. Era la periodista Marta Becerril. Había ido a comprobar cómo iba el plan, cuando fue reconocida

por los agentes.

Manuela le puso las esposas y la levantó del suelo con brusquedad. El equipo estaba coordinado y sabía que María y Clara estaban dentro. Conocían el plan que habían tramado Iván y Susana con la ayuda de Marta para que se publicara en todos los medios de comunicación posible y las obras del pintor asesinado ascendieran a cifras desorbitadas. Teo valía más muerto que vivo.

Las miradas del equipo se cruzaron entre la multitud. El siguiente paso era sacar a las chicas y al padre del interior.

—Fabián, dame las llaves. Tenemos que sacarlos de la iglesia y detener a ese malnacido.

Jesús miró al comisario con las llaves en la mano. Suspiró y asintió a la misma vez. No podían esperar más, debían entrar.

Carlos se acercó.

—Voy contigo. —Se colocó el chaleco antibalas—. Es mejor que vayamos pocos. Si ve una legión de agentes, puede que se complique la entrada, que se ponga nervioso y dispare.

—De acuerdo, vamos dentro. Espero que no suene la puerta o que estén lo suficientemente lejos para tener espacio de maniobra.

Fabián todavía se encontraba al lado de los agentes.

—No sonará, pero si tengo razón, se encontrarán en una de las salas del fondo. Precisamente donde yo solía dormir los días que me he tenido que quedar aquí —dijo cabizbajo.

—De acuerdo. ¿Nos podrías hacer un mapa? Así no entraremos a ciegas. —Carlos estaba sudando. No sabía qué estaba ocurriendo dentro o si las chicas estarían bien.

Jesús pidió un papel y un bolígrafo. Uno de los compañeros le dio lo que requería en cuestión de segundos. Fabián comenzó a dibujar la estructura del interior de la iglesia y las estancias que tenía. Señaló con una X la habitación donde creía que estarían ubicados. Era la más lejana, y, si estaba en lo cierto, era posible que no hubieran escuchado el revuelo que se había formado en el exterior.

Manuela y Raúl metieron a la periodista detenida en uno de los coches. Tendrían que interrogarla para comprobar lo que sabía y el grado de implicación que tenía en el asesinato. Sin embargo, ahora lo prioritario era salvar a las chicas y detener a Iván.

—Nosotros también entramos —dijo Raúl con la respiración entrecortada.

—¿Estáis seguros? —preguntó Carlos, mirando fijamente a Manuela.

—Por supuesto, nos necesitáis. Además, ocho ojos ven mejor que cuatro, ¿no? —Sonrió.

—Está bien. Poneos los chalecos, que entramos. —Meneó el papel con el mapa de la iglesia.

Los agentes que estaban a pocos metros del corrillo improvisado, les dieron los chalecos antibalas y un golpe en la espalda para desearles suerte en la intervención. Las radios de los coches no paraban de sonar y hacer aún más ruido que la gente de las calles colindantes. A pesar de que habían cercado la zona del edificio, se seguían agolpando más personas para averiguar

qué era lo que ocurría. Carlos echó un vistazo alrededor y observó cientos de cabezas expectantes ante lo que estaba sucediendo.

La inspectora se apretó el chaleco y comprobó el de Raúl. Sus ojos confirmaron que estaban listos y volvieron a prestar atención a Carlos.

—Jesús, tú ya has entrado, ¿sabes dónde está la sala que dice Fabián? —quiso saber el comisario, para que les hiciera de guía.

—Sí, sé cuál es. —Miró a Fabián.

—De acuerdo, irás el primero.

—Es lo mejor, no hay problema. Entramos ya, no sabemos qué está pasando y unos segundos pueden ser la diferencia entre que estén vivas o muertas —apuró Jesús con la voz entrecortada.

—Venga, vamos —confirmó Manuela a la vez que asentía.

—Cuando queráis —dijo Raúl.

Fabián aún no se había movido. El estado de colapso mental por la situación le impedía tomar ninguna decisión.

—Creo que es mejor que esperes en uno de los coches patrulla. —El comisario le tocó el hombro—. Luego te tomaremos declaración, cuando esto acabe. No te preocupes, nuestros compañeros te protegerán.

—Gracias.

Fabián se acercó al mismo agente que le había dado los chalecos hacía unos segundos y le abrió la puerta del coche. Los ojos acuosos del hombre sin techo, recordó a los agentes lo vulnerables que son los seres humanos, lo que les provocó un chute de motivación.

—¿Preparados? —preguntó Carlos, después de santiguarse—. Nunca está de más.

—Tienes razón. —Le imitó—. Preparados. Seguidme. —Movió las llaves que tenía en la mano.

—Vamos. —Se recolocó el chaleco y comprobó que tenía la pistola y otras esposas.

—Estamos todos, cuando queráis —confirmó Raúl.

Jesús comenzó a andar y, con sumo cuidado, metió la llave antigua y desproporcionadamente grande, en la cerradura. Rezó por unos segundos para que no hiciera ruido. No recordaba haber rezado nunca tantas veces como en los últimos días. Los compañeros iban detrás de él. Carlos se adelantó un par de pasos y se puso a su lado.

—Venga, no tenemos otra opción que pase más desapercibida. Si nos oyen, lo solucionaremos sobre la marcha —intentó calmar a Jesús. Acto seguido, giró el cuello y asintió para animar al resto del equipo—. Vamos a darnos prisa, no sabemos que está ocurriendo ahí dentro.

—Está bien. Tienes razón. —Giró la llave lentamente.

Sonó un pequeño ruido que le indicó que se había abierto y empujó despacio, por si se encontraban en la entrada de la iglesia. Notó la mano de Carlos en el hombro, era el procedimiento habitual en las incursiones, para que supiera que estaban detrás y preparados.

Entraron agazapados y la oscuridad del interior hizo que las pupilas se tuvieran que acostumbrar a la poca iluminación en unos pocos segundos. En la misma posición, se separaron en dos grupos, como Carlos les indicó con los dedos y estirando el brazo hacia el lado contrario. Raúl y Manuela anduvieron y se colocaron en paralelo a sus compañeros. Las pistolas se mantuvieron en alto en todo momento, sin dejar de controlar cada paso con una perfecta sincronía. Las parejas avanzaban en paralelo, cubriéndose entre sí. Al llegar al altar y comprobar que no había ninguna señal de vida, se juntaron para continuar con la intervención hasta la sala que Fabián les había indicado.

«Espero que no nos haya engañado y no esté metido en todo este asunto», pensó Jesús al comenzar a caminar los pocos metros que le quedaban.

Escucharon un ruido, un pequeño murmullo, y Jesús alzó el brazo con la palma de la mano abierta para que no continuaran andando. Se agacharon aún más. Se encontraban pegados a la pared de piedra fría y sintieron cómo se les erizaba la piel. Con ligeros susurros comenzaron a hablar entre ellos.

—No oigo lo que dicen, pero una de las voces es la de María —dijo Jesús con un hilo de voz.

—De acuerdo, vosotros quedaos aquí y no hagáis nada si no escucháis ningún disparo, ¿vale? —ordenó Carlos—. Nosotros vamos a intervenir. Primero lo haremos por las buenas, que se entreguen y que pare esta locura.

Jesús asintió. Intentó ponerse en pie para ver quiénes estaban hablando. El gesto de la cara le cambió. Comenzó a palidecer.

—¿Qué pasa?, ¿qué has visto? —Se interesó Carlos, que había observado cómo apretaba el rictus.

—Está Riansares, ¿qué hace ella aquí? No me puedo creer que estuviera detrás del asesinato de Iria.

—Bueno, al menos ahora ya lo sabemos. No te distraigas con eso ahora. Mente fría.

—De acuerdo. Vamos.

Jesús y Carlos aparecieron de la nada, detrás de una de las esquinas que tenía visión hacia el sitio donde se encontraban Iván, Riansares y María. Los presentes reaccionaron con un gesto de sorpresa. Los ojos de María comenzaron a ponerse rojos, pero aguantó las ganas de llorar. Iván la cogió por detrás y le apuntó a la cabeza con el arma. Los agentes apuntaban a los presuntos asesinos. María esperó atenta a que los ojos de Jesús se posaran en ella, para señalar con uno de los dedos la puerta que estaba a sus espaldas. El agente pronto comprendió que era el lugar en el que se encontraba Clara con el padre Roberto.

—¡Tirad las armas! No tenéis escapatoria. Los alrededores están rodeados de agentes preparados para disparar —advirtió Carlos, apuntando a Iván a la cabeza.

Riansares sujetaba la pistola con torpeza, debido a los nervios. Había aceptado aquel trato por

dinero. Ella no era así, pero lo necesitaba y le pareció que aquella oportunidad de hacerse rica de un día para otro era la única forma de disfrutar de la vida que merecía. Aunque tendrían que salir del país al día siguiente. Estaba todo planeado meticulosamente y esas metiches les habían estropeado el plan. Iván la miró para que no se moviera de donde estaba. Sin embargo, los ojos de la mujer delataban el miedo que sentía en ese momento.

—No hace falta que disparéis. Yo no quería hacerlo, me han obligado. Jamás engañaría al padre Roberto. Teo era mi amigo —se disculpó Iván con una voz dudosa y entrecortada. Dejó de apuntar a María a la cabeza para dar un paso atrás. Subió las manos sin soltar la pistola—. Ella me ha engañado para que lo hiciera. —Alzó la voz en un último intento de que creyeran sus palabras.

—¿Qué? ¡Eres un mentiroso! —gritó Riansares, desesperada por lo que estaba escuchando.

Iván empujó a María, que dio un traspié con uno de los adoquines. Al caerse al suelo, se quedó al lado de Riansares.

—Eso ahora da igual. —Carlos continuaba apuntándole—. Tirad las armas. ¡Ya!, ¡vamos! —apuró para terminar con la escena.

—¡Rápido! ¡María, ven aquí! —ordenó Jesús, que no dejaba de pensar en cómo sacarla de la situación susceptible en la que se encontraba entre los dos colaboradores.

María se levantó para quitarse de la zona de peligro. Sin embargo, Riansares la agarró del pelo con fuerza y tiró de ella hasta que chocó con su cuerpo tembloroso.

—¿Veis? ¡Es ella quien ha ideado el plan! Yo le tenía miedo y no tenía otra opción que hacerle caso para que no me matara —dijo Iván.

—¡Cállate!, ¡eres un maldito mentiroso! Fuiste tú quien lo ideó para quedarte con las comisiones de venta. Si no hubieras sido tan avaricioso, no habrías matado a tu amigo —chilló Riansares fuera de sí mientras apuntaba y agarraba a María con más fuerza.

María no dejaba de sudar. Solo podía pensar en cómo escapar.

—¡Es ella! Es mala y mentirosa. Ahora quiere cargarme a mí con las muertes cuando fue ella, que mató incluso a su trabajadora, que también era mi amiga —gritaba Iván sin control y con gesto desesperado.

«Está haciendo el papel de su vida», pensó Carlos, con los músculos tensos y la mandíbula apretada.

Riansares no podía soportar más la declaración llena de mentiras de Iván. En un intento desesperado para que se callara, le disparó en la cabeza. El hombre cayó al suelo al instante y María aprovechó ese segundo de descuido para echar a correr en dirección a sus amigos. Fue entonces cuando Riansares reaccionó totalmente desesperada. Por su mente solo circulaban ideas de que terminaría en una cárcel, presa de por vida y repudiada por su familia debido a las acciones reprobables que había tomado. Los días que le esperaban después de que el plan se hubiera ido al traste serían de ostracismo absoluto.

Miró a María con rabia y una furia desproporcionada.

«Todo ha sido culpa de esta metiche. Si se hubiera estado quieta y callada no hubiera pasado nada de esto y yo tendría mi dinero en el banco… Sería inmensamente feliz».

Le disparó.

Carlos había barajado múltiples escenarios que podían ocurrir en aquel momento, pero aquel tenía escasas posibilidades de que ocurriera. No esperaba que una mujer que había ayudado a indigentes fuera capaz de disparar a María, de intentar matarla. Según las órdenes del propio comisario, Manuela y Raúl salieron del lugar en donde se encontraban agazapados contemplando como simples espectadores la sucesión de hechos.

Manuela disparó a Riansares sin pensárselo un minuto y Raúl corrió tan rápido como pudo para interponer su chaleco antibalas en el recorrido y que no alcanzara a María, que se encontraba de espaldas. Tal era la fuerza y rapidez con la que cogió a María que avanzaron abrazados varios metros ante los asombrados ojos de Jesús, que se vio arrollado por los brazos de su amiga. La inspectora le disparó en el hombro y a la vez se lanzó sobre ella para desarmarla. Carlos corrió en su ayuda para reducirla de una vez por todas. Los gritos de Clara y el padre cada vez eran más fuertes. No dejaron de aporrear la puerta con el primer disparo que escucharon. Iván seguía tendido en el suelo con un gran charco de sangre a su alrededor. Carlos colocó las esposas a Riansares, que no paraba de quejarse del disparo. Una gran sonrisa de satisfacción afloró en la comisura de los labios del comisario.

—Me dijiste que interviniéramos si oíamos un disparo y eso es lo que hemos hecho —dijo Manuela, dolorida por el impacto contra el suelo.

La rodilla de Carlos estaba en la espalda de Riansares. Terminó de ponerle las esposas y comprobar que no podría quitárselas mientras la herida aún sangraba.

—Tranquila, de eso nadie se muere. Te vas a pudrir en la cárcel, desgraciada —le susurró al oído.

Se levantó mientras la agarraba por el brazo con desprecio y miró al resto del equipo para comprobar que estaban bien. Raúl había recibido el impacto de la bala, lo cual le dejaría con magulladuras durante algunas semanas. María, con lágrimas en los ojos, le quitó el chaleco para comprobar que estaba bien y le dio un fuerte abrazo.

—Ábrele, que si no, no se va a callar —dijo Raúl, mirando a Jesús.

El agente corrió hacia la puerta y sacó las llaves que le dio Fabián para sacarlos de la habitación donde estaban encerrados. Al abrir la puerta, Clara saltó sobre él.

—¿Estás bien? —preguntó agarrada a su cuello.

—Sí, tranquila.

—Me la llevo a comisaría —anunció Carlos, llevando a empujones a Riansares por el pasillo —. No toquéis nada. Ahora aviso a los compañeros —dio la última orden.

Clara se separó de Jesús y corrió hacia María y Raúl.

—¿Qué ha pasado?

—Raúl me ha salvado la vida —explicó sin dejar de mirarle.

—Tranquila, no ha sido nada. Estoy seguro de que vosotras también lo habríais hecho por mí. —María le ayudó a ponerse de pie con el brazo por encima de sus hombros—. Después de todo, es lo que hacen los amigos, ¿no?

—En eso tienes razón.

Capítulo 39

Habían resuelto el caso, pero aún quedaba una cosa por hacer: encontrar a los chicos. En un principio, pensaron que estarían en la iglesia, pero no había sido así. Sin embargo, cuando cruzaron la puerta, los vieron retenidos por varios agentes. Manuela se quedó estupefacta. «Habrían quedado en la iglesia para llevar a cabo el plan malévolo que habían discurrido con el engaño de Iván». Ahora ya no hacía falta, ya que se había encargado del expediente de Alba e iban a empapelar a su padre. Ya habían sufrido bastante y no se merecían continuar con aquella situación. La inspectora se sentía culpable en cierto modo por las penurias que habían formado parte de esa familia. El hecho de enterarse de que no se había tramitado la denuncia, le hizo arder por dentro debido a la impotencia de que una situación así se hubiera dejado pasar. No llegaba a entender cómo la gente carece de humanidad de una manera tan atroz. Observó a los chicos. Primero, detuvo la mirada en Cleo, la cual se encontraba en el interior de un coche. Hablaría con su madre para ayudarla a encontrar un centro adecuado a su problema mental. Después observó a David y Sergio, sus padres habían venido y se encontraban arropados por ellos. Carmela abrazaba a su hijo y le daba besos sin cesar. El cariño que sentía hacia él era indestructible. Por último, la mirada feliz de la inspectora se terció en una tristeza inmensa al ver a los hermanos. Iñaki protegía a su hermana de la mejor manera que podía. Sin embargo, en el interior de su hogar no había sido posible trasmitirle la protección y el amparo que necesitaba. Manuela se acercó a ellos.

«Se merecen ser felices».

De camino a la iglesia había movido multitud de hilos hasta que encontró a la persona adecuada y la solución que le dio fue la mejor noticia que había oído en su vida.

—Hola, chicos, soy Manuela, inspectora de policía.

—Hola —saludó Iñaki—. No hemos hecho nada. No entiendo por qué nos retienen aquí.

—Bueno, hemos estado investigando vuestro caso debido al asesinato de Teo, y creo que no podría estar más orgulloso de lo que ha conseguido a pesar de que ya no esté con nosotros —explicó con voz dulce y pausada.

—¿Qué quieres decir? —apretó aún más a su hermana con el ceño fruncido.

—Vuestro padre será detenido cuando salga de trabajar. Un coche lo está esperando en la puerta para interrogarlo. Hemos tramitado el expediente gracias a la influencia de nuestro comisario. Esta noche ya no sufriréis más —dijo, reteniendo las lágrimas.

—¿Y nuestra madre?

—Vuestra madre está de camino a una casa protegida que se utiliza para mujeres maltratadas. Allí estaréis con ella hasta que podáis empezar una nueva vida.

—Pero…

—Tranquilos, allí no os podrá encontrar. Es la función que tiene este tipo de alojamientos.

Iñaki tradujo a su hermana, que no pudo retener la emoción y abrazó con fuerza a Manuela, la cual tuvo que secarse el inicio de lo que iba a ser un llanto en el lagrimal del ojo.

—Muchas gracias —dijo Iñaki al agachar la cabeza como símbolo de su agradecimiento.

—Quizás al principio os cueste adaptaros a la nueva situación, pero veréis cómo ahora todo va a ir mejor. —Sonrió.

Alba le dio las gracias con la lengua de signos y Manuela le correspondió el gesto.

—Vamos, os llevaré yo misma a vuestro nuevo hogar.

Manuela se acercó al equipo para informarles de dónde estaría. Debía ayudar a esos chicos y no lo dejaría en manos de nadie. Quería estar en cada paso que dieran a partir de aquel momento y, si necesitaban su ayuda, ahí estaría para prestársela.

Capítulo 40

Observaron cómo Manuela se iba feliz con aquellos chicos. Gracias a su implicación, les había cambiado una vida desdichada y les daba una oportunidad.

Clara no soltaba la mano a Jesús en ningún momento. Raúl estaba en la ambulancia junto a María, que esperaba a que le dijeran que estaba en perfecto estado. El caso se había esclarecido y los implicados estaban detenidos. María volvió hacia el corrillo que había formado la pareja que hablaba animadamente con Carlos. Solo faltaba una cosa por hacer y lo quería hacer ella misma. Llegó por detrás de Carlos, el cual se sobresaltó al escucharla. Sintió una punzada de dolor ante el peligro que iba a correr, cuando escuchó la frase que no deseaba oír, pero que esperaba en cualquier momento.

—Quiero ir a la detención de Susana. Necesito hablar con ella, entender por qué lo ha hecho.

—No quiero que te pongas más en peligro, María —resopló Carlos—. Si no llega a ser por Raúl, no lo cuentas, ¿lo entiendes?

—Me da igual, lo necesito. Necesito que me diga, mirándome a los ojos, que mató a un hombre bueno solo por dinero. —La expresión de angustia de María llegó al corazón del comisario.

—Está bien, pero no vas a ir sola.

—De acuerdo.

—Voy contigo, e iremos con otro coche más de refuerzo. No quiero que quede ningún cabo suelto y se salga con la suya. —Asintió.

—¿Nosotros que hacemos? —preguntó Jesús.

Carlos miró a su alrededor antes de contestar. A pesar de la muerte de Iván, el caso había terminado de la mejor manera posible. Al menos, habían arrestado a Riansares y habían llegado a tiempo de que los chicos no cometieran una estupidez.

—Pregúntale al padre Roberto si necesita algo. Después de que declare en comisaría, te puedes marchar a casa. —Miró a Jesús.

—Vale.

—Y tú, Clara, creo que te has ganado ir a descansar. —Sonrió.

—Sí, es verdad. Con el miedo que he pasado ahí dentro, creo que dormir un rato me vendría bien.

—Por cierto, Jesús, asegúrate de que Raúl se vaya a descansar, ¿vale?

—Vale.

—Venga, María, en marcha.

Un coche patrulla estaba aparcado en la puerta de la galería desde que Maika encontró el contrato. Carlos no quería que se escapara, ya que tenía recursos económicos para hacerlo. En aquel momento no sabían qué grado de implicación tenía en el asesinato, pero sí sabían seguro que había colaborado de algún modo. Era la cabeza pensante detrás de la muerte de Teo. María no habló durante el corto viaje. Tenía la sensación de que estaba viviendo una película en la que ella no era protagonista. Sin embargo, era la vida real, y sentía un dolor en la boca del estómago que le impedía respirar de forma fluida. Verse con Susana cara a cara, le daría la dosis de realidad que necesitaba para poner punto final a ese capítulo tan doloroso de su vida. «Otro más».

Carlos bajó del coche en silencio y se acercó a los compañeros, que le miraban desde que le vieron llegar.

—¿Ha pasado algo?

—Nada.

—Vale, esperad aquí con los compañeros del coche que ha venido conmigo.

—¿No la vamos a detener?

—Sí, pero primero vamos a hablar con ella. Digamos que es una deuda pendiente para que María pueda comenzar a vivir de nuevo.

—Es comprensible —dijo el agente en el asiento del conductor, que la conocía.

—Estad atentos a la puerta y al teléfono, ¿entendido?

Ambos asintieron. El comisario miró a los agentes del otro coche patrulla y levantó la mano para después señalar la puerta, dando el aviso de que entraban. María se había situado en la puerta durante el tiempo que duró la conversación. Tenía mala cara desde el asesinato, pero en ese momento, parecía haber envejecido unos años. La angustia que iba a sentir se abría paso en su rostro. Necesitaba oírlo, como tantas veces había repetido a lo largo del día, pero no le iba a gustar. No era lo mismo saber lo que Susana le diría que tenerla frente a frente y contemplar cómo confesaba lo que había hecho.

Llamaron a la puerta y esperaron. María se colocó el pelo con un movimiento automático provocado por los nervios de ver el rostro de quien había sido su jefa.

—Os estaba esperando —dijo al abrir la puerta. Se asomó para verificar que el coche patrulla seguía ahí—. Podéis pasar. —Abrió la puerta aún más.

Pasaron y cerraron la puerta.

—¿Por qué lo has hecho? —soltó al borde del llanto.

—También era mi amigo, no sé qué es lo que buscas viniendo aquí. Ya me han informado de que Iván está muerto y Marta detenida.

—Parece que tus contactos tienen los tentáculos más largos de lo que esperaba —dijo Carlos, condescendiente.

—Sí, supongo que era de esperar.

—Van a declarar en tu contra, supongo que también lo sabes.

—Por supuesto. No voy a dar ningún espectáculo. —Se cruzó de brazos—. Podéis llevarme detenida cuando queráis. —Sonrió.

María apretó la mandíbula. Al principio, pensó que confesaría, pero ahora sabía que Susana tenía un plan B. Era más lista que ellos, los había engañado para cometer el asesinato y ahora saldría airosa.

—Vas a ir a la cárcel, hay cosas que el dinero no puede comprar —apostilló Carlos.

—¿Eso piensas? Los pobres como vosotros os consoláis con esa frase, pero en el fondo sabéis que no es verdad. Todo se puede comprar, incluso a las personas —explicó, sin dejar de sonreír.

Susana se dio la vuelta y anduvo varios pasos para coger una cazadora y el bolso de un perchero de diseño que tenía cerca de la puerta. María no pudo contenerse más y fue detrás de ella para agarrarla del brazo con fuerza. Susana intentó quitársela de encima, pero no soltó y apretó aún más.

—Dime por qué. —Una lágrima resbaló por su mejilla—. Él no te había hecho nada, era buena persona, siempre intentaba ayudar a todo el mundo. —Alzó la voz.

Carlos esperó. Podía conseguir una confesión. Aunque sabía que Susana era lo suficientemente lista como para no hacerlo.

—¡Suéltame, loca! —Meneó el brazo con fuerza.

—¡Qué me digas por qué! —insistió, sin dejar de llorar y apretando con una fuerza excesiva.

Susana no podía escapar de ella. El bolso se le cayó al suelo y en sus ojos se percibía el miedo de que le hiciera daño. Miró a Carlos, suplicando que se la quitara de encima, estaba fuera de control. El comisario la cogió por la cintura y la apartó.

—María, tranquilízate, por favor. No vas a conseguir nada. Esta bruja no tiene intención de decir la verdad. Tendrá una legión de abogados detrás. —Hizo una breve pausa para mirarla a los ojos con gran severidad—. Quizás tienes comprado algún juez, pero no te va a salir bien. Te advierto que me voy a encargar personalmente de que te pudras en la cárcel —le susurró al oído. Había visto una cámara en una de las esquinas y podía estar utilizando una artimaña para salirse con la suya.

Carlos la esposó con una sonrisa que había florecido en su rostro. Miró a María y empatizó con ella. Tenía rabia y dolor dentro, pero Susana no estaba dispuesta a dar su batalla por perdida. Lucharía hasta el final. La empujó de camino a la puerta y se detuvo un segundo al oído de María.

—Siempre es por dinero —le murmuró.

La llevó hasta uno de los coches patrulla con las esposas puestas y la sentó en la parte de atrás.

—Llevadla a comisaría sin deteneros —ordenó al conductor.

Levantó la mano para que el otro coche de apoyo les siguiera y dio varios golpes al techo para que se pusieran en marcha. María aguantaba la mirada a través de la ventana. Susana le sonrió por última vez hasta desaparecer al incorporarse a la carretera.

—¿Estás bien? Siento que no hayamos conseguido la confesión —se disculpó Carlos.

—Me ha dicho que fue por dinero.

—María, la paz que buscas no la vas a encontrar en la confesión de una psicópata. Solo está dentro de ti. —Le señaló el corazón.

—Lo sé. —Suspiró profundamente mientras se secaba las lágrimas con la manga.

—¿Te llevo a casa?

—No quiero estar sola. ¿Te importa llevarme a casa de Clara? A veces creo que es la única que me entiende.

Carlos miró el reloj del coche.

—De acuerdo. En veinte minutos estamos allí. Ponte el cinturón —dijo al arrancar el motor.

—Este es el final y el principio. —Pensó María al contemplar los edificios.

Para los escritores es importante recibir reseñas de los lectores. Si puedes dejar tu opinión en Amazon sobre el libro te lo agradecería mucho.

Puedes contactar conmigo en:

Instagram: veronica_caballero_sanchez

Twitter: @VernicaEscrito1

Facebook: Verónica Escritora

Otras de mis novelas publicadas:

«Serie *Imposible de perdonar*»

–Lo pagaréis

https://www.amazon.es/dp/B08YK2282L

—El principio de la venganza

https://www.amazon.es/dp/B0C2Q3PJ2V

Novelas independientes:

–El asesino de la capa

https://www.amazon.es/dp/B0C745C28X

–La tristeza del marinero

https://www.amazon.es/dp/B08C5DZX9X